

Priscila S.

*¡Devuélveme
mis besos!*

DOLCE

iDevuélveme

mis besos!

PRISCILA S.

Índice

Protogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capitulo 7

Capitulo 8

Capitulo 9

Capitulo 10

Capitulo 11

Capitulo 12

Capitulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Epitogo

Título: ¡Devuélveme mis besos!

©Priscila S.

©Dolce Books

Primera edición: junio, 2017

Diseño de portada: munyxDesign

©Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.





Cuando todo acabó.

No podía explicar con palabras como me sentía, pues me era imposible. El haber terminado con Martín me estaba matando, pero no podía evitar las ganas que tenía de patearle el culo por “*cabrón*”. Engañada, sí. Cornuda, también, pero gilipollas, eso nunca.

Me encontraba metida en un autobús, uno que me llevaba de vuelta a donde no quería volver, pero eran tan pocas las ganas de no ver jamás a

Martín, que he preferido agachar la cabeza y volver con el rabo entre las piernas. Yo, provenía de una familia un poco estirada, por no decir pijos, pero yo no era así y me fui de casa con dieciocho años. Los motivos eran claros, querían planear mi vida, querían que me casara con el hijo de uno de los socios de mi padre. Por eso, siempre creí las palabras de Rubén, porque sabía exactamente lo que él estaba sintiendo. El ser manipulado por tus padres, no era plato de buen gusto para nadie. Y ahora me tocaba volver.

El móvil no había parado de sonar. Llamadas, mensajes y todos de la misma persona, él. El hombre que amo, y que amaré por el resto de mi vida, pero también el que me engañó y humilló a su antojo como si yo fuera su muñeca. Gracias a ese engaño, la boda se fue al traste y con ello todo mi corazón, pues estaba segura de que iba a ser feliz siendo la señora Molina, pero no, eso tampoco era así.

El camino no era tan largo, demasiado corto

para mi gusto, pues estaba a punto de llegar a mi perdición. Lo único que pensé al ver esas fotos, esas malditas fotos que tanto detesté. Era ¿Cómo? No me salía otra cosa. Martín y yo llevábamos juntos bastante tiempo, años de novios y por eso no podía creer que me engañara así, con Yolanda. ¡Joder!, me hubiera encantado ir a cogerla de los pelos y enseñarle que no se buscan los hombres que estás comprometidos, pero hasta para eso era tarde. Ya era tarde para todo, ya lo nuestro terminó y no había marcha atrás.

Llegué a la estación de Barcelona, mi ciudad natal, donde nací, crecí y fui infeliz. Por eso llegar aquí, no era de las mejores decisiones que había tomado, pero era la única y no me quedaba otra que aceptar de una vez que mi vida había cambiado y que no sería la misma nunca más. Cogí un taxi, pero en vez de darle la dirección de casa de mis papis, le di la de mi hermano Jorge, el cual, llevaba sin ver nueve años. Sabía que vivía en esa dirección porque

más de una vez me invitó a su casa, junto con Martín para conocerle, pero jamás vinimos y ahora me presentaba compuesta y sin novio. Bajé del taxi y entré en el edificio, por consiguiente, en el ascensor. Al llegar a la planta quince, me acerqué a la puerta. Me sudaban las manos, no sabía si mi visita, iba a molestar a mi hermano, pues nunca hablábamos por teléfono. Suspiré como unas cinco veces y di unos toques a la puerta con mis nudillos. Minutos después, escuché unos pasos acercándose, hasta que la puerta se abrió y apareció ante mí, mi hermano Jorge.

— ¡Sorpresa!

Mi hermano no se lo podía creer. Al verme tenía la mirada perdida, como si fuera un espejismo, tuve que entrar y darle una bofetada para que despertara. Al pasar a su apartamento, me di cuenta que había fotos de él, con una mujer muy guapa y en otra de ellas, una niña rubia de ojos verdes que me cautivó. Cogí la foto temblorosa y me puse delante de él.

— ¿Tengo, una sobrina? —pregunté confundida y mi hermano asintió con lágrimas en los ojos.

¿Qué le pasaba? No entendía esa reacción, pues debería ser un hombre feliz y no lo era. Me acerqué a él, y lo abracé como hacía años que no lo hacía. Mi hermano lloró en mi hombro, lo acuné como si fuera un bebé perdido, ¿qué había pasado en mi familia? ¿Por qué mi hermano no era feliz? Muchas preguntas a la cuales, debía encontrarle las respuestas.



Dos meses después.

En estos dos meses que llevaba viviendo con mi hermano no había visto a mis padres y no porque no quisiera yo, que a mí me daba igual, pero ellos no querían ver a la hija que lo dejó todo tirado por seguir mi sueño de ser feliz. Parecía irónico, me fui lejos de mi familia para ser feliz. Se suponía que estar rodeada de la familia, era la mayor felicidad que alguien podía alcanzar, pero en mi caso no era así, y por eso

me largué.

Mi hermano y mis padres tampoco se llevaban bien, pero en este tema, era mi hermano el que no quería saber nada de nadie. Tenía un gran peso y motivo para querer estar solo, pues se quedó sin su familia meses antes de llegar yo, a su vida. Su mujer y mi sobrina, habían tenido un accidente que acabó con la vida de ellas y eso no podía superarlo nadie. ¿Cómo se hace? Yo sería incapaz. Si por el problema con Martín me estaba muriendo. Desde luego, a veces no sabemos valorar lo que tenemos en la vida y con la desgracia de mi hermano, me he dado cuenta. No se puede vivir con rencor y me hace pensar que a lo mejor con el tiempo podré perdonar a Martín, aunque no olvidarlo, pues eso para mí, sí que era complicado.

Me encontraba en la cocina preparando el desayuno para ambos. Eran las siete de la mañana y mi hermano tenía que ir a trabajar. Tenía una empresa de telecomunicaciones bastante conocida y me había ofrecido un

trabajo, pero no quería ser la enchufada. Le dije que aceptaba si el Jefe de Recursos Humanos, me hacía primero una entrevista y él mismo tendría que valorar si servía para el puesto. Yo había estudiado enfermería, pero también tenía un grado superior en secretariado y es ahí donde mi hermano quería que yo trabajara, quería que fuera la secretaria de su socio y bueno, me gustaba la idea, pero solo con mi condición.

En ese momento que estaba en la cocina terminando de servir el café y las tostadas, entró mi hermano vestido con su traje en color gris marengo. Me miró y dibujó una pequeña sonrisa que me alimentó el alma, pues desde que había llegado no lo vi sonreír en ningún momento. Mi hermano era guapísimo, rubio, ojos verdes de escándalo y un cuerpo bastante trabajado en el gimnasio. Podría tener a la mujer que él quisiese, pero era normal que no se sintiera preparado para eso, solo hacía siete meses que su mujer no estaba con él y por lo que pude ver, estaba muy enamorado de ella.

— ¡Guau, pero que guapetón se levantó el “*baja bragas*” de mi hermano! Podrías sonreír más, precioso —saludé con burla haciéndole reír.

—Estás loca, no me extraña por qué papá y mamá reniegan de ti, eres la oveja negra de la familia —respondió con sarcasmo.

Le tiré el trapo de la cocina en la cara por su comentario y luego nos reímos, pues tenía más razón que un santo. Me senté a su lado, y comenzamos a desayunar. Mientras nos comíamos las tostadas tan ricas que había preparado, hablábamos del trabajo, sobre todo, pues me contaba en qué consistía. La empresa de mi hermano se dedicaba a ampliar la telefonía a otros países y estaba intentando llevar la suya al resto del mundo. La verdad no le iba nada mal, pues era una nueva línea más económica de todas las que en ese momento estaban en la cumbre. La empresa se llamaba Líneas Vega y estaba subiendo como la espuma. Después de terminar de desayunar mi hermano

y yo, salimos de su apartamento para ir a la empresa. Yo tenía la entrevista a las diez de la mañana, pero al irme con él, no me quedaba otra que llegar una hora antes, pues aún, no tenía coche ni nada. Quince minutos después, ya estábamos en la entrada de Líneas Vega. Me quedé perpleja al ver el edificio donde tenía mi hermano sus oficinas. Era uno de los mejores edificios y tenía la empresa dividida en cuatro plantas diferentes. Me sentía orgullosa de donde había llegado en la vida. Lo único que me dolía, era que hubiese pasado por la pena de perder a su familia. Familia, que yo ni siquiera sabía que existía. Me habría encantado conocer a mi sobrina Hanna y mi cuñada Estela. No me podía creer lo que le pasó y que mis padres, no estuvieran con mi hermano. Pero claro, si no conocían ni a su nieta de tres años.

—Cierra la boca que al final te entra una mosca y vamos que ya llego tarde hoy por tú culpa — habló mi hermano sacándome de mi trance.

Caminamos hacia el interior del edificio y

subimos en el ascensor hasta la planta doce que era donde estaba su oficina.

—El de Recursos Humanos, aún no llega, así que si quieres, puedes esperarle en mi oficina. Me gustaría que conocieras a Joseph, mi socio —asentí en el mismo momento en el que salíamos del ascensor.

—Vale pero, ¿cuándo llegará el de recursos humanos? Ya sabes que no me gusta esperar. Me desespera —íbamos caminando mientras hablábamos y las trabajadoras de telefonía que ya se estaban incorporando a sus puestos de trabajo nos miraban al pasar, así que quise hacer un poco la broma y me agarré del brazo de mi hermano. Este, me miró y sonrió mientras que yo le guiñaba un ojo.

Me hacía mucha gracia como todas abrían la boca desencajada como si hubieran visto a algo raro, pero claro, si mi hermano era viudo y solo unos meses después entrar en sus oficinas con una mujer agarrada de su brazo, como no iban a reaccionar así. Al llegar a su despacho, mi

hermano abrió la puerta y me invitó a pasar para luego entrar él y cerrar la puerta tras de sí.

—Estás loca, ¿cómo se te ocurre hacer eso? Ahora mismo somos la comidilla de toda la empresa —refiere mi hermano divertido y yo me carcajeé mientras me sentaba en uno de los sillones de cuero que tenía. Miré con detenimiento el cubículo y la decoración era muy personal, tanto que supe de inmediato que fue mi hermano quién la decoró minuciosamente.

—Déjalas que piensen lo que quieran, así no se aburren.

Justo en el momento en el que mi hermano se sentaba en su silla, la puerta se abrió y como un vendaval entró un hombre alto que casi me quita hasta el hipo. Imposible ser tan guapo. Era moreno, con unos ojos verdes de infarto. Todo un bombón. Este, se me quedó mirando y enarcó una ceja mientras que curvaba sus labios en una fina sonrisa. Mi cuerpo se erizó justo en ese momento y me removí nerviosa en el sillón. Jamás me había pasado eso y mucho menos,

con alguien desconocido. Pensé en Martín y me insulté internamente por hacerlo, pues ni eso se merecía.

—Perdona hermano, no sabía que estabas tan bien acompañado —dijo mirándome de arriba abajo.

—No te preocupes. Entra y cierra —Joseph le hizo caso y todo sin apartar la mirada de mí—. Te presento a mi hermana Belén.

—No sabía que tuvieras una hermana y mucho menos, que fuera tan guapa.

Fruncí el ceño y esté sonrió satisfecho. Ya me caía mal, parecía el típico que utilizaba a las mujeres y si te visto no me acuerdo. Crucé una mirada con mi hermano que entendió mi mensaje y se carcajeó.

—A mí no me hace ni “*puta gracia*” hermanito — dije a la defensiva.

—Vaya, pero si habla —se burló Joseph.

—Será mejor que no me busques la boca y así no me escucharás —respondí cabreada.

—Si buscara tu boca, sería para otra cosa — respondió y por consiguiente se levantó y bajo las risas de mi hermano y mi desconcierto, se fue.

Me levanté ofuscada y le di un manotazo a mi hermano para que se callara de una vez ¿Qué había sido eso? Desde luego que este tío me iba a sacar de mis casillas, estaba completamente segura de ello.

— ¡Ya cállate “*meloncio*”! — lo insulté, como hacía cuando éramos niños.

—Yo me callo, pero eso no cambia que él será tu jefe y tú su secretaria. Será divertido el trabajo a partir de ahora —soltó dejándome completamente descolocada.

Era cierto, no recordé que yo sería la secretaria del baboso, joder me metía en unos problemas que después no sabía cómo salir. No daba pie con bola e iba de mal en peor. Después de la afirmación de mi nuevo jefe, dejé a mi hermano solo en su despacho para ir a Recursos Humanos, pues ya tenía la entrevista. Bajé a la

novena planta y busqué el despacho del Sr. Ortega. Cuando lo encontré pegué unos toquitos en la puerta y abrí. El despacho no era muy grande y pude ver nada más entrar a un señor mayor sentado justo delante del ordenador, sus gafas colgadas en el puente de la nariz. Me miró por encima de las gafas, no había cosa que odiara más que eso.

—Buenos días. Soy Belén Vega, vengo a la entrevista de secretaria para el Sr. Rodríguez— me presenté y éste, me invitó a pasar.

Me senté frente a él y saqué mi currículum de la carpeta, lo puse justo delante de él y lo ojeó con detenimiento. Levantó la mirada y comenzó a hacerme preguntas sobre mis estudios y donde había trabajado. Le respondí a todo lo que quería saber y parecía encantado con todo lo que escuchaba, pero ya sabía yo que él tenía constancia de mi parentesco con su jefe, así que, aunque no me gustaba encontrar el trabajo por enchufe, sabía que el puesto era mío.

Una hora de entrevista y no entendía el por qué,

de igual forma me habría dado el puesto como ya sabía yo que lo haría. Salí del despacho del Sr. Ortega y volví al ascensor para subir a la planta doce. Al entrar mi cara cambió, pues en su interior estaba mi peor pesadilla, mi jefe. Éste al verme, sonrió complacido y yo agaché la mirada para no mirarlo, quería evitar tener que arrancarle la lengua y no pudiera decir ninguna gilipollez más en toda su vida.

—Qué suerte encontrarte a solas —dijo llamando mi atención.

Levanté la cabeza del suelo y lo miré con una ceja alzada. Me puse nerviosa al tenerlo tan cerca y no lo entendía, pues no lo conocía de nada.

—No puedo decir lo mismo —mis palabras salieron solas, porque por más que me negaba a hablarle, lo hice.

—Te noto nerviosa ¿te pasa algo? —preguntó cada vez más cerca.

Ya tenía mi cuerpo pegado a la pared del ascensor y no me había dado cuenta siquiera, de

haberme movido hacía atrás. Puso sus brazos a cada lado de mi cabeza, posando las manos para tenerme completamente acorralada. Pensé en pegarle una patada en los *huevos*, pero por primera vez en mi vida, que me quedaba completamente bloqueada sin saber que hacer o que decir.

— ¿Puedes dejar qué me vaya, por favor? — pregunté con voz temblorosa.

— ¿Te, incomodo?

—Un poco.

—No lo parece —afirmó seguro de sí mismo y justamente eso fue lo que hizo que desertara.

Se creía que iba a dejar que hiciera conmigo lo que quisiera, no le dejaría. Así, que sin pensarlo, le pegué una patada en las pelotas, que hizo que cayera al suelo arrodillado llorando como un bebé. Las puertas del ascensor se abriendo y salí como si nada. Las trabajadoras al ver el panorama, algunas se sorprendieron, otras rieron satisfechas y justamente sabía que con esas me iba a llevar bien. Caminé decidida hasta el

despacho de mi hermano y sin tocar la puerta, entré y me puse justo delante de él.

— ¡Tengo trabajo! —Pegué saltitos de la emoción y aunque había conseguido el trabajo por él, me daba igual. Al fin y al cabo, era la hermana de dueño ¿no?



Capítulo 2

Mi hermano para celebrar mi puesto de trabajo “*conseguido por mí*” me invitó a almorzar en uno de los mejores restaurantes de Barcelona. Ya había ido a ese restaurante, pero hacía muchos años. El restaurante *Laroures*, era de unos franceses que llevaban asentados en Barcelona bastantes años, tenían más de un restaurante e incluso en otras ciudades. Mi

hermano insistió en que fuéramos allí, pues yo no quería, no me gustaba esa clase de sitios. Llegamos al restaurante y me negaba a entrar, prefería mil veces una hamburguesa.

—No pienso entrar a este sitio Roberto —dije segura de mi decisión.

—Venga Belén, no seas tonta ¿sabes lo bien qué se come aquí? Deja que te invite. Te lo mereces por tu nuevo trabajo —respondió sarcástico mientras se reía a carcajadas.

Solo por escucharle reír, comería en ese sitio donde la gente estirada te mira por encima del hombro si no eres de una buena familia. Menos mal que mis padres eran muy conocidos y todos sabían quién era Roberto Vega. Suspiré negando con la cabeza y caminé hasta la puerta ya abierta del restaurante. Mi hermano podía ser muy, pero que muy pesado cuando se lo proponía, siempre conseguía lo que quería y en ese momento, era invitarme a comer al *Laroures* . Cuando entramos, un camarero vestido de pingüino vino hasta nosotros para

llevarnos hasta la mesa que mi hermano había reservado. Nos sentamos y ya me sentía incomoda con las miradas de todos puestas en mí y solo porque iba acompañando a Roberto Vega.

— ¿Qué vas a beber? —preguntó mi hermano mirando la carta.

No le respondí, pues mis ojos viajaban por todo el lugar. Le habían hecho reformas y parecía más grande que la última vez que estuve aquí. La decoración era muy parecida a la anterior. Todo de madera clara, los manteles de color violeta, pero era un color oscuro. No podía negar que era precioso. A cada lado del restaurante, había unos ventanales que llegaban desde el techo hasta el suelo, pero estos estaban tapados con unas cortinas de colores violetas mezclados con negro. La verdad es que estaba maravillada, tanto, que no me daba cuenta de que mi hermano me estaba tocando la mano. Intentaba hablar conmigo y yo parecía tonta, pues estaba con la mirada perdida y la boca

abierta, vamos que solo me faltaba babear.

—Belén, te estoy hablando.

—Eh, lo siento. Es que es todo precioso —
afirmé con media sonrisa.

—Te dije que te iba a gustar.

—No te equivoques. Solo dije que es precioso,
no que me guste estar aquí. Ah, y quiero una
cerveza.

Mi hermano soltó una carcajada y me moría de
ganas por tirarle la servilleta en la cara. En ese
momento vino hasta nosotros un pingüino,
perdón, un camarero y nos preguntó si sabíamos
que queríamos para beber. Mi hermano bajo mi
atenta mirada, le pidió una botella de rioja. Mi
cara de asco no pasó desapercibida, pero se lo
pasó por el forro, porque aún así, nos trajeron la
botella de vino. A mí, me gustaba un poco, pero
prefería mil veces beber cualquier otra cosa. El
almuerzo fue bastante ameno y la comida estaba
muy buena, todo había que decirlo. Hacía tiempo
que no me sentía tan a gusto y pasar tiempo con
mi hermano me encantaba, aunque me hubiese

tirado ocho años sin verle y sin saber siquiera que tenía una familia. Tiempo después, mi hermano se encargó de la cuenta y salimos del restaurante para volver al trabajo. Yo no tenía que entrar aún a trabajar, comenzaba al siguiente día, pero me insistió en que le acompañara para enseñarme más sobre el tema. Subimos en el ascensor y recordé el momento con Joseph y me removí nerviosa. No sabía que me pasaba con ese hombre, pero algo tenía claro, y eso era que podría ser el candidato perfecto para ayudarme a olvidar a Martín.

— ¿Qué te pasa? Te noto nerviosa —preguntó Roberto mientras salíamos del ascensor.

Lo miré extrañada, pues no sabía que se me había notado el nerviosismo. Le sonreí para así evitar que me preguntara, pero conociendo a mi hermano lo haría igualmente.

—No me pasa nada, es solo que a veces me siento mal por todo lo que me ha pasado. —No mentí al decirle eso, pues era así. A veces los recuerdos de mi vida con Martín me inundaban

y me dolía, me dolía como si me estuvieran arrancando el corazón de cuajo y se lo tiraban a los perros.

Mi hermano echó su brazo derecho por mis hombros y me dio un apretón, él también sufría, aunque más que yo, eso no había que dudarlo. Lo que él vivía era lo peor que le podía pasar a alguien y a veces me sorprendía la entereza que mostraba, pero suponía que era una gran máscara para no exponer sus verdaderos sentimientos. El único día que lloró y me mostró todos sus sentimientos, fue cuando llegué y nunca más volvió a hacerlo. Minutos después estábamos sentados en su despacho, mi hermano recibió una llamada. Parecía que tenía una reunión y no lo recordó. Se disculpó conmigo y salió corriendo. En eso, Joseph, venía para el despacho y se cruzó con mi hermano, pero al ver la prisa que llevaba, entró y se sentó conmigo.

— ¿A dónde iba? —preguntó y yo me encogí de hombros.

—A una reunión creo —respondí secamente.

Él, comenzó a acercarse a mí con una sonrisa ladeada y sus ojos achinados. Era todo un seductor y yo sabía lo que intentaba. Puse mi mano en su pecho para que no se acercara más y sonrió sabiendo mi nerviosismo. No entendía muy bien que quería de mí, pero tampoco lo descubriría, no ahora.

— ¿Por qué te pones tan nerviosa cuando me acerco a ti? —Preguntó alejándose un poco al ver mi negación—. Parece que me tienes miedo. No te haré nada que no quieras o me pidas. Tenlo por seguro.

Que me aclarase eso, no me ayudaba en nada, pues me daba a entender que quería algo conmigo, pero yo no estaba en posición de conocer a nadie más, en este momento. ¿Qué haría con todo lo que siento o con los recuerdos de Martín? Estaba claro que tenía que olvidarle, no sabía cómo hacerlo. Agaché la mirada al suelo y lágrimas salieron de mis ojos avergonzándome, pues no había llorado jamás

delante de ningún desconocido. Joseph, se acercó a mí cauteloso y me abrazó por los hombros. Me di cuenta de una cosa... no me molestaba estar entre sus brazos, me sentía bien y por eso me dejé abrazar por él.

—Tranquila, no sé qué te habrá pasado, pero puedes confiar en mí —expresó preocupado—. Soy bueno para el desahogo —y ahí, es donde sacaba lo gañan. Me reí y él se sintió satisfecho, pues justamente eso era lo que buscaba, mi risa. Nos quedamos en silencio, no sabía cuánto tiempo había pasado, solo que nuestros ojos se miraban intentando conocerse y me perdí en el verde de su mirada, me perdí en la claridad de su sonrisa. Mi vista iba de sus ojos a su boca, así en varias ocasiones y sonrió enseñándome su dentadura blanca y perfecta. Nuestros labios se iban a besar, ya estaba a milímetros de distancia, cuando me comenzó a sonar el móvil. Tenía una llamada, la ignoré por unos segundos, pero era muy insistente. Bufé cabreada, cogí el móvil del bolsillo de mi pantalón y miré quien me llamaba.

Era él, era Martín. Fue como si él supiera que estaba a punto de besar a otro, como si fuera una señal del error que iba a cometer. Así, sin más, me levanté y salí del despacho sin siquiera despedirme de nadie, bajé en el ascensor, al salir busqué un taxi y le di la dirección de mi hermano para volver a su apartamento. Media hora después llegué y me encerré en mi habitación por horas, hasta que me quedé dormida, llorando, recordando y suspirando por su amor.

Horas más tarde seguía dormida, no sabía cuánto tiempo había pasado realmente, hasta que llegó mi hermano y entró en mi habitación para despertarme. Escuché su voz, pero me hice la dormida. No quería ni tenía ganas de hablar con nadie. Mi hermano al ver que no respondía salió de mi habitación y cerró la puerta despacio.

—Qué haré para olvidarte Martín —susurré al mismo tiempo que mi hermano volvía a entrar a mi habitación. No pude hacerme la dormida, pues me pilló sentada en la cama—
¿Espíandome? —pregunté y sus labios se

curvaron.

—Estaba preocupado por ti —expuso y se sentó a mi lado en la cama— ¿Me dejas acostarme a tú lado? —Asentí y ambos nos acostamos en mi cama.

Mi hermano pasó su brazo izquierdo debajo de mi cuello y yo eché mi cabeza en su pecho. Hacía muchos años, cuando mi hermano veía que yo estaba mal por culpa de mis padres, hacía esto mismo. Entraba en mi habitación de madrugada sabiendo que me encontraría despierta y llorando y me abrazaba hasta que los dos nos quedábamos dormidos. Por eso, no entendí en su momento por qué nos separamos tanto tiempo. Podría decir que mis padres tuvieron mucho que ver en nuestra separación, pues si ellos no me hubieran dejado irme y hubieran dejado que yo fuera feliz a mi manera, no habrían pasado muchas cosas de las que hoy me arrepiento.

— ¿Me dirás ahora que te pasó? ¿Por qué te fuiste así de la oficina? Me dijeron que saliste

corriendo ¿Es qué Joseph se propasó contigo?

—No fue por eso. No me sentía bien y me fui, solo eso.

—No te creo. Ya sabes que a mí no puedes mentirme y sigues haciendo lo mismo cuando mientes, en eso no has cambiado —afirmó y sonreí.

Era verdad, eso no había cambiado. Cuando mentía me doblaba los dedos nerviosa. Era una acción que no controlaba, como si mis manos tuvieran vida propia. Me levanté un poco para mirarle y lo vi sonreír.

—Tienes razón, eso no ha cambiado, pero yo sí y es por eso, que prefiero que no sepas que me pasa. No es que no confié en ti, pero no estoy preparada para hablar de mis sentimientos —confesé y asintió comprendiendo.

Volví a recostarme junto a él y suspiró, mi hermano tampoco lo estaba pasando nada bien. Solo meses habían pasado, solo unos cinco tristes meses sin ellas y no podía saber que sentía, pues era un dolor tan profundo que

sentirlo me mataría, pero tampoco me gustaba que lo sintiera él.

—Roberto ¿Me hablarás de ellas alguna vez?

—pregunté en un susurro.

No sabía si había hecho bien preguntando, pero lo hice sin pensar, solo sabiendo que hablar de ellas, de cómo eran, de cuanto las amaba o saber cuándo se enamoró de su esposa. Suponía que recordar esos momentos era doloroso, pero también el desahogo sería reconfortante. Como no me respondía, me senté en la cama y vi como sus ojos se habían llenado de lágrimas. Me acerqué a él, ahora era yo, la que lo consolaba.

—Siento haberte hecho recordar, no era esa mi intención —negó mientras se erguía en la cama.

—No, no te disculpes. Tienes razón, hablar de ellas puede que me ayude a superarlo, pero duele, duele como si me arrancaran el corazón del pecho y estuviera muerto. —Sus palabras sonaban muy duras y no quería volver a oírle decir eso.

—No te preocupes, cuando quieras yo estaré

aquí ¿de acuerdo? —hablé cogiendo sus manos y asintió.

Después se levantó, me dio un beso en la frente y salió de mi habitación, pues ya era tarde, casi de madrugada y mañana teníamos que madrugar para ir a trabajar. Yo comenzaba un trabajo nuevo, donde mi jefe estaba loco por meterme de todo menos miedo y no sabía si sucumbiría a sus encantos, porque tenía que decir que estaba muy bueno.

Daba vueltas en la cama sin poder dormir, entonces me levanté y salí al balcón que había en el apartamento. Las estrellas brillaban y recordé todas las noches en verano, cuando Martín y yo, nos íbamos a la montaña para verlas de más cerca, haciendo el amor, encima de una manta entre los arboles de allí. Esos recuerdos me hicieron suspirar y tener muchas ganas de hablar con él. Entonces entré de nuevo al interior y cogí el móvil que lo había dejado en la mesa al llegar. Volví a caminar hasta el balcón y desbloqueé el móvil. Veinte llamadas perdidas

y algunos mensajes, sobre todo de mis chicas, ¡cuánto las echaba de menos...! Tenía que llamarlas, quería verlas, quería verlos a todos, pero sobre todo me moría de ganas por saber cómo estaba él. Sí, así de tonta soy, me engaña y me preocupo de cómo estará, pero es que lo amo y lo amaré por siempre.



Capítulo 3

Llevaba dos semanas trabajando como secretaria de Joseph Rodríguez alias el “*seductor*”, porque no paraba en su empeño de seguir intentado llevarme a la cama, cosa que casi consigue hace unos días, que me invitó a cenar. Como estaba tan aburrida de estar metida en el apartamento como una autentica presa, pues le dije que sí. Esa noche me besó. Pude sentir como mi cuerpo respondía a sus caricias,

pero mi mente y mi corazón estaban en otra parte y anhelaban a otra persona. Y eso fue lo que hizo que no dejara terminar lo que comenzó en el ascensor de su edificio.

Me levanté esa mañana con muchas ganas de hablarles a mis chicas, quería saber de todos. Hacía unos días que no hablaba con Lara, me contó que esperaba un niño. Estaba muy emocionada porque pronto se iba a casar, pero no le diría a nadie sus planes, pues no quería que se le chafaran. Pensé en llamarla en ese momento, pero preferí esperar para hacerlo más tarde, pues tenía que arreglarme para ir a trabajar. Sinceramente no me sentía con ánimos de hacerlo. No tenía ganas de nada, estaba loca por volver a Madrid, necesitaba ver a Martín, pero no podía hacerlo. Tenía que olvidarme de él de una maldita vez.

—Belén, ¿estás despierta? Yo ya me voy — preguntó mi hermano desde el otro lado de mi habitación.

— ¡Voy! ¡Espérame, ya salgo! —respondí

alzando la voz para que me esperase.

Terminé de vestirme y arreglarme, para después salir de mi habitación, encontrándome con mi hermano echado en la pared, esperándome como todo un caballero. Verle así, tan sonriente me encantaba, parecía que mi visita le servía para poder llevar mejor lo que pasó. Me acerqué a él, y besé su mejilla, lo quería tanto que no podía verle mal.

—Estás muy feliz hoy ¿no? ¿Algo que contarme? —pregunté levantando las cejas sugestivamente.

—No es nada. Es que soy feliz contigo aquí. No me gustaría que te fueras, aunque sé que en algún momento lo harás.

Fruncí el ceño por sus palabras, no le entendía y mucho menos estaba de acuerdo con lo que estaba diciendo, pues yo sabía que eso, no pasaría. Le cogí del brazo y lo paré para que me mirase.

— ¿Por qué dices eso capullo? ¿Acaso quieres que me vaya? —pregunté indignada y él, negó

sonriendo.

—No es eso, pero sé que en cualquier momento ese hombre por el que suspiras, vendrá a por ti.

—No creo que eso pase, podría haberlo hecho en estos tres meses que llevo aquí y mira, aún nada—afirmé dándome cuenta de las ganas que tenía de que eso pasara.

Volvimos a ponernos en marcha y salimos del apartamento para ir a la oficina. Íbamos en el coche, tranquilos, hablando de las cosas que había que hacer ese día. Teníamos una reunión con una empresa de Estado Unidos para llevar Líneas Vega, a otros lugares del mundo. Hasta que, sin darnos cuenta, a mi hermano se le fue el coche y dando un frenazo, nos chocamos con varios coches.

Sonidos, muchos sonidos de cláxones. Eso era lo único que escuchaba, incluidos un pitido que se metía en mi mente volviéndome loca de dolor ¿Qué había pasado? Recordé el accidente y enseguida miré a mi izquierda para ver si mi

hermano estaba bien.

— ¡Roberto...! ¡Roberto! —Llamé a mi hermano tocando su hombro, pero no reaccionaba— ¡Despierta, por favor! —supliqué entre sollozos.

Al caer mis lágrimas por mis mejillas, sentí un escozor. Toqué mi cara y me llené las manos de sangre. ¡Dios!, alguien tenía que venir para poder llevar a mi hermano al hospital. En ese momento, se escuchó la voz de un muchacho que intentó abrir la puerta de mi hermano para sacarlo. Mi puerta también se abrió y un bombero me ayudó a salir, pues el coche aprisionaba mis piernas, no dejando que pudiera salir de su interior.

— ¿Estás bien? —Preguntó y negué mirando al interior del coche, donde otro bombero intentaba sacarlo— ¡Ayúdenlo, por favor! —supliqué y el bombero asintió llevándome hasta la ambulancia. Me prometió que harían todo para sacar a mi hermano del coche.

Al estar dentro de la ambulancia ya acostada en

la camilla, ésta se puso en marcha, estaba nerviosa, pues no sabía nada de mi hermano, no podía respirar de lo asustada que estaba. El enfermero me puso un poco de oxígeno y me intentó tranquilizar, pero ni eso me ayudaba. Minutos después llegábamos al hospital, me llevaron rápidamente hasta la consulta del médico, tenían que hacerme pruebas en la cabeza, ya que me llevé un fuerte porrazo.

—Necesito saber cómo está mi hermano. Se llama, Roberto Vega —pedí al médico que en ese momento, entró. Entonces me di cuenta de que era ella, era una doctora.

Se acercó a mí y cuando se puso en mi campo visual, abrí los ojos sorprendida. Era Elena, mi mejor amiga de la universidad. Ambas estudiábamos medicina, pero se ve que ella, siguió subiendo de nivel hasta llegar a doctora.

— ¿Belén? —preguntó sorprendida.

— ¡Elena! ¡Gracias a Dios que vino alguien conocido, por favor, necesito que vayas a ver a mi hermano Roberto! —supliqué sin poder

remediarlo. Estaba muy feliz por verla, pero mi hermano era lo más importante para mí, en ese momento.

—Claro, ahora mismo haré que lo busquen, pero primero tengo que verte a ti ¿Qué os pasó? —respondió y yo negué histérica. No quería que me viera a mí, quería que ella misma fuera a cerciorarse de que mi hermano estuviera en perfecto estado de salud. No soportaría que le pasara algo grave.

—Está bien, si te quedas más tranquila iré yo, pero vendrá mi compañero a mirar que tú estés bien ¿vale? —Asentí mientras mis ojos se llenaban de lágrimas.

Elena, salió de la consulta y entró un hombre mayor para poder reconocirme. Pidió que me hicieran un TAC para comprobar que el golpe que me di en la cabeza no hubiese dañado nada en ella. Aunque estaba loca, lo que me faltaba ahora era quedarme, pero de lo que ya estaba. Después de hacerme mil pruebas, me sentía desesperada por saber de mi hermano. Yo,

estaba en una habitación y nadie venía. Entonces, por la puerta entraron mis padres. Fruncí el ceño al verles supuestamente preocupados y lo único que entró en mi cabeza fue ¿Cómo se habían enterado? No quería verles, no quería saber nada de ellos.

— ¡Hija, por Dios! ¡Dime que estás bien! — habló mi madre nerviosa. Mis ojos abiertos como platos y mi cara de desconcierto total no pasaron desapercibidos por mi padre. Ese hombre que dejó que me fuera, por no cumplir con lo mandado.

— ¿Qué hacéis aquí? ¡No quiero veros! ¡Por mí podéis iros por donde habéis venido!— Escupí cabreada y mi madre echó sus típicas lágrimas de cocodrilo.

No podían venir ahora como la familia feliz y dedicada, porque nunca lo fueron, por eso mismo me fui. Mi padre, salió cabreado de la habitación pegando un portazo tras de sí. Mi madre, se acercó a mí y posó su mano en mi mejilla para poder acariciarme. Me dolía y

mucho, pero era lo que sentía por ellos, no me podían pedir más de lo que les daba. Al ver mi rechazo, mi madre también se fue. Así que me quedé sola en el hospital. Bueno no tan sola, pues minutos después, ya tenía a Joseph a mi lado.

—Fui a ver a tu hermano antes. La doctora me dijo que estaba estable, pero que tenían que ver si su corazón respondía bien, puesto que el accidente le provocó un infarto y no es la primera vez que le da. —Yo asentí, pues ya sabía que mi hermano sufría del corazón, por eso mi empeño de que le vieran a él primero.

—Gracias Joseph, por todo —le agradecí y besó mi mano con dulzura.

Días después

Salí del hospital dos días después del accidente. Vieron que no tenía nada grave, nada que unas medicinas no solucionaran, por eso me dieron el alta, pero mi hermano se quedó y llevaba más de una semana ingresado. Ya estaba bien,

consciente y estable, pero Elena, su doctora, quería cerciorarse de que estuviera completamente recuperado. Mis padres no vinieron a verme más, aunque sí a mi hermano. No podía reclamarles nada, puesto que fui yo la que los echó de mi vida.

Estaba terminando de desayunar para ir al hospital a ver a mi hermano. No podía dejar de ir ni un día y aunque Elena, me decía que ella misma lo cuidaba, cosa que me extrañaba, me gustaba que estuviera tan pendiente de él, yo me negaba a no ir ni un día. Mientras desayunaba, mi móvil sonó y lo cogí sin mirar quién era el llamante.

— *¿Diga?*

— *Hola, Belén.* — Su voz sonó apagada.

Era Martín y al escucharlo, mi corazón comenzó a latir con tanta fuerza que no sabía si en algún momento, se saldría de mi pecho. Martín, suspiró antes de comenzar hablar, pero me adelanté.

— *¿Qué quieres? Ya sabes que no tengo*

nada que hablar contigo, así que por favor, te rogaría que no volvieras a llamarme —dije tajante e iba a colgar, pero me suplicó que no lo hiciera que necesitaba que lo escuchara, no le dejé y colgué el teléfono.

Me senté en la silla de nuevo y mi respiración se volvió más pesada. Mi corazón no paraba de latir, era la primera vez en meses que volvía a escuchar su voz. Me levanté secándome las lágrimas que derramaba y me juré a mí misma que serían las últimas. Cogí mi bolso y salí del apartamento. Ya en la calle, esperé que pasara un taxi y cuando pasó uno, lo paré, le dije que me llevara al hospital. Unos minutos después, me bajé del taxi y entré en el hospital. Me metí corriendo en el ascensor y no me di cuenta de que en él estaba Joseph.

—Vaya, que te gusta estar conmigo a solas en un ascensor —dijo y solté una carcajada.

Desde luego que este hombre, cada vez conseguía que riera más y mi confianza hacia él, se había incrementado notablemente en estos

meses. Le di un beso en la mejilla y me guiñó un ojo seductor. Me hacía gracia su manera de ligar conmigo, era un hombre muy agradable cuando lo conocías más, te dabas cuenta que no era como pensabas.

—Estás loco ¿lo sabías?

—Sí, pero por ti, ¿acaso, no te has dado cuenta de cómo te miro? —preguntó algo más serio y era la primera vez que lo veía hablar así.

—No sé a qué te refieres, ¿es otra broma? Porque yo, ya no sé cuándo bromeas y cuando no.

—No es una broma, Belén. Me gustas, me gustas de verdad.

Sus palabras en ahora mismo no llegaban en buen momento y negué para que se diera cuenta de que yo no estaba disponible para él. Bueno... ni para él, ni para nadie. Simplemente, necesitaba de mi soledad para sanar mis heridas y meterme en otra relación, no era lo mejor. Llegamos al piso indicado y salimos en completo silencio. Me agarró del brazo y tiró de mí para

pegarme a él, y besar mis labios. No me lo esperaba, pero tampoco pude rechazarle. Me besaba dulcemente, no como las veces que me había besado con la intención de llegar a acostarse conmigo. Este era un beso diferente, un beso lleno de, ¿promesas? No lo sabía, pero tampoco estaba dispuesta a descubrirlo, no por ahora.

—Lo siento, pero no puedo. No es que no me gustes, pues si te digo eso te miento, pero no estoy preparada para tener una relación ahora.

Al decirle eso, se quedó callado y me dejó ir. Caminé hasta la habitación de mi hermano y me quedé en la puerta antes de entrar. Mi cabeza pensaba las cosas muy deprisa. La llamada de Martín, el beso de Joseph. No sabía que quería en mi vida. Si quería olvidar a Martín, la mejor manera era salir con alguien, tener un hombre que me ayudase. Pero por otro lado, estaba el hecho de que le echaba de menos, me moría por verle y aferrarme entre sus brazos para siempre. Estaba, hecha un maldito lío y tenía que

arreglar mi mente pero... ¿Quién arreglaba mi corazón?



Capítulo 4

Después de sopesar mucho, entré en la habitación y me encontré a mi hermano dormido. Elena cuidaba su sueño y me percaté de cómo lo miraba. No se había dado cuenta de mi presencia y me acerqué muy despacio para no interrumpir sus largos pensamientos en los que mi hermano seguramente, era el protagonista. Ahora que me fijaba, hacían una bonita pareja, haría todo lo que pudiera para

juntarlos y que por fin mi hermano fuera feliz. Carraspeé despacio para que solo Elena, me escuchara. Se puso nerviosa y se levantó del sillón para acercarse a mí.

— ¿Cómo está? —pregunté en un susurro.

Elena, me instó a que saliera de la habitación para poder hablar mejor, no queríamos despertar a mi hermano. Al salir, Joseph, estaba sentado en una de las sillas de la sala de espera, cuando nos vio, su mirada se clavó en mí y me puse nerviosa. Le sonreí y apenado miró hacia otro lado. Después tendría que ir a hablar con él, pues no quería que nos lleváramos mal, al fin y al cabo, éramos jefe y secretaria. Teníamos que llevarnos lo mejor posible. Elena, me tocó el hombro para que le prestara atención y así lo hice. Me invitó a tomar un café en la cafetería, pero no quería dejar a mi hermano solo mucho tiempo, así que tenía que pedirle el favor a Joseph. Me acerqué a él, no se dio cuenta de mi presencia hasta que no toqué su mano. Alzó la mirada y sonrió complacido.

— ¿Te importaría mirar de vez en cuando a mi hermano? Elena me invitó a un café pero no quiero dejarlo solo. Mayormente por si se despierta. Por favor... —supliqué y se levantó. Me dio un beso en la mejilla y sentí un cosquilleo que no había sentido antes ¿Qué me pasaba ahora? No me dejó responder y se metió en la habitación con mi hermano.

Elena y yo, nos fuimos a la cafetería, por el camino nos pusimos al día, pues desde el día que nos volvimos a encontrar no hablamos ni una vez, ya que estábamos tan preocupadas por mi hermano que ni tiempo tuvimos para hacer lo que era un simple, café y charla. Al llegar a la cafetería nos sentamos y un camarero vino para que pidiéramos. Una vez que el camarero se fue para preparar nuestra comanda, Elena, me miró y se quitó sus gafas de pasta negras. Era tan guapa, siempre tan arreglada. Morena, alta de ojos azules, me recordaba mucho a mi Lara, lo único que Lara, tenía los ojos marrones pero las dos eran una belleza de mujeres. No me extrañó

cuando Rubén se volvió loca por ella al igual que mi hermano por Elena. Siempre quise presentarle a Lara mi hermano, pero nunca se dio la ocasión.

—Por fin podemos hablar con más tranquilidad —dije ya con el café entre mis manos.

—Cierto, tenía muchas ganas de esta charla de chicas ¿Te acuerdas cuando nos juntábamos en casa de Jorge y Maika? La que liábamos entre esas cuatro paredes... —Me hizo recordar momentos de cuando estábamos en la universidad y quedábamos en casa de Jorge y su hermana Maika. Éramos muy buenos amigos.

Ambas soltamos una carcajada y hablamos de muchas cosas, incluidas las locuras que cometíamos cuando estábamos en el segundo año. Nos gustaba el profesor y ¡Uf!, más de una vez le tiramos los tejos. Incluso hicimos una apuesta a ver cuál de las dos se lo tiraba antes. Ganó ella, por supuesto, pues yo en aquel momento ya tenía problemas con mis padres y no estaba muy puesta, si no, seguro que habría

ganado yo.

— ¡Anda no seas loca! Ya sabías que iba a ganar yo igualmente —expuso guiñándome un ojo y le tiré una servilleta.

—Es verdad, pero yo habría conseguido al menos un besito. De eso estoy segura —respondí—. Bueno, ahora cambiando de tema... ¿Mi hermano está bien? O sea, sé que está bien, pero quiero que le deis el alta y al no dársela, me hace pensar que aún necesita estar más tiempo aquí.

—Eso tenía que decirte. Ya está mucho mejor y mañana mismo puede irse, pero tendrá que llevar una vida más tranquila. Nada de estrés, nada de comer mal, nada de trabajar las veinticuatro horas. Si lleva a rajatabla todo lo indicado, se recuperará muy pronto y podrá llevar una vida normal, aunque seguro que lo normal para él es todo lo contrario a lo que le he dicho ¿Verdad? —pregunta y yo afirmo con una sonrisa.

Me hacía gracia su manera de expresarse al

hablar de mi hermano, pues me estaba confirmando que le gustaba y mucho. Tenía que hacer algo para que ambos salieran juntos, pues tenía ganas de ver a mi hermano con una mujer que sé que lo hará feliz. Estuvimos por más de media hora, hasta que nos dimos cuenta del tiempo que había pasado. Yo tenía que ver a mi hermano y ella volver al trabajo, pero estábamos tan a gusto. Caminamos hasta el ascensor y yo fui la que entró, pues ella tenía que ir a la consulta de urgencias. Al pasar, vi a Joseph.

—Iba a buscarte, tu hermano despertó y te llamaba —habló y yo asentí.

No era normal lo de los encuentros con él en el ascensor, ya era el destino o no sé. Le di a la planta indicada, que era la sexta, cuando vamos por la segunda planta Joseph, se acerca a los botones y le da al stop. Mi cara de desconcierto era muy cómica, pues se dio la vuelta para mirarme y soltó una carcajada, cosa que me cabreó aún más.

— ¿Se puede saber qué coño haces? ¿Por qué

le diste al stop? ¿Es qué estás demente? —Mis preguntas volaban al mismo tiempo que él se acercaba a mí y cogiendo mis mejillas me besó.

No sabía si su beso era para callarme o es que le apetecía, pero me estaba provocando y yo estaba muy necesitada. Joseph, y sus labios eran una tentación. Ya, ni el recuerdo de Martín me paraba ¿Acaso lo había olvidado? Estaba hecha un lío, y sabía que esto acabaría mal. Joseph, me cogió del culo y me alzó, estábamos deseosos. Besos y más besos, es lo único que había. Solo el sonido de nuestras lenguas jugando, era lo que se escuchaba, hasta que mordí su labio inferior, provocándole un gruñido que hizo que me riera. Se separó de mí y me miró con esos intensos ojos verdes, que a decir verdad, me volvían loca. Yo quería pasar página y en Joseph, estaba viendo la salida. Era un hombre bueno, pasional y yo le gustaba, no podía negar que él a mí también. Tenía la oportunidad de olvidar al hombre que amo, tenía oportunidad de pasar y pensar en un futuro, no estancarme en el

pasado.

—Me gustas demasiado, Belén. Pensarás que se lo digo a todas, pero no, no es así. Me gustas de verdad y te pido que me des una oportunidad. Solo una, si no sale bien, me alejaré de ti para siempre. —Era la primera vez que sentía que me decía la verdad.

Joseph, un hombre fuerte, guapo y con un gran futuro por delante. Se había fijado en mí, en una loca que no tenía claro lo que hacer con su vida, en una mujer desconfiada que lo único que le daría serían dolores de cabeza, pero no... Él quería intentarlo y yo, le daría la oportunidad que me pedía.

—No será fácil y lo sabes —afirmé reprimiendo una sonrisa—. No soy una mujer fácil, Joseph. Estoy como una cabra y...—no me dejó terminar, pues sus labios ya estaban tapando los míos. Sonreí con nuestras bocas pegadas.

—Me encanta tu locura y no me importa si me la pegas. Si es así, nos encerraremos los dos, con nuestra demencia —declaró y sus palabras

hicieron que quisiera aferrarme entre sus brazos.

Sabía que no le quería, sabía que me costaría, pero lo intentaría. Solo por mí, solo por olvidarle a él, solo por vivir feliz. Minutos después, me bajó al suelo y le dio de nuevo al botón para subir a la planta donde la habitación de mi hermano estaba. Al llegar, salimos del ascensor con las manos entrelazadas y me sentía bien, me sentía a gusto. Solo esperaba que no me estuviera equivocando, porque era pensar en Martín y mi cuerpo temblaba necesitado de él, de sus besos y caricias, de su amor.

Caminamos en dirección a la habitación de mi hermano y al llegar, me paró en la puerta para besarme dulcemente. Me estaba acostumbrando a sus besos y atenciones.

— ¿Se lo diremos? —preguntó señalando la puerta refiriéndose a mi hermano.

—No lo sé, no sé si estará de acuerdo. Aunque me da igual lo que piense, es mi vida y si yo nunca me metí en la suya, él no tiene por qué

meterse en la mía ¿no? —expliqué. Él asintió abriendo la puerta. Primero entré yo y él, detrás de mí.

Al entrar, mi hermano seguía dormido y no quisimos hacer ruido. Joseph, se puso el dedo índice en los labios obligándome a callar, pues yo quería despertar a mi hermano. Desde que había llegado hacía un par de horas, solo dormía y quería hablar con él, saber cómo sentía o si necesitaba algo. Me senté en la silla que había justo al lado de la cama y agarré su mano.

—Estoy despierto. No tenéis que susurrar —dijo mi hermano abriendo los ojos—. Solo descansaba.

— ¿Cómo te sientes? —pregunté dándole un beso en la mejilla.

Roberto se encogió de hombros y sonrió, pero su sonrisa no era la de días atrás, esa sonrisa era apagada y llena de pena ¿por qué? No lo sabía, pero lo averiguaría, pues no quería ver a mi hermano infeliz, no después de ver esa sonrisa en sus perfectos labios.

—Quitando que parece que un camión me pasó por encima. Bien, creo que estoy bien —respondió y solté una carcajada que pronto siguió mi hermano y Joseph, aunque mi hermano tuvo que parar, pues aún le dolía el costado por el golpe que sufrió—. Ves lo que te digo. Parece que me han aplastado y encima tu amiguita no me deja trabajar, ni hacer nada. Desde luego que está amargada y lo único que quiere, es amargarme a mí.

De pronto sentimos como la puerta se abría de un portazo y la cara de Elena desencajada y furiosa se mostró ante nosotros. Abrí la boca sorprendida a la vez que avergonzada. Pensé que mi hermano se disculparía, pero lo único que mostró por ella, fue indiferencia ¿Cómo pretendía yo unir a dos personas que se odian? Eso era imposible, pero cosas más siniestras de han visto ¿no?

— ¿Eso es lo que piensa de mí Sr. Vega? —preguntó Elena acercándose a él.

— ¡Sí! —respondió alzando la voz.

Yo me tapé la cara con ambas manos avergonzada. Mi hermano no era así de borde con nadie, pero claro está, que le estaban quitando su vida entera. Es un obseso del control. No puede fallar en su trabajo ni por una enfermedad y que Elena, le haya privado de todo eso lo tenía irritable. Elena lo miraba y me estaba extrañando demasiado que no pusiera en su sitio a mi hermano, pues yo la conocía demasiado y su cara de cabreo, junto con su ceño fruncido era por retener todo lo que estaba loca por decirle a mi hermano.

—Bueno Roberto. Tampoco te pongas así. Ella, es tu doctora y lo único que quiere es que te repongas, al igual que nosotros —dije señalando a Joseph, y a mí.

Intenté apaciguar el carácter de Roberto, pero no sirvió de nada y volvió a mirar con rencor a Elena. Esta se veía mal, como si lo que mi hermano pensara de ella le doliera. Entonces me di cuenta de que a Elena, le gustaba mi hermano.

—No digas gilipolleces. Ella no tiene por qué prohibirme nada. Es mi vida ¿Es que no lo veis? Solo quiere fastidiarme porque le caigo mal, pero no te preocupes, que mañana me largo de aquí y no volveremos a vernos —escupió Roberto mirándola con odio.

—Como usted quiera, pero luego no venga a mí cuando recaiga, porque yo no estaré —respondió y salió de la habitación pegando un portazo que hizo que me asustara.

Ahí estaba el carácter de Elena, pero ¿Por qué no le respondió como se merecía? Porque será mi hermano, pero si me llega hablar a mí así, le pegó un guantazo que lo vuelvo del revés. Lo miré y se encogió de hombro cabreado. Encima el indignado era él, pero ¿Qué coño le pasaba?

— ¿Qué cojones te pasa? ¿Estás tonto? No debiste hablarle así. Desde luego, te has pasado tres pueblos Roberto.

Le regañé, pero le dio igual, pasó de mí y entonces decidí que era mejor irme o le daría el guantazo que Elena, no le dio. Miré a Roberto

cabreada y negué. Me acerqué a Joseph y bajo la atenta mirada de mi hermano, me arrimé a mi novio, porque se suponía que ya éramos novios y besé sus labios. Mi hermano iba a reclamar, pero levanté mi dedo índice y se calló. Entonces me acerqué a la puerta y salí de la habitación dejándole todo el “*marrón*” a Joseph. Él sabría apañárselas con mi hermanito cascarrabias.

— ¡Ala!, si hoy querías estar cabreado, pues yo te di más motivos —me dije a mí misma sonriendo.



Capítulo 5

Dos meses después.

Estos dos meses habían pasado tan deprisa, que casi ni me di cuenta. La relación con Joseph iba muy bien y me sorprendí bastante al saber, que realmente estaba enamorado de mí. Yo intentaba por todos los medios corresponderle e incluso intenté hacer el amor con él, pero no pude, lo intentaba, pero me era imposible. El recuerdo de Martín, aún estaba en mí muy

presente y no sabía cuánto tiempo tardaría en desintoxicarme de él. Joseph era muy paciente, pero todo tiene un límite y había momentos en los que discutíamos, pues yo siempre estaba con mi negativa y él lo estaba dando todo, pero para mí no era suficiente y me sentía muy mal.

Mi hermano seguía en sus trece, pues, aunque Elena le dijo por todos los medios que no se excediera, él lo hacía y más de una vez tuvo que ir a urgencias para que le mirasen, pues se sentía agotado y le dolía el pecho. Elena hizo lo que dijo, pues en todas las veces que mi hermano fue, ninguna lo atendió ella, no quería ni acercarse y aunque a mí no podía mentirme, lo disimulaba muy bien. Mi hermano a veces la miraba en silencio y yo me quedaba perpleja, pues me daba la sensación de que lo que decía no era lo que realmente sentía, pues la miraba atónito, embelesado, yo sabía que le gustaba, pero no lo iba a admitir.

Esa mañana me levanté muy temprano, pues iría a correos para enviarle un regalo a mi Lara,

para ese bebé que estaba a punto de nacer. Ya estaba loca por ver la carita de mi ahijado, porque sí, Lara me eligió para que fuera la madrina de ese bebé tan bello.

Al vestirme y estar completamente arreglada, salí de mi habitación y fui hasta la cocina, mi hermano estaba aún en casa y era raro, puesto que días atrás era como si me estuviera evitando, yéndose más temprano de lo normal. Ni siquiera estaba despierta cuando él, estaba saliendo por la puerta de casa dirección a la oficina. Después cuando yo llegaba y le preguntaba su respuesta siempre era, “*tengo mucho trabajo*” Yo volvía a salir y me dirigía a mi puesto. Así todos los días desde las discusiones en el hospital ¿O, era por enterarse de sopetón de mi relación con su socio? No lo sabía, pero es que tampoco me lo decía.

—Buenos días —dije al entrar.

Roberto se dio la vuelta y me saludó con la cabeza, para después volver su mirada al periódico y su café. Estaba harta de la situación,

si seguía así un día más me iría. Lo que no sabía era donde, pues aquí en Barcelona a la única amiga que tenía era a Elena y ella también estaba bastante rara. Después de todo soy la hermana del energúmeno que la sacó de sus casillas en solo unos segundos.

— ¿Piensas ignorarme por el resto de tu vida?
—pregunté poniéndome justo delante de él, y quitándole el periódico de entre los dedos. Me miró con los ojos como platos y tensó la mandíbula ¿Estaba cabreado? ¿En serio?

Desde luego no entendía nada, no entendía su manera de actuar y pensar, ahora era yo la que estaba cabreada y no sabía si se me iba a quitar fácilmente.

—Devuélveme le periódico. —Su voz sonó tajante y dura.

Entonces, le tiré el periódico en la cara y salí de allí. Tenía que ir a correos antes de entrar a trabajar y tampoco quería estar más tiempo con el “*gilipollas*” de mi hermano.

Bajé en el ascensor y por consiguiente, a la

calle. La temperatura ya era bastaste aplastante, pues estábamos en verano. Pronto llegaría junio y... y el día que tenía programada mi boda. Suspiré y unas estúpidas lágrimas salieron de mis ojos, haciendo que recordara de nuevo todo lo vivido. En estos meses Martín, no volvió a ponerse en contacto conmigo y aunque lo agradecí, también me hizo saber que me había olvidado. Me molestó que lo hiciera tan pronto, pues en cambio yo, estaba todavía muriéndome lenta y dolorosamente y nadie se daba cuenta de nada.

Esperé a que pasara un taxi, pero parecía que todos se habían puesto de acuerdo para no pasar por esta maldita calle. Entonces, el sonido de un claxon hizo que mirase hacía mi derecha y mi hermano estaba en su coche pitándome. Le volví la cara y mis ojos seguían buscando un taxi, no me subiría con él.

— ¡Quieres dejar de ser tan cabezota y subir!
—gritó y no le respondí.

Vi como bufaba mientras se bajaba del coche y

se ponía justo delante de mí. Era mucho más alto que yo, tuve que levantar la mirada para poder ver sus ojos. Ya no estaba el cabreo plasmado en su gesto, ya su mirada era la de siempre, pero esta vez la cabreada, y mucho, era yo.

—Belén, sube al coche —volvió a decir.

—Déjame en paz y lárgate a tu trabajo —escupí cabreada.

— ¿Por qué tienes que tener el maldito carácter mío? —Esa pregunta me pilló por sorpresa y no pude aguantar la risa—. Y ahora te ríes. Perfecto.

— ¿Por qué eres tan malditamente estúpido hermanito? —pregunté sin parar de reír.

Me había entrado la risa de una manera brutal y no podía parar, mi hermano al final se unió a mí, ambos parecíamos locos riéndonos mientras pasaban por nuestro lado alguna, que otra persona que iba directa a su trabajo, pues era bastante temprano. Mi hermano me ofreció su brazo con una sonrisa y yo lo cogí. Le di un beso

en la mejilla y él me abrazó.

—Lo siento —se disculpó.

—Yo también lo siento, pero la próxima vez lo hablas conmigo, en vez de comportarte como un auténtico crío, “gilipollas” —Asintió y ambos, entramos en su coche.

Antes de ir al trabajo, fuimos a una oficina de correos, le mandé a Lara una caja con varias cosas para el bebé, pues la última vez que hablamos me dijo que ya estaba preparándolo todo, solo le quedaban un par de meses para que naciera y ella siempre había sido muy precavida. Roberto me esperaba en el coche, mientras yo terminaba. Entonces cuando hice él envió, llamé a Lara para decirle el número de seguimiento y pudiera tenerlo localizado.

—*Hola cielo* —saludé con cariño.

—*Hola bonita mía. Llevabas mucho tiempo sin llamarme ¿pasó algo?*

—*Nada, no te preocupes. Escucha, te envié un paquete con cositas para mi nene.* —Me

sentía feliz de hablar con ella, la echaba mucho de menos, al igual que mi loca de Luisa.

Hablé con ella unos minutos más, mi hermano me pitaba para que saliera, pues llegábamos tarde al trabajo. Le hice señas con la mano para que esperara un minuto más, cuando le dije a Lara el número, salí de correos y me subí al coche. Roberto arrancó y puso camino hasta la oficina. En el coche me hablaba sobre Joseph, de como se enteró de lo nuestro.

— ¿Por qué no me dijiste que estabas con él? No me molesta, es un buen tío, pero no me gustó enterarme así —declaró y le entendí.

—Sentí hacerlo así, pero estaba enfadada contigo por como trataste a Elena y no se me ocurrió otra cosa.

—Lo de Elena es... es, déjalo. No volvamos a hablar del tema ¿Vale?

—No me puedes hablar así y hacer como que no lo has hecho ¿Qué te pasa con Elena? —pregunté confundida, pues sabía que mi hermano sentía algo por ella, pero era tan cabezota que

no lo diría fácilmente.

—Déjalo estar. No pienso decirte nada más.

Eso fue lo último que dijo y no le insistí, ya me diría él lo que sentía por Elena. Únicamente esperaba que fuera amor o por lo menos atracción, me gustaría ver a mi hermano feliz de una vez. Minutos después, llegamos a la oficina y cada uno se fue para su despacho. Yo me dirijo a mi mesa y dejé mi bolso junto con la maleta que contenía todo el trabajo del mes, pues había una reunión bastante importante y debía tener todo preparado para la hora de comer. Cuando ya dejé todo, caminé hasta el despacho de Joseph, después de pegar un par de toques, entré sin espera si quiera que me dijera que pasara. Al entrar, su sonrisa se agrandó y se levantó de su silla para venir hasta mí y pegar sus labios a los míos. Así era desde que comenzamos, siempre atento, siempre pendiente de mí, por eso, me dolía tanto no poder corresponderle como se merecía, mi hermano tenía razón al decir que Joseph era un buen

hombre.

La primera vez que íbamos a pasar la noche juntos, terminé contándole todo lo que me había pasado, me entendió y por eso mismo me esperaba, pero sabía que su espera al final llegaría a su fin y, o me dejaba o me ponía un gran ultimátum. Solo esperaba que no llegara ninguna de las dos y pudiera entregarme a él, como Martín, lo hizo con Yolanda.

—Buenos días cariño —dijo al separar nuestros labios.

—Buenos días ¿Cómo pasaste la noche?

—Echándote de menos —confesó achicando los ojos risueños.

Algunas arrugas se le formaban en los ojos al reír y le hacía ver muy sexy. Joseph era mayor que yo, no mucho, pero me llevaba siete años, aunque él no aparentaba la edad que tenía realmente, pues se le veía bastante joven y sobre todo alocado. Yo creo que por eso me atrae, aunque no sea suficiente para que lo ame, pero bueno, por lo menos era algo.

—Belén, quiero decirte algo. —Su voz sonó temblorosa y arrugué la frente—. Siéntate.

—No me asustes ¿Qué ha pasado? —pregunté preocupada.

—No es nada grave, es solo que quiero proponerte algo. —Su nerviosismo era gracioso, pues nunca lo había visto así. Entonces me temí lo peor ¿Acaso pretende pedirme matrimonio? Porque si es así, la respuesta es no—. Me gustaría que vieras a vivir conmigo —soltó de pronto y abrí los ojos tanto que me escocían—. Desde que estamos juntos y he despertado junto a ti, no me veo en mi vida de otra manera. Todas esas mañanas en las que amanece junto a mí, son las más bonitas de mi vida y quiero que siga pasando, quiero despertar siempre contigo.

Me levanté nerviosa, lo que me pedía era demasiado y yo no estaba segura de querer irme con él, era demasiado precipitado, las cosas que van rápidas nunca salen bien. Bueno con una excepción. Rubén y Lara ya se amaban desde minutos y prácticamente desde el primer

momento ya estaban juntos y ahora es verlos y subirte el azúcar. Yo no los he visto, pero aparte de contármelo Luisa y escucharla yo al hablar, me era suficiente para saber que eran felices. Caminé de un lado al otro. Mis tacones resonaban en todo el despacho, miré a Joseph, y éste, estaba con una sonrisa de oreja a oreja.

—Estás loco —respondí en mi defensa.

—Tú también los estás. Creo que por eso te quiero —confesó poniéndome la piel de gallina, pues era la primera vez que decía te quiero y yo no podía responderle ni a eso, ni a nada.

Me quedé unos minutos parada, mirándole y Joseph, sabía mi respuesta. Cambió su sonrisa por una expresión de tristeza y me partió el alma verle así, pero era lo mejor, pues de igual forma sería infeliz conmigo. Yo no le quería, no sabía si llegaría a hacerlo algún día y aunque él luchaba día a día para ganarse mi cariño, aún no lo había conseguido.

—Lo siento, pero tengo que pensármelo. Creo que es lo mejor para los dos Joseph.

—No Belén. Te equivocas en eso, es lo mejor para ti, lo que pasa es que aún no te das cuenta o te niegas a creerlo. Pero está bien, te daré el tiempo que necesites, pero no olvides que yo también tengo mi límite y tú, lo pasaste hace tiempo —respondió y salió de su despacho para comenzar con mi trabajo.

Pasaban las horas y no me concentraba. Únicamente tenía en mi cabeza su proposición ¿Aceptaba? No sabía qué hacer, estaba hecha un lío, de verdad sabía que al decirle que no, nuestra relación se acabaría para siempre y en parte no quería que eso pasara. Pero también notar eso, me hacía sentirme libre. No sabía lo que quería, no sabía lo que sentía. Entonces algo cruzó mi mente, una locura, algo que tenía que hacer para pasar página de una vez, pero ¿serviría o me liaría más? Tenía que correr el riesgo.

Ese día acabó, sin despedirme de nadie, me levanté y salí de la oficina. Necesitaba un tiempo a solas conmigo misma, sin hermano

lioso y problemático y novio preocupado en todo momento y sobre todo, esperando una respuesta. Comencé a caminar sin rumbo alguno, era lo que necesitaba. Necesitaba pensar, olvidar, pero ambas cosas me costaban, en mi cabeza solo había una cosa. Quería ver a Martín.



Capítulo 6

Mi cabeza daba vuelta, al igual que yo. No sabía qué hacer ni a quién decirle todo lo que sentía. Ya era de noche y me había pasado todo el día en la calle, deambulando como si fuera una mujer sin techo, pero en realidad así me sentía. En Madrid tenía mi vida, mi casa, a él, pero por su maldita culpa, todo había cambiado y solo yo, era la que me había jodido. Me senté en una cafetería que aún seguía abierta, eran las once

de la noche. Pedí un café y me perdí en el interior de esa taza. Mi móvil no había parado de sonar desde que salí de la oficina y no me sentía con ganas de hablarle a nadie. Solamente éramos yo y mi mente, yo y mi corazón dolorido. A las una de la madrugada la cafetería iba a cerrar, así, que tuve que irme, pero ¿Dónde iría ahora? No quería ir a casa de mi hermano, con mis padres no me llevaba bien y con Joseph... A él, lo dejé plantado durante todo el día, así que no creo que siquiera, quisiera verme. No podía seguir dando vueltas, así que cogí un taxi y volví al apartamento de mi hermano. Bueno podría decir que iba a mi casa, pues ya llevaba bastante tiempo viviendo con él y repartíamos los gastos. Prácticamente éramos compañeros de piso. Al llegar, le pagué al taxista, salí del mismo para entrar en el edificio. Me metí en el ascensor y marqué el número. Segundos después estaba abriendo la puerta, entré y la imagen de mi hermano y Joseph, se plantó ante mis ojos. Los dos al verme, corrieron hasta mí preocupados.

— ¿Dónde coño estabas? Nos tenías preocupados —habló nervioso Roberto.

Me encogí de hombros y fui hasta la cocina para coger una fruta, estaba hambrienta. No me estaba comportando como debía, pero es que estaba en el punto en el que todo me daba igual.

— ¿Se puede saber a qué estás jugando? —Mi hermano seguía preguntándome y yo seguía sin responderle—. Mírame Belén. —Lo hice y este sonrió sarcástico—. No sé qué fue lo que te pasó, pero no puedes llegar a esta hora y comportarte como una niñaata. Porque es lo que estás haciendo. Estás en plan pasota. No lo entiendo, no te entiendo Belén.

— ¡¿Qué coño quieres entender?! ¡¿Qué quieres saber Roberto?! ¡Me fui, necesitaba pensar, me agobio! ¡Pronto llegará el día, ese maldito día que mi vida iba a cambiar y por lo que he luchado tanto! —grité cabreada.

— ¿Qué día?

—Déjala Roberto —habló Joseph, pues él si sabía a qué día me refería—. Yo la entiendo.

Lo miré sorprendida, no pensé que se pondría de mi padre, pero lo hizo y se lo agradecí. Me acerqué a él y le di un beso en la mejilla. Ese acto no le gustó y me lo hizo saber con su mirada apenada. Él esperaba un beso en los labios, un sí, pero eso no podía dárselo, no por ahora.

— ¿Cómo puedes pedirme que la deje? No puedo dejarlo pasar, como si no hubiéramos estado todo el maldito día buscándola por todas partes...

—Me voy a ir Roberto —dije sin dejarle terminar. Mi hermano frunció el ceño, pero no fue el único, Joseph se acercó a mí.

— ¿Cómo qué te vas? ¿Dónde? —preguntó Joseph.

Mi hermano se acercó a mí y me agarró del brazo, llevándome casi a rastras hasta mi habitación. Se disculpó con Joseph, le dijo que esperase o que se fuera que tenía una conversación pendiente conmigo. Yo estaba cabreada, mucho, no iba a dejar que me tratara

como si fuera una niña pequeña y mucho menos como si fuera su hija. Al pensar eso, me regañé a mí misma por pensar así, pues mi pobre sobrina no estaba. Me senté en mi cama y las lágrimas se hicieron presentes. Mi hermano entró, cerró la puerta de un portazo, cogió la silla que había en una esquina de la habitación y la colocó justo delante de mí para sentarse.

—Te vuelvo a decir lo mismo ¿A qué estás jugando Belén?

—No quiero hablar del tema Roberto.

—Me da igual lo que tú quieras, pero ¡joder! ¿Sabes la angustia que hemos pasado? Vale que seas adulta, aunque te falte un poco de cerebro, pero un puto mensaje para decir que estás bien, por lo menos para tranquilizarnos. — Estaba preocupado y le entendía, pero de igual manera no soy una niña pequeña—. Joseph me dijo la proposición que te hizo ¿Es por eso que quieres irte? ¿Volverás a Madrid?

—Sí, pero no por lo que crees. Es solo que necesito recuperar mi vida y aquí no lo estoy

consiguiendo —confesé—. Yo te agradezco todo lo que has hecho por mí en estos meses y de verdad, me cuesta muchísimo separarme de ti ahora que volvemos a ser hermanos.

— ¿Acaso no lo éramos? —Preguntó con una sonrisa daleada.

—No es eso. Tú, sabes a que me refiero. —Asintió y me abrazó.

Mi hermano me entendía y eso era importante para mí, pero ¿estaba segura del paso que iba a dar? Volver a Madrid, en donde me habían engañado, donde estaba el hombre que yo seguía amando incluso con más intensidad que antes. Nos acostamos en mi cama, como siempre hacíamos cuando estábamos mal, aunque en este caso, era yo la que necesitaba de un abrazo. Así, nos quedamos dormidos o yo me quedé dormida, pues no sabía si mi hermano se había quedado conmigo, pues Joseph estaba en el salón esperándole.

Por la mañana, me levanté y mi hermano no estaba, me fui al baño y me duché. Tenía

muchas cosas por hacer, una de ellas era recoger mis pertenencias y preparar las maletas para volver a Madrid. Lo único que no quería era que se enterara Martín, que volvía, solo se lo diría a Luisa y Lara, pues son las únicas que se merecían saber de mí. Salí del baño vestida y me puse a recoger todo. Entonces pegaron en mi puerta, dije que pasara, suponía que era mi hermano, pero no.

— ¿Entonces, es cierto, te vas? —preguntó Joseph.

Me tensé al escucharle, sentí como tocaba mi hombro para que lo mirase, pero ni eso podía hacer, pues me sentía mal por él, por dejarlo. Por no darle ninguna explicación, pero ¿Qué podría decirle? Ni yo misma lo sabía, ni yo misma tenía claro que iba a hacer con mi vida como para decírselo a él.

—Respóndeme Belén.

— ¿Para qué? Ya lo estás viendo por ti mismo —respondí secamente y juro por Dios, que no pretendía sonar así, pero todo se me estaba

yendo cuesta arriba y no sabía cómo hacer para que cada cosa que hiciese, no dañara a nadie.

Joseph, agachó la mirada y se sentó en la silla donde mi hermano estuvo sentado la noche anterior, yo me senté en la cama y le miré. Él, no podía mirarme, no podía siquiera cruzar sus ojos con los míos. Le estaba haciendo daño y lo sabía, pero es que yo también estaba sufriendo, y mucho. Cogí sus manos y me miró. Sus ojos aguados me decían más de lo que sus labios podrían y yo... yo no sabía cómo borrar el dolor que él estaba sintiendo, porque yo también lo sentía multiplicado por mil.

—Lo siento Joseph, pero tú sabías que esto iba a pasar.

—No, yo tenía la esperanza de que te enamoraras de mí, pero ya ves que no sucedió. Por más que he luchado, por más que te he dado, tú seguirás amándole a él y espero de todo corazón, que puedas perdonarle. —Al decir eso, se levantó y se fue hasta la puerta—. Belén... yo te quiero y creo que siempre lo haré. Solo

quiero que seas feliz y si tu felicidad está junto a un capullo que no supo ver la mujer que tenía, entonces que seas feliz, pero pobre de él como vuelva a hacerte daño, porque iré, le partiré las piernas y luego lucharé por ti.

Cerró la puerta de un portazo al salir, sus palabras habían llegado hasta lo más oscuro de mi alma, estaba equivocado, yo no regresaba a Madrid para estar con Martín. Volvía, porque necesitaba mi vida, la que dejé atrás por huir. Mi trabajo, mi casa, mis amigas que eran mis hermanas del alma y aunque Martín supiese que yo había vuelto, no le dejaría que se acercara a mí, a menos de dos centímetros metros. Aunque me esté muriendo por verle, por besarle, por abrazarle, por estar con él, no lo haré. Nada de mí conseguirá, solo odio y rencor, es lo único que podría ofrecerle, porque ni mi amistad se merecía.

Terminé de preparar la maleta, salí con ella y mi bolso, una cosa en cada mano. Al salir mi hermano y Joseph que aún no se había ido, me

esperaban en el salón. Mi hermano estaba triste, mucho más que cuando llegué y eso me hacía sentir culpable, pero tenía que irme, no podía estar aquí, no sería feliz nunca. Me despedí de los dos. Mi hermano me aferró entre sus brazos y mis ojos se llenaron de lágrimas. No me gustaban las despedidas, no sin saber cuándo nos volveríamos a ver. Después de que mi hermano por fin me soltara, me acerqué a Joseph y me abrazó con fuerza.

—No te vayas, por favor. Te daré el tiempo que necesites, pero no me dejes —suplicó y eso me ponía las cosas mucho más difíciles. Negué y besé sus labios por última vez.

—Os echaré de menos, no te preocupes Roberto. Estaré bien y hablaremos a menudo. Al decir eso, me fui. Salí por la puerta por la que entré meses atrás buscando cobijo, buscando un futuro que no he encontrado.

Bajé en el ascensor con un gran nudo en el estómago, pues realmente necesitaba quedarme, pero también marcharme. Mi cabeza era un lio,

no me entendía ni yo, pero ver el dolor de mi hermano al irme y sobre todo la súplica de Joseph, hizo que me replanteara las cosas ¿Y si me quedo? ¿Y si lo intento? No lo tenía claro, pero algo en mí se estaba formando ¿Qué era? ¿Sería que realmente me había enamorado de Joseph? No, de eso sí que estaba segura, pero ¿Y si conseguía enamorarme de él? Mi cuerpo me decía que me quedara y mi cabeza y corazón que me marchara ¿A quién debía de hacerle caso?

Llegué a la planta baja y me quedé pensando. Soy una cobarde, de eso estoy segura. Entonces, volví a marcar el número del piso de mi hermano y el ascensor volvió a subir. Mi corazón comenzó a latir frenético, no sabía el por qué. Al llegar y abrirse la puerta, la imagen de Joseph abatido se mostró ante mí. Su cara de desconcierto al verme era notable. Entré y me abrazó fuerte.

—No puedo irme —susurré—. No quiero hacerte daño y aunque estoy hecha un maldito

lío, sé, que algo estoy sintiendo por ti. Solo dame tiempo y lo averiguamos juntos ¿vale? —Mis palabras sonaban entre cortadas. Joseph, cogió mis mejillas y me besó.

Su beso fue subiendo de nivel, me estaba poniendo nerviosa, pues en todos estos meses en los que estábamos juntos, no habíamos hecho nada aún y siendo sincera, yo le deseaba, pero tenía tanto miedo a sufrir, miedo a no poder corresponderle como él, se merecía. Al separarnos, nuestras respiraciones estaban agitadas y mis mejillas las sentía arder de rojas que estaban.

—Te ves hermosa con los labios hinchados por mis besos. —Esa aclaración hizo que quisiera tenerle cerca, muy cerca. Intentar sentirme amada por una vez, amar sin pensar en nadie más que en esa persona—. Te daré todo el tiempo que necesites y si aún no quieres vivir conmigo lo...

—Sí, viviré contigo Joseph —respondí sin dejarle terminar y sonrió.

— ¿Estás segura? No tienes por qué hacerlo si no quieres. Te pido perdón por lo de ayer, no quise decirte lo que te dije y mucho menos quise agobiarte.

—No te disculpes. Necesito dar este paso.

Después de eso, volvimos a casa de mi hermano para decirle que me quedaba y que me iría a vivir a casa de Joseph. Se puso feliz por haber decidido quedarme, pero me preguntó si estaba segura del paso que iba a dar. Yo asentí, pues era lo que sentía en ese momento y si salía mal, pues, no pasaría nada.



Capítulo 7

Una semana llevaba viviendo con Joseph, se estaba convirtiendo el alguien muy importante en mi vida, pues toda esta semana fue un amor, en ningún momento se insinuó para que me acostara con él y eso, decía mucho de él. Pero yo... yo tenía la necesidad de que me hiciera suya, quería comprobar si al fin podía hacer mi vida con él, ya que en estos días, no había pensado en Martín en ningún momento. Joseph,

no dejaba que eso pasara y tenía que estarle agradecida.

Estuve unos días sin ir a trabajar. No tenía ánimos, gracias a mi hermano y mi novio que los dos se preocupaban bastante por mí, no tuve que ir, pues metieron a una chica para hacer mi trabajo en los días que yo me sintiera mal.

Hoy volvía al trabajo, no podía estar encerrada como alma en pena, porque después de todo, mi alma parecía estar recomponiéndose poco a poco y todo era gracias a los mimos de Joseph.

Estaba amaneciendo y aunque no era la hora para levantarse, me desperté. Me levanté despacio para no despabilar a Joseph y me acerqué a la ventana. El cielo estaba oscuro y la luna aún no se había escondido. De pronto sentí sus brazos abrazarme por la cintura y besó mi hombro desnudo. Suspiré y sonreí, me di la vuelta y nuestras miradas se encontraron.

— ¿Qué haces despierta tan temprano? — preguntó en un susurro.

Me encogí de hombros y pasé mis brazos por su

cuello para pegarme aún más a él. Sentí como su corazón comenzó a latir nervioso y su pecho subía y bajaba muy deprisa. Sonreí complacida, pues eso pretendía provocar en él. Joseph miró mis ojos y después bajó su mirada a mis labios. Estos estaban deseosos de ser probados, así que sin más lo besé.

—Belén, por favor. Si sigues así, no podré parar —habló con nuestros labios pegados.

—No pares —respondí y esa aclaración hizo que Joseph, profundizara el beso.

Su lengua entró en mi boca y jugueteó con la mía. Era tal la necesidad de sentirme amada que, poco a poco, fui quitándome el camisón que llevaba, quedándome completamente desnuda ante él. Joseph al verme, achicó los ojos, mirando más allá de lo que mi cuerpo le mostraba, porque eso fue lo que él me demostró. No estaba conmigo por tener a una mujer más en su cama, él se había enamorado de mí de verdad y yo haría todo lo que estuviera en mi mano, para poder corresponder a ese amor que

me regalaba de manera gratuita. Sentí sus manos recorrer mi cuerpo con dulzura y en cada caricia, mi piel se erizaba. Mis manos recorrían su torso desnudo, su espalda ancha, poco a poco, fui bajando hasta el elástico de su pantalón de pijama y lo bajé, quería sentirlo de una vez.

—Eres hermosa, la más hermosa de todas — susurró en mi oído, calentando mi cuerpo por completo.

Caminamos a trompicones hasta que llegamos a la cama. Hice que Joseph, se acostara y así lo hizo. Yo le miraba con deseo, un deseo que no sabía que estaba ahí, que no sabía que sentía por él, entonces sin dejar pasar ni un segundo más, me senté a horcajadas encima de él. Con mis manos cogí su miembro duro, lo metí dentro de mí, poco a poco, fui bajando hasta que al fin lo sentí completo. Se nos escapó un gemido a ambos y sonreí al ver sus ojos cerrados. Comencé a moverme pausadamente, volviéndonos locos, haciendo que Joseph, gimiera.

—Belén... joder —dijo al mismo tiempo en el que cogía mis nalgas y con un movimiento brusco se colocó encima de mí.

Yo pegué un grito al sentirlo aún más duro, me sentía más llena y acabaría volviéndome loca. Pensé que sus movimientos serían feroces, pero me equivoqué, pues Joseph lo hizo calmado, con dulzura. Me hacía el amor.

—Te quiero —dijo con la voz entrecortada, yo no sabía que responder, aún no estaba preparada para decirle esas simples palabras—. No te preocupes, no tienes por qué responderme —expresó al ver mis ojos vidriosos.

—Gracias. Es lo único que me sale.

—Con eso me vale, cariño.

Nuestros labios volvieron a fundirse en un gran beso y Joseph, comenzó a moverse más rápido, haciendo que mi cuerpo se irguiera de placer. Sus embestidas cada vez eran más fuertes, más desesperadas. Nuestros gemidos eran atrapados entre nuestros besos, bebiéndonos nuestro placer. Así... como jamás pensé, me hizo suya,

porque yo me había entregado.

Se puso de pie conmigo y pegándome a la pared, siguió con ese ritmo loco, con ese ritmo pasional, ese ritmo que hizo que ambos cayéramos en el placer del orgasmo, gritando al llegar. Había sido brutal, nos desplomamos en el suelo agotados. Eché mi cabeza en su hombro y él le dio un beso.

— ¿Estás bien? —preguntó agitado.

—Si... sí que lo estoy —respondí y se rio al oír mi ahogo.

Después de esa noche, vinieron algunos encuentros más y cada vez me sentía más necesitada de sus besos y caricias, cada vez me sentía más a gusto con él y no llegó a mí ese remordimiento que pensé que sentiría, pues Joseph se encargaba de que eso, no llegara a pasar. Con su amor y comprensión, estaba rompiendo esa barrera que sin darme cuenta puse en mi corazón y que no me dejaba olvidar a Martín, pero poco a poco, le recordaba menos.

Meses después

Mi móvil comenzó a sonar, no quería despertarme, estaba tan a gusto en la cama que me daba igual todo a mí alrededor. Mis ojos seguían cerrados, pero estaba despierta. De pronto, sentí su cercanía y su olor me inundó. Joseph, estaba a mi lado, pensé que ya no estaba. Yo, ese día, lo tenía de descanso, tenía que ir al médico, me sentía mal. Mis ojos se abrieron y vi sus perfectos ojos azules mirarme con ese amor que sabía y decía que sentía por mí. Sus labios se curvaron en una fina sonrisa, haciéndolo ver más joven. Pegó sus labios a los míos para darme mi beso de buenos días.

—Buenos días, cariño —dijo al separar nuestros labios—. No sé quién será, pero lleva sonando un rato.

—Buenos días. Ahora veré, pero seguramente será mi hermano para saber cómo estoy.

Me levanté y cogí el móvil de encima de la cajonera. Lo desbloqueé y fruncí el ceño al ver las llamadas de Luisa. Entonces me di cuenta de

que también había un mensaje de Rubén. Lo abrí y este ponía:

"Belén, estoy con Lara en el hospital. Se puso de parto"

"Salgo enseguida para Madrid. Muchas gracias por avisar Rubén"

Respondí rápidamente y me preocupé, pues el bebé se había adelantado. Joseph, me miraba con el ceño fruncido, pues comencé a vestirme rápidamente sin decirle nada. Entonces se puso delante de mí y me agarró por los hombros para conseguir que reaccionara.

— ¿Qué pasa cariño? ¿Quién era? —preguntó Joseph preocupado.

—Mi amiga Lara esta de parto. Era su marido —respondí—. Tengo que ir, tengo que volver a Madrid. Necesito estar con ella. —Joseph asintió y me abrazó.

—Yo iré contigo ¿vale?

No sabía si quería ir sola, algo dentro de mí decía que debía ir sola, pero ¿Por qué? ¿Será

qué mi corazón está sintiendo qué verá a quién sigue amando? Mi cabeza comenzó a dar vueltas a lo mismo, me sentía rara, muy rara. Joseph, se dio cuenta e hizo que me sentara en la cama. No quería que se enfadara, pero tampoco podía prohibirle que me acompañara, pues el mundo es libre y cada uno hace lo que quiere.

—No sé si quiero que me acompañes —dije de pronto.

—Lo sé, pero aún así, iré. No pienso dejarte sola, no, cuando me necesitas —respondió y agaché la mirada. Me sentía tan avergonzada—. Belén, sé que cuando vayas verás a Martín, créeme que el ir contigo no es porque no confíe en ti, sino porque creo que si vas sola, estarás mal.

Yo no estaba de acuerdo con lo que estaba diciendo, pues sus palabras sonaron falsas y lo que parecía era, que tenía celos. Me levanté negando y cogí mi maleta. Me iría sola sin él, sí o sí, tendría que confiar en mí, si no lo hacía,

sería porque esta relación no iba a ninguna parte.

Estaba, hecha un lío. ¡Joder!, era saber algo de ellos, y mi mente volaba a donde no debía ¿Por qué tenía que seguir pensando en él? Todo este tiempo no había servido de nada si a la primera de cambio, hacía mis maletas y me iba. Joseph, se dio cuenta de mi reacción y se fue de la habitación dejándome sola. Al salir cerró la puerta de un portazo, haciéndome ver lo enfadado que estaba, pero me daba igual, yo en este momento solo pensaba en volver, en ver a Lara en verle... a él.

Cuando lo tuve todo listo, salí de la habitación con la maleta en mi mano. En el salón, sentado en el sillón estaba Joseph, con la cabeza gacha y suspirando cada dos segundos. Me acerqué a él, puse mi mano en su hombro para poder despedirme. Levantó la cabeza y vi sus azules ojos aguados. No podía seguir haciéndole daño, porque por más que yo intentara amarle, mi corazón se negaba a sentir eso. Por mucho que

quisiera olvidar a Martín, siempre había algo que me lo recordaba. Daba igual lo que fuera, un parecido con alguien, una sonrisa, un gesto. Cualquier persona con algo parecido.

—Lo siento... ¡Te juro por mi vida que lo intenté, intenté amarte, pero no puedo! — exploté abatida—. Mi corazón por desgracia tiene un dueño y aunque esa persona no se merezca mi amor, lo tiene y eso nadie lo podrá cambiar. —Se levantó y caminó hasta la ventana, ni siquiera podía mirarme y lo entendí.

—Entonces ¿Aquí se acaba todo? —Preguntó con un nudo en la garganta.

—No lo sé. Únicamente sé, que tengo que irme y que no sé cuándo o si volveré algún día. —Me acerqué a él y le abracé por la espalda, metiendo mis brazos entre los suyos para rodear su cintura. Sentí como suspiraba y cogió mis manos, las acarició y luego, poco a poco, fue quitándolas de él.

Yo no quería acabar así con él, pero las cosas nunca pasan como uno quiere. Le di un beso en

la mejilla y caminé con paso firme, hasta mi maleta. La cogí entre mis manos y me dirigí hasta la puerta de la que era mi casa. Eché la vista atrás y se me partió el alma verle así.

—Adiós, Joseph. No te pido que me perdones, pues eso solo lo decides tú. —Esas fueron las últimas palabras que le dije y salí de la casa.

Bajé en el ascensor y ya en la calle, cogí un taxi que pasó después de esperar más de un cuarto de hora, le indiqué que me llevara hasta la estación de autobuses. Cuando llegué, compré un billete de ida, solo de ida, pues no sabía si volvería o no.

Una hora después, estaba sentada en el autobús, mis suspiros eran cada dos segundos, mis lágrimas ya no aguantaban más haciéndome ver más débil de lo que ya me sentía. Cogí mi móvil y escribí un mensaje para mi hermano.

“Roberto, vuelvo a Madrid. No te enfades por no despedirme de ti, pero todo fue muy rápido. Te llamaré en cuanto llegue y te explico. Te quiero”

Después guardé el móvil en mi bolso, cerré los ojos, necesitaba descansar, me dolía demasiado la cabeza. Me sentía mal por lo que le había hecho a Joseph, pero seguir con él, habría sido peor. Si hubieran pasado años y yo sin amarle aún, eso sería mucho peor. Por eso era mejor cortar antes y el mensaje de Rubén era lo que necesitaba para dar el paso que no me atrevía a dar por miedo.

Horas después, el autobús estaba llegando a la estación de Madrid. Mi corazón bombeaba tan fuerte que se me saldría por la boca. Cuando aparqué, me bajé y cogí mi maleta del maletero, luego me fui hasta la salida y ahí tomé un taxi. No había llamado a nadie para que me recogiera, pues seguro todos estaban con Lara y Rubén en el hospital.

Le dije al taxista que me llevara directo al hospital, no sabía si Luisa seguía viviendo ahí o si tenía a otra compañera de piso, así que preferí verla antes de meterme por las puertas sin saberlo con exactitud.

—No quiero verle, no quiero verle. —Dije bajándome del taxi justo delante del hospital.

Mis piernas no respondían y estaba asustada. Mi estómago hecho un nudo de emociones y mi pecho comprimido, pues no le veía desde aquel día en el bar. El día que todo acabó. El día que me sentí más humillada que nunca y me fui para no volver, pero aquí estoy de nuevo, a punto de ver al hombre que amo y odio a la vez.



Capítulo 8

Entré en el hospital con paso firme, pero temerosa de lo que pudiera pasar. Había llegado sobre las cuatro de la tarde. Subí en el ascensor hasta maternidad y busqué con la mirada a alguien conocido. Mis ojos, viajaban por cada rincón de la sala de espera hasta poder ver a alguien. Entonces lo vi, pero él a mí no. Su mirada triste, su cara llena de abundante barba, estaba dejado completamente, aunque se

merecía eso y más, no podía evitar sufrir por él, por nosotros, por todo. No sabía si acercarme o no, puesto que no había nadie más. Lo pensé mucho antes de comenzar a caminar, entonces levantó la cabeza y cruzó su mirada con la mía. Sus ojos se abrieron sorprendidos y se aguaron en el mismo momento. No quería que esto pasara, no quería encontrarme con él, pero aquí estaba frente al hombre que destrozó mi corazón, arrancándolo de mi pecho para tirarlo a la basura.

—Belén —susurró.

Caminé y pasé por su lado sin siquiera mirarle, pues no quería hablar con él, mucho menos tenía nada que decir ni escuchar que no hubiésemos dicho ya. Al pasar por su lado, sentí como su mano cogía mi brazo, haciéndome tambalear nerviosa, me solté y al fondo pude ver a Rubén junto con Cristian, Luisa y el padre de Lara. Luisa al verme, pegó un grito que hizo que todos se asustaran, pues habían pasado demasiados meses sin vernos.

— ¡Belén! —gritó corriendo hasta mí. Cuando llegó me abrazó como una autentica posesa—. ¡Dios, estás aquí... te eché de menos hermana! —susurró con lágrimas en los ojos, yo, no me quedaba atrás.

Cuando nos separamos, me acerqué a Rubén y lo saludé con un fuerte abrazo, tenía que felicitarle, ya había nacido mi sobrino, mi ahijado y mí consentido a partir de este momento. Luego saludé a Martín, mi ex suegro y este me recibió como siempre lo hacía con un beso paternal, ese beso que siempre me gustó recibir y que tanta falta me había hecho en estos meses lejos de ellos. Por último, saludé a Cristian, que al verme me sonrió y guiñó un ojo “*el guaperas en acción*”.

—Os he echado mucho de menos —hablé con un nudo en la garganta—. ¿Dónde están? Quiero verlos —le pregunté a Rubén.

—Ven por aquí. Ella, no sabe que venías, se llevara una gran sorpresa —dijo al mismo tiempo que caminábamos hasta la habitación de

Lara, mi Lara. Tenía muchas ganas de verla.

— ¿Cómo estás? —Preguntó Rubén llamando mi atención. Yo me encogí de hombros, pues no tenía respuesta para eso, no sabía realmente como estaba.

Al llegar a la puerta de la habitación, Rubén, la abrió y la cara de felicidad de Lara al verme era palpable. Corrí hasta ella y la abracé. Tantos meses, tanto tiempo había pasado y ella era la misma, bueno mejor, era más feliz. En cambio yo, no era la misma, no sabía si algún día llegaría a serlo.

—Belén. No sabía que venías. Tenía muchas ganas de verte —susurró en mi oído mientras nos abrazábamos.

— ¿Te creías que no iba a venir a ver a mi ahijado? —pregunté separándome de ella y acercándome a la cuna para ver a mi sobrino. Lo cogí entre mis brazos y le di un beso en su moflete, era tan precioso. Mis ojos se llenaron de lágrimas y no sabía si era por el niño, o por todo en general.

Lara, me miró y comprendió la presión que sentía en mi pecho, haber visto a Martín después de tantos meses había sido duro, mucho más de lo que yo me esperaba, pero bueno aquí estaba después de todo y no me iría más. Volví a dejar a mi sobrino en la cuna y me senté en la silla cercana a la cama de Lara.

—Os dejaré solas un momento. —La voz de Rubén hizo que lo mirásemos. Se acercó a su mujer y le dio un beso en los labios, ya quisiera yo, sentir lo que ellos. Me dio un poco de envidia, pero era envidia sana, al ver ese amor que se prodigaban. Mucho habían luchado por estar así y me alegraba por ellos, muchísimo.

Segundos después, se separó de ella, le dio un beso a su hijo y salió de la habitación dejándonos solas. La conversación que Lara y yo íbamos a tener, tenía protagonista y ese era su hermano Martín y aunque yo no quería hablar de él, tenía que hacerlo. Solo así mi alma se liberaría, solo así podría llevarlo lo mejor posible.

— ¿Cómo estás? —preguntó Lara cogiendo mi

mano.

Me encogí de hombros y sonreí para que no se preocupara, pero de nada serviría. Lara me conocía demasiado bien. Apreté su mano y mis ojos se llenaron de lágrimas ¿por qué cojones lloraba ahora? Desde luego, no tenía remedio, se suponía que debía hacer el mejor paripé de mi vida para que no se diera cuenta de mi sufrimiento, pero con Lara era imposible. Le iba a contestar cuando Luisa entró en la habitación y nos miró con el ceño fruncido ¿Qué le pasaba a esta ahora?

—O sea, ¿qué hay conversación de chicas y no me llamáis? Ya os vale —dijo de pronto con los brazos en jarras. Soltamos una carcajada y Luisa vino a abrazarme, pues se había dado cuenta de mis lágrimas.

—Estábamos a punto de comenzar la charla ¿Te apuntas? Sabíamos que íbas a entrar de un momento a otro —explicó Lara.

Luisa se sentó a orillas de la cama de Lara y cada una me cogió una mano. Por fin las tenía

cerca, como antes. Necesitaba de estos momentos que solo ellas podían darme, mis hermanas eran todo para mí y las quería con locura.

—A ver cuéntanos qué tal te fue en Barcelona —comenzó diciendo Luisa.

—Bien... bueno sí, bien —respondí agachando la mirada, pues recordé a Joseph y las ganas que tenía de verle.

De verdad que no me entendía ni yo. No sabía que sentía por él, lo dejé incluso para que no sufriera por no tener mi amor, y ahora que lo tengo lejos, siento una presión en el pecho, como si me faltara algo importante de mi vida ¿Será que me enamoré de él? Eso era imposible. Cuando he visto a Martín, mi corazón latió a mil por hora, era como ver lo más hermoso de este mundo. Sí, así de tonta soy. Todavía estoy enamorada de él, pero también siento algo por Joseph. Mi cabeza en este momento, es un maldito caos.

—Belén ¿Hay algo que quieras decirnos? —

Suspiré y asentí—. Pues dinos. Ya sabes que lo que nos digas no saldrá de aquí —refirió Lara.

— ¿Quieres un juramento de sangre? — Preguntó Luisa alzando las cejas haciéndonos reír.

—Sí, sangre... Ya hablaremos de ti y Cristian alias "*el guaperas*" —Lara y yo nos miramos y soltamos una carcajada al ver la cara de Luisa.

La habíamos pillado, su sonrojo la delató ya sabíamos nosotras que ellos tenían algo desde hacía tiempo, pero ¿Hasta qué punto estaban juntos? Nos moríamos de ganas por saber y aunque Luisa, siempre ha tenido eso muy bien guardado, de hoy no pasaba que nos contara todo con pelos y señales.

— ¡Seréis cabronas! No tenemos nada, de verdad lo juro. Ya sabéis que si fuera así, lo diría, pero Cristian es... es, no sé cómo explicarlo.

—Es un buenazo que nunca ha tenido cariño, Luisa —afirmó Lara.

—Ya salió la defensora del pueblo. Claro como tú eres la felicidad personificada con tu policía de esos besos bajo la lluvia que te deja con las piernas echas flan —respondió Luisa gesticulando con los brazos a modo de burla.

Yo las miraba a las dos y me reía por las ocurrencias de cada una. De verdad, me sentía en casa. Las había extrañado tanto que me emocioné y algunas lágrimas que estaba reprimiendo desde mi llegada, salieron de mis ojos para hacer que las dos se callaran y me abrazaran pensando que me pasaba algo. No se daban cuenta que estaba así por ellas, por tenerlas cerca de nuevo, después de tantísimos meses de recuerdos y tristezas, aunque esas tristezas hubieran sido reemplazadas por el amor de Joseph.

<< ¿Por qué pienso en él? >> Me dije en silencio.

— ¿Por qué lloras Belén? Por favor dinos que te pasa, solo así podremos comprenderlo —dijo Luisa abrazándome de nuevo.

—No es nada, es que hacía tanto tiempo que no os veía, ahora sé todo lo que me he perdido y me he sentido mal. Yo lo he pasado muy mal en Barcelona, aún siento como mi pecho se comprime por culpa de los recuerdos, pero hay alguien que se encargó de sanar parte de mi dolor. Ahora, no sé hasta qué punto le necesito o si me enamoré realmente de él —suspiré alzando la mirada—. Ahora que he visto a Martín, me he dado cuenta de que lo que pensé que había enterrado, no lo estaba del todo y por eso estoy hecha un puñetero lío —expresé sintiéndome pequeña—. Lara ¿Cómo hiciste para vivir con el engaño? ¿Cómo saliste de todo eso?

—Con vuestra ayuda y no sé, simplemente un día me levanté y dije, hasta aquí y dejé de sufrir —expresó nerviosa—. Aunque, un policía tuvo mucho que ver en mi decisión.

Las dos cogieron mis manos de nuevo y lloré como nunca lo había hecho. Necesitaba desahogarme y poder sanar algo que me oprimía

el pecho, pero creo que sola no iba a poder. Necesitaba los besos de Joseph, las caricias intencionadas, incluso los te quiero por las mañanas. Joder, creo que sí, creo que siento algo por ese hombre de ojos verdes ¿O es un espejismo que yo misma puse para que el recuerdo de Martín, no me hundiera en la mierda? Tenía que aclarar mi corazón, pero debía empezar por mi mente, tenerla clara y para eso solo había una cosa que hacer y esa era hablar con él, con Martín, aclarar ciertas cosas que no le dejé en su día que hiciera por el cabreo de ver esas malditas fotos. Necesitaba pasar página de esa etapa de mi vida para poder vivir una nueva al lado de Joseph.

— ¿Qué sientes cuando estás a su lado? — preguntó sacándome del trance, Lara.

Me encogí de hombros pensando en esa respuesta, ¿Qué sentía al estar con él? Esa pregunta no era difícil de responder, pero no sabía explicar lo que me hacía sentir.

—Pues es algo extraño, pero mi cuerpo se tensa

cuando un suspiro de sus labios choca con mi cuerpo. Es raro, puesto que cuando estoy con él, me siento bien, tranquila. Únicamente puedo decir que ahora que no está conmigo, le necesito. Le echo de menos y mucho —confesé y ambas me miraron atónitas.

— ¿Y por qué no se lo dices? Que venga para estar contigo, que te apoye en este momento — expresó Luisa.

—Él quería venir, pero no le dejé. —Me levanté de la silla y me dirigí a la ventana. Miré hacia la puerta que estaba entreabierta y mis ojos y los de Martín, se encontraron.

Estaba llorando y me partió el alma. Suponía que lo había escuchado todo y por eso estaba así. Las chicas seguían esperando que les contara más, pero no podía, no estando él, ahí. Pero, ¿por qué no se iba? ¿Qué le retenía? Agachó la cabeza y dio la vuelta para irse. Tuve la necesidad de salir tras él y así lo hice.

— ¡Espera Martín! —grité llamando la atención de Lara y Luisa.

Salí a toda prisa de la habitación de Lara y corrí tras él. Me costó un poco alcanzarle, pero llegué y cogí su brazo haciéndolo voltear y cuando lo hizo, me cogió de la cintura y besó mis labios con pasión. Nuestros labios unidos de nuevo, sentí que me moriría en cualquier momento. Ese beso, aclaró algunas cosas que pasaban por mi mente y una de ellas era que aún lo amaba, incluso creo que este amor que siento se ha hecho más fuerte que antes, pero no, no podía dejar que me utilizara, que me engañara de nuevo. Por eso me separé de él, y al hacerlo, le pegué un guantazo que hizo que su cabeza se doblara hacia la izquierda. Al mirarme de nuevo, sus ojos seguían así, tristes y aguados. Me entraron unas inmensas ganas de llorar, gritarle todo lo que había sentido con su engaño, todo lo que mi corazón herido estaba sintiendo en este maldito momento con ese beso robado. Me separé de él, y le dije:

— ¡Devuélveme mis besos!



Capítulo 9

Martín

Verla de nuevo, fue algo que había deseado desde que se fue, algo que soñé día a día. Pero ahora que la tengo delante, me doy cuenta de que no es la misma, no es mi Belén alocada. Esa mujer de carácter fuerte que me tenía loco, esa murió y solo yo tengo la maldita culpa. Haber escuchado que había otro que la tuvo, que la besó e hizo el amor, me enfureció y dolió, pero

me merecía todo lo que me pasaba. Únicamente quería su felicidad, pero antes, tenía que confesarle todo lo que llevo dentro desde que se fue, todo lo que no me dejó decirle ese día.

Salí corriendo, nunca pensé que vendría tras de mí. Entonces, cuando sentí su mano agarrar mi brazo para impedir que me fuera, la besé. Sí, lo deseaba como un maldito demente y por un momento, sentí que la recuperaba, noté como su cuerpo se estremecía con solo un roce mío, pero al separarnos y ver sus ojos azules llenos de odio, sentí que me moría.

— ¡Devuélveme mis besos! —gritó cabreada y no había mujer más hermosa que ella. Hasta con esa cara de loca que suele poner cuando está enfurecida, está hermosa.

Sonreí al escucharla decir esa frase que tanto significaba para ambos y me recordó la primera vez que la oí. Fue en nuestra primera cita, solo nos conocíamos de un par de semanas, pero yo ya estaba loco por ella. Entonces una noche, la besé. No se lo esperó y me soltó esa frase y

ahora me lo vuelve a decir, pero sé que esta vez tiene diferente significado para ella, sé que me lo está pidiendo de verdad. Quiere que le devuelva todo, sus besos, su corazón, su vida entera, pero no podía darle lo que me pedía porque yo mismo, no lo tenía. Ella se llevó todo eso cuando se marchó.

— ¿Por qué te ríes? —Preguntó con el ceño fruncido.

La miraba embobado, necesitaba grabar a fuego en mi mente esa imagen de ella, para así poder tenerla, aunque fuese en mi cabeza. Quise acercarme, pues mi propósito estaba claro. Quería conquistarla, quería ganarme su amor y confianza de nuevo, quería amarla como se merecía y poder borrar de su alma ese dolor que yo mismo metí a la fuerza en su pecho.

—Lo siento, no pretendía reírme...

—Pero sí, besarme —respondió sin dejarme terminar.

<< ¡Esa, es mi chica! >>, pensé.

Belén siempre quiere llevar la razón, aunque no la tenga y que me rebata tanto lo que yo le diga, me recuerda momentos pasados de cuando discutíamos. Siempre ganaba ella, pero es que yo dejaba que lo hiciera, solo por verla feliz, aunque después, ella misma se diera cuenta de que en realidad se equivocaba. Entonces venía y besando mis labios me pedía perdón, pero yo no tenía nada que perdonarle. Yo la amaba, la amo y por ese simple hecho no le reprocho nada, jamás.

—Será mejor que me vaya —habló despertándome de mis pensamientos.

Me había quedado tan prendado de ella que ni siquiera me había dado cuenta de que me hablaba. Se dio la vuelta para irse y ahora fui yo quién se lo impidió, me acerqué a ella y agarré su mano. Su contacto hizo que mi piel se tensara. Era tal la necesidad de tenerla entre mis brazos y no dejarla escapar jamás, que me daría igual secuestrarla hasta hacerle ver cuánto la amaba.

— ¿Qué quieres ahora?

—Yo... yo solo quiero hablar contigo y me gustaría que quedáramos —propuse nervioso.

Ella, se quedó callada, me miraba sopesando lo que yo le estaba diciendo. Frunció sus labios y quise volver a besarlos, pero tenía que controlar mis impulsos. Miró a sus pies luego volvió a clavar sus ojos en mí. Asintió con un movimiento de cabeza muy pequeño y con eso me conformaba. Mi boca se curvó en una fina sonrisa y vi cómo se ruborizaba. ¡Dios! me iba a morir en cualquier momento, es tan hermosa. Me acerqué a ella, tanto que prácticamente respirábamos el mismo aire y me sentí el hombre más feliz del mundo en este preciso momento. Toqué su mejilla y cerró los ojos un instante.

—Me encantaría parar el tiempo, aquí y ahora —susurré muy cerca de ella.

Abrió los ojos y volvió a separarse bruscamente de mí. Ahí estaba de nuevo la Belén cabreada y llena de odio. Me miró dubitativa y se irguió aún

más, intentando parecer fuerte y aunque ella era la mujer más fuerte que había conocido en toda mi vida, en ese momento, no lo era ¿Había algo de la antigua Belén? No lo sabía, pero si no lo había, conseguiría que volviera.

—Podemos quedar mañana. Recógeme en casa de Luisa, y por favor, aféitate que pareces un vagabundo —refirió señalando mi cara y sonreí.

—Como tú digas pequeña.

—No vuelvas...

No la dejé terminar y volví a pegar mis labios en los de ella. Me separé y me marché dejándola completamente descolocada y soltando por su boca cualquier impropiedad de los suyos.

Caminé hasta la sala de espera y me despedí de mi padre, de mi cuñado y Cristian. Me preguntaron por qué me iba y les dije que me dolía la cabeza, pero la realidad era que no podía estar en el mismo sitio que Belén y no sentir unas irremediables ganas de besarla hasta que sus labios se durmieran. No sabía dónde iba a ir y la única opción era irme a mi casa.

— ¿No entrarás a despedirte de tu hermana? — preguntó Rubén y me encogí de hombros. Asentí y me dirigí hasta la habitación de mi hermana para decirle que me iba.

Cuando llegué a la puerta, estuve pensando si pasar o no, pues no sabía si Belén había entrado de nuevo, pero como no me quedaba otra, pegué en la puerta y entré sin esperar respuesta. Abrí la puerta despacio y sí, Belén estaba de nuevo con Lara, Luisa también estaba. Las tres me miraron y Belén se puso nerviosa ¿Estarían hablando de mí, del beso?

—Hola Martín. Ya pensé que no entrarías —dijo mi hermana y negué entrando. Pasé muy cerca de Belén y rocé mi mano con la suya.

No quería molestarla, lo único que pretendía era hacerle ver que aún la amaba y que ella me correspondía. Porque ella, tiene dudas sobre nuestro amor y cree que siente algo por ese tal Joseph, cosa que no me hace mucha gracia, yo le haré ver que se equivoca y que yo, soy el hombre de su vida.

Llegué hasta mi hermana y le di un beso en la frente, tenía mi sobrino entre sus brazos, así que lo cogí y le di muchos besos en sus mofletes, era un niño precioso, Mientras besaba al nuevo miembro de la familia, me fijé como me miraba Belén, mi Belén, mi mujer, la que yo amo y amaré por el resto de mi vida. Le guiñé un ojo mientras le sonreía, eso hizo que virara la cara suspirando, Luisa se dio cuenta y me miró con una sonrisa marcada. Ya tenía una aliada.

—Ya me voy... Tengo que arreglar algunas cosas —expliqué devolviéndole a Ángel a su madre.

— ¿Qué cosas? —preguntó la curiosa de mi hermana.

—Nada que tenga que decirte a ti, cotilla —respondí y se rio—. Bueno, pues me voy. Mañana nos vemos. Vendré por la mañana porque por la tarde tengo algo muy importante que hacer, alguien que no puedo dejar escapar —insinué y Belén se sonrojó haciendo brincar mi corazón.

Las chicas la miraron y ella se encogió de hombros como si la cosa no fuera con ella. Me di la vuelta y volví a pasar por su lado. Me dolía en el alma, estar tan cerca y no poder tocarla, besarla, abrazarla y tenerla retenida entre mis brazos para siempre, sin que nada ni nadie, se interpusiera entre nosotros. Pasé por su lado y volví a rozar nuestras manos y al hacerlo, movió sus dedos para sentirme aún más. Eso hizo que nuestros ojos se cruzaran y nos hundiéramos en nuestras miradas. Respiraba entrecortadamente, quise tocar su mejilla, su labio tembloroso por aguantar esas lágrimas que hacían que sus ojos azules se vieran aún más cristalinos. Me sentí mal por verla así, vulnerable, por mi maldita culpa, pero no, nunca más la haría sufrir. Iba remendar todo lo que le hice. La iba a conquistar de nuevo y no dejaría que nadie me la arrebatara.

—Hasta mañana —susurré y asintió.

Después de eso, salí de la habitación y por consiguiente del hospital. Me dirigí hasta mi

coche y entré en él. Suspiré al fin, estaba reteniendo tanto aire que pronto me ahogaría. Tenerla cerca y en realidad no tenerla, porque no es mía, era lo peor que me podía pasar en la vida.

Arranqué y conduje hasta mi apartamento. Al llegar aparqué en el parking privado, me bajé del coche y subí hasta mi piso en el ascensor del lugar. Mientras iba en el ascensor, muchos recuerdos inundaron mi mente, tantos momentos vividos, tantos besos, tantas caricias... Tanto amor que aún tenía por darle. Cuando salí del ascensor, caminé con la cabeza gacha, sin darme cuenta de que alguien me esperaba en la puerta de mi apartamento. Levanté la mirada y mi ceño se frunció a la vez que mi cuerpo se tensó cabreado. Yolanda, estaba esperando y solo quería que se fuera pronto de mi vista y de mi vida.

— ¿Qué coño haces aquí? —escupí enfurecido.

—Martín, siento mucho haber venido, pero tengo que hablar contigo —respondió con los

ojos vidriosos.

—No tengo nada que hablar contigo ¡Lárgate de mi vida de una puta vez! —grité y comenzó a llorar.

¡Joder, que no quería verla! Esta maldita mujer me arruinó la vida y la odiaba, la detestaba como un demonio solo verla, me enfurecía demasiado y mi cuerpo se ponía en tensión. Yo no soy un hombre violento, pero esta mujer se propuso joderme la vida y hasta que no lo consiguió no paró.

— ¡Estoy embarazada, Martín! —declaró alzando la voz y miré hacia abajo.

Mis ojos se abrieron desorbitadamente, al ver la barriga abultada. No me podía creer que esto me estuviera pasando a mí, no ahora.

— ¡Joder! ¿Segura que es mío? —pregunté implorando por un no, pero no fue así.

— ¡Pues claro que lo es! ¿Te crees que me acuesto con cualquiera?

—No lo sé Yolanda, pero no me acuerdo de

nada de lo que pasó esa noche y es por eso que lo dudo. —Mi voz sonó dura y lloró aún más, pero ¡Joder!, no me importaba nada, no quería saber nada de esta mujer.

Entré en mi casa dejándola en el pasillo, no quería ni verla, no podía mirarla a la cara, no después de sentirme engañado por ella. Joder, nunca bebía tanto, ese día que fue el primero en mucho tiempo que me sucedía, me ocurre esto y encima se queda embarazada. Esto no me puede estar pasando, si Belén se entera, la poca esperanza que creo tener se irá a la mierda y no puedo dejar que eso pase. La necesito y la amo y nadie me joderá nunca más, nadie me va a separar de la mujer de mi vida.

Miré hacia la puerta y Yolanda seguía ahí parada, mirándome como si así, me convenciera para que la dejase entrar en mi casa, en mi vida. Estaba muy equivocada, sinceramente no creía que ese bebé fuera mío y eso será algo que tendrá que demostrar cuando nazca y si es mío, pues me haré cargo de él, pero nada más. No

estará con ella si es lo que cree, no haré una vida con ella, si es eso lo que busca. Espero que no sea la idea que está pasando por su mente, porque de ser así, se la borraré rápidamente para que no se haga falsas ilusiones.



Capítulo 10

Belén.

Después de que Martín se fuera y me quedara a solas con las dos cotorras de mis amigas y digo eso, porque cuando Martín se fue ambas comenzaron a preguntar ¿Qué había pasado entre nosotros? Qué fácil es esa pregunta y que difícil era la respuesta. Mi respuesta fue: “No sé” y ellas me miraron con una sonrisa marcada en sus lindas caras, que me entraron ganas de

borrárselas con un guantazo. Entonces y para no cometer esa locura, le pedí la llave a Luisa del apartamento para ir y descansar, desde que había llegado de Barcelona, fui directa al hospital y me sentía agotada.

Cuando llegué al apartamento y abrí la puerta, miles de recuerdos entraron en mi mente, dándome de lleno, alentándome, eran todos buenos recuerdos y todos eran con él.

— ¡Joder! —susurré mirando todo a mí alrededor.

Luisa no había cambiado nada y eso tenía que agradecerse, pues era como si ella siempre tuviera la esperanza de mi vuelta a casa y mira sí volví, aunque no sabía si mi llegada era definitiva o temporal, eso solo el tiempo lo diría, así como el tiempo dirá si huyo de nuevo, podría ayudarme a decidir qué hacer con Martín. Bufé desesperada y me senté en el sofá, eché la cabeza hacia atrás y miré al techo perdiéndome en mis pensamientos o no sé dónde me estaba perdiendo, la cuestión es que estaba muy

extraviada y no había salida para esto.

— ¿Qué coño sientes Belén? ¿Por qué volviste? Tenías que haberte quedado en Barcelona. —Mi voz había sonado tan desesperada que, si ahora mismo dijeran que me moriría aquí mismo, me lo creería.

Me había quedado algunos minutos recostada en el sofá, y mi móvil comenzó a sonar, me levanté y lo saqué del bolso. Lo miré y era una llamada de Joseph, pero no sabía si contestar o no. Mi mente era un caos y mi corazón tanto de lo mismo. Mis manos temblaban mientras sostenían el móvil vibrante, lo miraba, no paraba de hacerlo y esperé a que colgara aburrido de tanta espera. Caminé con el móvil entre mis manos y lo dejé en la mesa de centro, me quedé mirándolo fijamente, como si concentrándome lograra que no sonase más, pero que equivocada estaba, pues minutos después volvió a hacerlo y era él de nuevo. No podía estar evitándole toda la vida, así que lo cogí y lo descolgué.

—*Belén ¿Estás bien? No cogías el teléfono.*

—*Hola Joseph... Eh, sí, estoy bien.* —Me quedé unos segundos pensando. La mirada perdida y el corazón latiendo a mil por hora.

Escuchaba la respiración de Joseph y él tampoco se atrevía a decirme nada. Sabía que si fuera por sus impulsos, ya estaría aquí conmigo, pero ¿Yo quería que estuviera? No me podía seguir engañando, le necesitaba. ¡Joder! Cada vez que pienso en él, Martín, llega a mi mente. Todavía lo amo, aunque sé que Joseph, es la clave para que ese amor que me daña se vaya, y entre él, llenando mi corazón de su amor y mi mente, con sus ojos azules. Bufé frustrada y la voz no me salía.

—*Te necesito Belén. Te echo de menos.*

Y solo eso me bastó para decirle lo que yo necesitaba.

—*Quiero que vengas. Yo también te necesito Joseph.*

—*¿En serio?*

—*Sí.*

Y después de hablar con él y concretar su llegada para mañana, colgué y me dijo “*te quiero*”. No sabía lo que mi corazón había sentido al escuchar de otros labios esas simples palabras ¿Por qué era todo tan complicado?

Me levanté del sofá y fui a la que era mi habitación... Suspiré al ver que ahí seguía. Me acerqué y con manos temblorosas cogí el marco. Una foto mía con Martín abrazándome por la espalda y besando mi mejilla. Era mi foto favorita. Me senté en el suelo, reposando la espalda en mi gran cama de matrimonio y las lágrimas hicieron acto de presencia para hacer que me humillara aún más.

Flash Back

— *¡Belén! Cariño ¿Dónde estás?* —*Preguntó Martín desde el salón.*

Yo estaba en la habitación sacando de su caja, mi preciosa cámara de fotos. Martín, me la había regalado la noche anterior por mi cumpleaños y estaba loca por estrenarla. Cuando ya la tenía en mis manos, sentí su

presencia en mi espalda. Me abrazó en el mismo momento en el que puse la cámara delante de nosotros y le di al botón. Al hacer la foto, le di la vuelta para ver que tal había salido, era la foto más bonita que había visto. Martín abrazándome por detrás, mientras besaba mi mejilla y yo con una gran sonrisa.

— ¿Te gustó la cámara? —Preguntó sonriente.

—Me encanta, mira que foto más bonita. Esta la sacaré y colocaré en un marco en la mesilla.

—Me gusta la idea, así al despertar, lo primero que verás será nuestra imagen feliz —respondió besando mis labios con dulzura.

Flash Back

Ese día fue intenso y lleno de felicidad, aunque todos los días con Martín, eran así y por eso no podía creer que todo lo que teníamos se hubiese ido a la mierda por culpa de una “zorra” que se propuso separarnos. Escondí la cabeza entre mis

piernas y seguí lamentándome por todo. Hasta que escuché mi nombre desde el salón. No podía ser, no ahora, no él.

— ¡Belén! ¿Dónde estás? —Preguntó acercándose hasta la puerta de mi habitación. Esta se abrió y Martín al verme echa un ovillo en el suelo, corrió hasta mí y me cogió en brazos.

Yo estaba tan desesperada, tan cansada que prácticamente estaba inconsciente, pero no, no lo estaba y de mi boca salieron cosas que quería soltar y que quería que Martín supiera.

— ¿Por qué Martín? ¿Por qué lo hiciste? Éramos felices y lo jodiste todo. Eres un, “gilipollas”. —Mi voz sonaba desesperada y perturbada. Martín, no dijo nada, solo me acariciaba la espalda con cariño.

Sentí como Martín se sentaba en la que era nuestra cama, conmigo entre sus brazos. Sentí su respiración chocar en mi frente y una lágrima mojó la misma. Levanté la mirada y lo vi. Estaba llorando, se me partió el alma verle así ¿Por qué

todo era tan complicado? Entre nosotros, las cosas cada vez irían a peor, por eso no quería verle. Eran demasiadas cosas las que tenía en mi corazón guardado. Amor, dolor, rencor y más amor. Todo eso mezclado.

Se dio cuenta de mi mirada y la bajó, nuestros ojos se cruzaron y por unos segundos o quizás minutos, no dijimos nada. Solo nuestras miradas, entre ellas hablaban y se decían todo lo que necesitaban escuchar. Poco a poco, fue bajando su cara y la juntó a la mía. Solo un roce de nuestros labios me hizo estremecer y esa fue la clave para Martín. Juntó nuestros labios y me besó desesperado. Metió su lengua en mi boca y gemí al sentirla. Sus labios aprisionando los míos, formando el perfecto puzle. Nuestros labios se daban ese calor abrasador que tanto nos encantaba y así, besándome, recordé todo y cada uno de los momentos vividos con este hombre.

Sus manos comenzaron a recorrer mi cuerpo y yo por instinto me dejé. Él, era el dueño de mi

cuerpo, de mi alma, de mi corazón. Mi mente me estaba jugando una mala pasada, estaba bloqueada en este momento. Era el perfecto encuentro y aunque mi cabeza minutos antes, solo pensaba como decirle todo lo que pasaba por ella. Ahora estaba atraída a otro mundo. Martín me llevaba a otro mundo, nuestro mundo. —Te amo, mi pequeña peleona —susurró con nuestros labios pegados.

No respondí, no podía hacerlo. No porque no lo sintiera, si no, porque no me sentía con deseos de hacérselo ver. No quería que supiera que mi corazón aún le pertenecía. Me levanté y me senté a horcajadas encima de él. Martín, soltó un gruñido al sentir nuestros sexos pegados. Comencé a rozarme, con las ropas aún puestas. Su lengua pasó por mi cuello y bajó hasta mi canalillo. Sentir su lengua de nuevo, era lo que necesitaba. Necesitaba que me recorriera entera. Necesitaba sentirle entero a él.

—Hazme tuya de una vez, por favor. Te necesito —supliqué desabotonando su camisa

despacio.

Martín, no apartaba sus ojos de los míos y era como si el tiempo entre nosotros no hubiera pasado. Como si siguiéramos juntos, en nuestros encuentros, en nuestro amor. Él, no lo pensó y metió los dedos de ambas manos entre los huecos de los botones de mi camisa y la abrió entera, haciendo saltar los botones. Me dejó en sujetador, pero poco duró, ya que sus manos, pasaron hasta mi espalda, acariciándola despacio. Me abrió el sujetador y poco a poco, este fue bajando y desapareciendo en el suelo, junto con mi camisa rota. Martín, lo tenía claro y yo también. Su lengua llegó hasta mis pechos y lamió mis pezones despacio. Se metió uno en la boca, succionándolo. Me estaba volviendo loca y me hacía gemir con solo su lengua.

— ¡Dios! —Suspiré desesperada por tenerle dentro.

Me levanté y con mi pequeña mano, lo empujé para que se acostara en la cama. Desabroché el cinturón de su pantalón y por consiguiente le

ayudé a quitarse los pantalones junto con su ropa interior. Verle desnudo después de tantos meses me hizo gemir. Martín volvió a sentarse y con manos temblorosas, me desabrochó mis pantalones, me los bajó y junto con ellos el tanga que llevaba puesto. Me dejó completamente desnuda ante él. No le dejé reaccionar y me senté encima de su erección, llenándome por completo y haciéndole gruñir al mismo tiempo en el que yo gemía de placer, de ese placer que me hacía sentir el tenerle dentro de mí, al fin.

— ¡Joder! —Gruñó con nuestros labios pegados.

Yo me movía despacio, sin prisa. Quería volverlo loco. Quería volverme loca, pero poco a poco, no teníamos que correr. Sus manos agarraron mi culo y los apretó con ganas. Sabía lo que eso provocaba en mí. Entonces comencé a moverme con más fuerzas, con más deseo de tenerlo más adentro de mí. Todo lo posible quería tenerlo.

—Te necesito más fuerte, más duro —susurré

entre gemidos.

Martín, se levantó conmigo encima y me tumbó en la cama. Sus movimientos comenzaron lentos y con mis pies le empujaba a que me llenara aún más. Era tal la desesperación de tenerle, de que me amase, de que me recordase para siempre. Pegó nuestros labios y mientras nuestras lenguas jugaban, él, comenzó a moverse más deprisa, más duro, más fuerte, así como yo lo quería, como yo se lo pedí, como yo lo necesitaba. Gemí, gemí como una loca y Martín de oírme a mí, gruñía en mi boca. Nos bebíamos nuestros gemidos y entonces sus manos comenzaron a recorrerme entera. Sentí sus dedos bajar desde mis pezones hasta mi sexo. Ahí, abajó tocó mi clítoris y comenzó la tortura. Mientras me penetraba, me tocaba ese punto de deseo.

—Así Martín... Quiero más, mucho más.

— ¿Qué quieres pequeña? —Preguntó con voz ronca.

—Te quiero a ti. Te necesito a ti —respondí casi

por instinto.

Me di cuenta al momento de lo que le había confesado. No quería decirle lo que sentía, ni mucho menos que se hiciera falsas esperanzas.

—Yo también te quiero... Perdóname pequeña. No vuelvas a dejarme, por favor.

Su voz angustiada hizo que mi corazón se quebrara ¿Sería que realmente estaba arrepentido? No, eso es imposible. Martín, no dejó que mi mente comenzara a pensar, así que me besó y con ese beso, ambos terminamos. Llegando al más fuerte colapso, cayendo al vacío, sin saber si abajo... en esa oscuridad habría alguien para cogernos. Supongo que nosotros mismos estaríamos para cogernos sin dejarnos caer.



Capítulo 11

Esa noche Martín, después de hacerme el amor como había soñado durante meses, se quedó conmigo. Dormimos juntos después de tantos meses de angustia, pero me sentía rara y la verdad, mi cabeza, aunque sabía que le amaba a él, no dejaba de dar vueltas. En Joseph y la llamada que me hizo. Le pedí que viniera, ahora no sabía si realmente fue una buena idea pedirle eso y menos después de haberme acostado con

Martín. Joder... En qué lío me estoy metiendo. La cosa estaba en que amaba a Martín, pero también quería a Joseph.

Al despertarme, miré a mi lado y Martín no estaba. Suspiré al recordar la noche que habíamos pasado y mi cuerpo tembló. Me levanté, enrollé la sabana en mi cuerpo, caminé hasta el baño y miré por si Martín, estaba en su interior. Como no estaba, salí de mi habitación y me lo encontré en la cocina, con una toalla alrededor de su cintura y el pelo mojado, se había duchado. No se da cuenta de mi presencia y me relajo viendo sus movimientos en la cocina. Estaba preparando algo para desayunar. De pronto, se da la vuelta y me mira, sonrío al instante y viene hacía mí. Camina despacio, pero decidido y al llegar a mi altura, pasa sus fuertes brazos por mi cintura y me acerca a su cuerpo. Su olor me inunda los sentidos y siento que voy a desfallecer en cualquier momento.

—Buenos días —susurró en mi oído y besó mi cuello.

Quería apartarle de mí y hacerle entender que, no porque nos hayamos acostado, ya lo nuestro se había arreglado, pero no podía. Mi mente estaba nublada, mi cuerpo bloqueado y solo podía mirar sus ojos y sus labios. Mi corazón se saldría del pecho en cualquier momento y ahí, sí que estaba perdida. Lo amaba, claro que lo amaba y lo amaría por siempre, pero no confiaba en él, no después de aquello, después del engaño. Me separé de él y conseguí que me soltara la cintura. Martín, me miró achicando los ojos y negué al mismo tiempo en que el timbre sonaba.

— ¿Esperas a alguien? —Preguntó y yo no respondí.

Mi cuerpo se puso en tensión y solo rogaba que no fuera Joseph aún. De ser así, se me caería la cara de vergüenza, por haberle hecho venir y esperarlo desnuda y con mi ex novio, con el hombre que me destrozó el corazón. El timbre volvió a sonar y yo seguí anclada en el suelo.

— ¿No abres? —Habló mientras caminaba en

dirección a la puerta.

Yo caminé y cogí su brazo para impedir que abriera la puerta. Martín me miró y frunció el ceño. Estaría pensando que me volví loca y en cierto modo así era. Estaba loca, había perdido la cabeza. Me había acostado con el hombre que amo, después de meses sin verlo y que por su culpa había sufrido, consiguiendo que me uniera a Joseph. Me desespero por culpa del timbre.

—No abras, por favor —supliqué—. Es alguien que... es mi... mi novio —susurré y Martín, se tensó.

— ¿Tu novio? —Preguntó arrugando la frente. Sabía que estaba cabreado—. Claro, Joseph. Ese hombre que estuvo cuando yo te engañé. El que sanó cada parte de tu dolor ¿Verdad?

—Martín... Lo siento ¡Joder! Lo siento, pero tú te encargaste de que lo nuestro se fuera a la mierda —exclamé caminado a mi habitación e ignorando el timbre de la puerta.

Martín, vino tras de mí hecho una furia y cierra

la puerta de un portazo. Mi móvil comienza a sonar y lo cojo para ponerlo en silencio. Esta conversación que Martín y yo íbamos a tener, era la que necesitábamos, no quería que nadie nos interrumpiera, aunque ese alguien estuviese en la puerta de mi apartamento queriendo entrar a verme.

— ¿Te crees qué lo he pasado mejor que tú? ¿Acaso piensas qué yo no tengo corazón?

—Yo no he dicho eso, pero si lo nuestro terminó, fue por tu culpa —repetí ganándome una mala mirada.

La verdad dolía y como dolía... Él, sabía que yo tenía razón, pero se rehusaba a admitirlo ¿Por qué? No lo sé. Algo había que yo no sabía, algo escondía Martín.

—Belén... Yo estaba borracho, no estaba en mis cabales cuando Yolanda, se metió en mi cama ¡Joder! —explicó pegando una patada a la mesilla de noche.

—Lo siento, pero me cuesta creerlo.

— ¿Y por qué te cuesta creer eso? Jamás te engañé, nunca en mi vida he salido con Yolanda, nunca en mi vida te he engañado y la primera vez que lo hago, no lo recuerdo y encima te pierdo. —Hablabá demasiao rápido y con lágrimas en los ojos se acercó a mí.

Yo me aparté con un nudo en el estómago. No podía más con todo esto y realmente sonaba convincente todo lo que él me decía, pero me costaba creerle y no entendía el por qué. Es verdad que Martín, jamás miró a Yolanda, creo que ni siquiera se habían saludado e incluso coincidido en algún lugar. No sabía cómo actuar, como enfrentar esto. Lo único que mi mente tenía, era que me había engañado y que, por culpa de eso, me fui y mi corazón se estaba abriendo para otra persona. Ya era tarde para volver al pasado, o eso pensaba yo.

—Sé que te he perdido ¿Y sabes por qué lo sé?
—Negué con los ojos llenos de lágrimas—.
Porque no quieres que Joseph me vea, porque si ese hombre no te importase lo más mínimo, te

daría igual y le dirías quién soy. —Quise hablar, pero puso un dedo en mis labios—. No te pido que lo hagas... No puedo hacer eso, no sería justo para ti y mucho menos para mí. Solo una cosa te pido.

— ¿El qué?

—Aclara tus sentimientos y si es a mí a quién amas... Búscame Belén, yo siempre te estaré esperando —Propuso con la voz temblorosa mientras cogía su ropa y comenzaba a vestirse.

Mi corazón se hizo trizas al oírle decir eso, pero tenía razón, tenía que aclarar mis sentimientos y darme cuenta a quién amo en realidad. Lo único que me frenaba era el maldito recuerdo de aquellas malditas fotos, aquellas imágenes quedaron grabadas en mi mente y mi corazón, era por eso que me costaba perdonarle ¿Si no puedo perdonarle, como haré para saber si es a él al único que amo?

—Eso que me pides es complicado —respondí con un nudo en mi garganta.

—Lo sé. Primero tienes que perdonarme, pero

eso tienes que hacerlo tú... Yo lo único que puedo decirte, es que jamás te engañaría estando sobrio. En mis cabales nunca se me pasaría por la cabeza hacerlo. —Se acercó a mí y cogió mis mejillas—. Yo te amo Belén. Eres la mujer de mi vida y la única que tengo en mi corazón, en mi mente a todas horas y en mi organismo. Sin ti, no puedo vivir y estos meses han sido los peores de toda mi vida, pero también sé que tú has sufrido mucho más y me siento culpable por ello... Solo me queda pedirte perdón.

Asentí y besó mis labios. Nuestras lágrimas se mezclaron con nuestro beso. Martín, agarraba mis mejillas con amor, con mucho amor y realmente sentí todo lo que me había dicho, sentí que era verdad todo lo que me decía, pero el dolor del recuerdo me puede y hace que no quiera saber nada más. Al separarnos, me mira, se encoge de hombros y termina de vestirse. Al acabar, camina hasta la puerta de mi habitación, echa una última mirada atrás y cruza sus ojos

con los míos.

—Adiós Belén... Te esperaré el tiempo que sea necesario, así que olvídate de esa devolución que me pediste. —Fruncí el ceño y me quedé pensando.

— ¿De qué devolución hablas? —Me reí al darme cuenta de que hablaba.

—Jamás te devolveré tus besos. Son míos y de nadie más. —Salió y cuando escuché la puerta, sentí pasos acercarse a mi habitación.

— ¡Belén! —Gritó Joseph.

Suspiré y caminé hasta el salón. Joseph me esperaba, reposando su cuerpo en la pared. Me mira y en esa mirada veo desconcierto. Se había cruzado con Martín, y a saber lo que le dijo. Me acerqué a él, con lágrimas en los ojos y abrió los brazos para aferrarme a él. Pensé que se apartaría, que me odiaría, pero no, Joseph no hizo eso. En cambio, me abrazó, me acunó y beso mi cabeza mientras acariciaba mi pelo. Así abrazados caminamos hasta el sofá y nos sentamos. Yo no podía parar de llorar y me

sentía tan ridícula por estar así, por haberme acostado con Martín, minutos después de haberle suplicado a Joseph que viniera. Era una egoísta, una maldita egoísta y no me merezco a ninguno de los dos. Ellos me aman y yo, no sé a quién elegir.

— ¿Estás mejor? — Preguntó alzando mi cabeza escondida en su pecho.

Lo miré y negué mientras mis ojos volvían a llenarse de lágrimas. Había llorado tanto que me quedaría seca en cualquier momento. Cogió mi barbilla y pegó sus labios a los míos. Mis labios recibieron los suyos con gusto, pero no sentí lo mismo que días atrás. Será que el haber besado a Martín, haberme acostado con él, me hizo darme cuenta de que no sentía nada por Joseph ¿Será que pasó eso? Nos separamos y él me guiñó un ojo apenado.

—Lo siento Joseph. No pretendía hacerte venir para esto... Las cosas no han salido como yo esperaba y ahora... ahora no sé lo que siento. Mi mente me dice que tú eres quien me hará

feliz, pero...

—Pero tu corazón te lo impide —respondió por mí y asentí.

Era un hombre demasiado bueno para estar enamorado de mí. Yo únicamente le traería dolor a su vida, jamás sabré si le amo o no, jamás podré corresponderle como él se merecía y por eso quería que se buscara a alguien que sí le amara de verdad, que le hiciera feliz. Me levanté y él me siguió, abrazándome por la espalda. Aspiró el olor de mi cuello y lo besó con dulzura.

—Te has cruzado con... —dije y me paró de nuevo.

—No me lo digas. No tienes por qué darme explicaciones. De igual manera no hace falta ser inteligente para saber que el hombre que salió de esta casa hace menos de veinte minutos es el hombre del cual estás enamorada —expresó dándome la vuelta para mirarme—. Déjame decirte que él también está enamorado de ti, aunque me joda, así es.

— ¿Por qué lo dices?

—Porque cuando me vio, agachó la mirada avergonzado y me dijo algo. —Fruncí el ceño y le insté a que siguiera—. Me dijo que te hiciera feliz, que te merecías ser feliz de una vez, así como él no pudo hacerlo... Ah y que, si te hago daño, me buscará y partirá las piernas. —Reímos juntos por ello y me abrazó—. Belén, no sé qué pasó entre vosotros antes de que yo llegara, pero está claro que ese hombre te ama y que tú le amas a él... Deberías darle otra oportunidad.

—No sé qué hacer Joseph... —Suspiré—. Me engañó y no puedo borrarlo de mi mente así de rápido, no sé cómo hacerlo. Sé que me quiere, pero ¿Y yo? No sé lo que siento, no sé si puedo hacerlo. —Mi voz sonaba angustiada y me enfadé conmigo misma.

No tendría que haber venido de nuevo a Madrid, tenía que haberme quedado en Barcelona e intentar ser feliz con este hombre que tengo delante. Él, puede ser el que me ayude a

olvidarlo todo, a olvidar a Martín, y el amor que siento por él. Dicen que del amor al odio hay solo un paso y es verdad, porque yo sentía por Martín, un amor- odio, que no podía controlar y aunque había momentos en que me encantaría perderme entre sus brazos, hay momento en que me encantaría patearle las pelotas y odiarle con todas mis fuerzas. No podía hacer ni una, ni otra ¿Por qué era tan patética? Con lo fácil que es ir a buscar a Yolanda y gritarle en su cara lo guarra que fue al meterse en cama ajena, porque ella sí que tenía sus cinco sentidos puestos ¿Y cómo lo sé? Pues porque ella no bebe... Al pensar eso, algo dentro de mí se encendió ¿Será que Martín dice la verdad? ¿Será que Yolanda, fue quién provocó todo? Ella no bebe y Martín, no es que sea un borracho y al no estar acostumbrado el alcohol sube muy rápido.

Me tensé y Joseph se dio cuenta al instante. Me había quedado pensando demasiado tiempo y eso no era buena señal. Le miré y le dije:

—Necesito que me acompañes a buscar a alguien.



Capítulo 12

Joseph no sabía a quién buscaba, no me atrevía a decirle nada por si acaso. Estaba claro que tenía que ver a Yolanda y decirle todo lo que sentía, pero ¿Serviría de algo hacerlo? Nos metimos en el coche de Joseph y le hice meterse en pleno atasco de Madrid. Yolanda vivía a media hora de mi apartamento y en taxi, se me iría bastante dinero.

La mirada concentrada de Joseph, me ponía

nerviosa. Sabía que algo quería decirme, estos meses de conocerlo, me han servido para saber que piensa, que siente. Lo miré y cogí su mano que tenía en la palanca de cambio del coche. Me miró y sonrió de lado.

— ¿Dónde se supone que vamos? —Preguntó por fin.

Miré por la ventanilla y suspiré. No quería decirle a donde, o a quien buscaba, seguramente él, no estaría de acuerdo conmigo y me lo impedirá. Joseph se metió por el primer desvío que pilló y abrí los ojos sorprendida ¿Qué le pasaba? Lo miré y él no dijo nada, simplemente buscó con la mirada donde aparcar y cuando vio un hueco libre, aparcó el coche.

—Pero ¿Qué haces? Tengo que ir a un sitio. — Le miré con desesperación y él agarró mis manos.

—Dime de una vez a donde vamos, o no te llevaré a ningún sitio —respondió y agaché la mirada—. Belén, sé que quieres verla a ella, a esa mujer que hundió todo ¿Te crees que por ir

a hablar con ella se arreglará todo? Yo creo que es un error y que deberías hablar con Martín y aclararlo todo —expresó apenado. Yo sabía que decirme eso le dolía—. Perdónale y sé feliz. Te lo mereces.

Las palabras de Joseph, dolían pero también me alentaban a buscar a Martín y hacer lo que me pedía, ser feliz. La única pega en todo esto, era que necesitaba tiempo para saber si realmente mi amor es tan fuerte para poder perdonar la traición.

Joseph, me miró expectante, esperando una respuesta por mi parte, pero ¿Qué le diría? No tenía respuesta, no aún. Salí de mi apartamento con la intención de patearle el culo de zorra a Yolanda y por culpa de sus palabras, ahora no me apetecía hacerlo, dándome cuenta del error que iba a cometer si lo hacía, porque ¿De qué serviría? El daño ya estaba hecho.

—Vamos al bar de mi amiga Luisa. No sé nada de Lara y quiero ver a mi sobrino —le pedí levantando las manos a modo de rendición.

Joseph soltó una carcajada y yo le seguí enseguida. Volvió a arrancar y le dije más o menos por donde tirar para llegar al bar de Luisa. Me sentía bien con él, se estaba convirtiendo en un buen amigo, de esos en los que puedes confiar, así como Lara con Cristian. Él, era el amigo que ella necesitaba en aquel momento, el único que la escuchó en los malos momentos y ahora era yo, la que tenía un amigo así. Podía confiar ciegamente en Joseph, lo sabía, es por eso que me dolía tanto no poder darle más de lo que ya le daba. Una simple amistad y nada más, aunque para llegar a este momento me hubiera acostado antes con él.

— ¿Puedo poner la radio? —Pregunté en tono conciliador. Joseph asintió y me dio carta blanca para poner lo que a mí me gustara.

Comencé a dar a los botones para buscar algo decente que oír en la radio, hasta una de mis canciones favoritas estaba sonando. Dejé de buscar y Joseph me sonrió complacido, parece que acerté con la canción. La canción de

Pastora Soler: Por si volvieras era una de las canciones más bonitas que había escuchado de esa cantante y ahora me hacía sentir como si me dijera lo que yo estaba viviendo.

Cada noche hay una rosa en la cama, por si volvieras...

Y no he cambiado ni una cosa de lugar, por si volvieras.

Y he pedido a Dios, que no sufra de amargura,

Que esa aventura que él empezó, no se le haga tan dura,

Como mis besos que aún lo desean, y me arañan la boca por ser tan idiota de quererlo amar.

Por si volvieras aún me queda en una esquina,

La esperanza que retrasa mi condena,

Por si volvieras aún me queda ese silencio,

Y esas manos que una vez fueron las mías.

Por si volvieras, por si quieres enredarte una vez más entre mi cuerpo,

Hay tantos besos y promesas, presumiendo de grandezas,

Que hoy mendigan sin rumbo por calles desiertas.

Ya casi estábamos llegando y realmente no había llamado a Luisa para saber si estaba en el bar ¿Y si llegaba y no había nadie? Entonces como si me estuviera escuchando, mi móvil sonó con una llamada de Luisa. Lo cogí y el “*Holaaaaa*” de mi amiga, me hizo reír a carcajadas. No sabía por qué me sentía tan bien, pero algo tenía que ver con las ganas que tenía de ver a Martín para hablar con él.

—Holaaaaa. Belén ¿Dónde estás?

—Iba para el bar ¿Por qué?

—Lara ya salió del hospital y le hemos preparado una fiesta sorpresa. Fui a buscarte al apartamento, pero no estabas y

por eso te llamo... La próxima vez que llegue un tío bueno a la casa me lo dices ¿Lo traes verdad?

Al oír eso, me quedé pensando en cómo fue que se enteró de que había venido Joseph. Entonces me di cuenta que se lo diría Martín y claro, si él le dijo a Luisa que había venido mi novio, es porque cree que no hay esperanzas para un nosotros y eso en parte me dolía.

— *¿Te lo dijo Martín?*

— *Sí... Lo siento, no quería molestarte* —se disculpó y sonreí.

— *No te preocupes ¿vale? Estoy llegando al bar. En dos minutos estoy ahí... Por cierto ¿Él, está allí?*

— *Sí, pero está pensando irse porque no quiere verte con tu novio.*

Mi corazón se comprimió y sentí como me quedaba sin aire... Abrí la ventanilla del coche para que entrara aire y Joseph se preocupó en seguida. No podía ser así, no quería que Martín

se fuera y mucho menos, que pensara que Joseph era mi novio, porque no lo era. Luisa me hablaba y yo no le respondía, no podía hacerlo, no sabía que decirle. Bueno algo sí que le diría.

—Necesito que me ayudes en una cosa Luisa.

—Lo que quieras Belén... Ya sabes que puedes contar conmigo para lo que quieras.

Le expliqué a Luisa lo que quería que hiciera y todo bajo la atenta mirada de Joseph. Este no se podía creer lo loca que estábamos y es que cuando nos juntábamos en algo, éramos algo más que una bomba. Cometer locuras entre nosotras era lo que yo echaba mucho de menos, porque me daba vida, ellas me daban esa vida que me negaba a sacar de nuevo por miedo a volver a sufrir. Quería a mis amigas, bueno a mis hermanas, porque eso, eran para mí.

—Bueno ¿Crees qué es buena idea? —
Preguntó Joseph de pronto sacándome de mis pensamientos de locura.

Sonreí como una tonta y asentí. Él, se encogió

de hombros y volvió a poner sus ojos azules en la carretera. Condujo en silencio, no hablamos más y es que en este momento, sobraban las palabras. Él, sabía lo que tenía que hacer y yo solo esperaba que esto que pretendo hacer haga reaccionar a Martín, a mí Martín. Me muero por él, me muero por tenerle de nuevo entre mis brazos, aunque todavía me cueste confiar en él. Supongo que es cuestión de tiempo que la confianza llegue de nuevo a su punto neutro. Minutos después, estábamos frente al bar. Mis nervios se hicieron visibles y mis piernas comenzaron a temblar tanto, que tuve que agarrarme del brazo de Joseph para no caerme.

—Tranquila, saldrá bien. Ya lo verás —me tranquilizó Joseph con sus palabras y no podía estar más agradecida con él.

— ¿Por qué eres así de bueno conmigo? Es que no lo entiendo Joseph, en serio. Se supone que viniste porque te dije que te necesitaba, pero no así, no de esta manera y aún así, te has quedado ¿Por qué? —Pregunté a punto de echarme a

llorar. Él, cogió mis mejillas y me dio un dulce beso en los labios que duró unos minutos.

Joseph era dulce y apasionado a la vez. Eran de esos hombres que con solo una mirada, podría hacer que te descongelaras, con un beso te hacía estremecer, por eso no entendía su afán de ayudarme a volver con otro hombre que no fuese él. Se supone que está enamorado de mí y yo como se lo pago, amando a otro con la misma intensidad con la que él me ama a mí. Al separarnos, me miró y secó esas lágrimas que tenían ganas de salir de una vez.

—Porque te quiero y solo con verte feliz, lo seré yo. —Suspiró—. Sería egoísta de mi parte hacer que te quedes conmigo, aún sabiendo que tu corazón le pertenece a ese hombre que te ama tanto o más que yo... Y yo, no soy así, yo prefiero verte feliz con él, antes de que seas infeliz conmigo.

—Nunca sería infeliz contigo Joseph. Eres un hombre maravilloso y cualquier mujer caería rendida ante ti.

—Cualquier mujer, menos tú... —Expresó apenado— Lo siento. No quise decir eso... Venga, entremos ya, que no quiero perder ni un segundo más sin ver la cara de tú chico al verte llegar de mi brazo —habló alzando las cejas sugestivamente provocando que saliera una carcajada de los más hondo de mi garganta.

Comenzamos a caminar y ya me sentía mejor. El haber hablado con él y haber podido aclarar eso que tenía clavado en mi pecho, como si una espinita se me hubiera quedado ahí, fue lo que me ayudó a concentrarme en el plan. Hoy sí o sí conseguía que Martín se pusiera las pilas y luchara por mí, por nosotros, por este amor que crecía aún más en mi alma y mi corazón.

Al entrar en el bar. Lo primero que vi, fue a Luisa colgando la pancarta de bienvenida Lara y Ángel, junto con Cristian. Este, la mirada embelesado y no me podía creer que aún no estuvieran juntos, si estaba más que claro que se gustaban los muy tontos. Ellos no me habían visto todavía, entonces, cuando emprendo

camino hacía ellos, la imagen de Martín saliendo del almacén con una caja entre sus brazos, se cruza frente a mí. Él, me mira a mí y luego a Joseph, para luego bajar la mirada a nuestros brazos entrelazados. Su sonrisa se esfuma, en el momento en el que Joseph, comienza con su trabajo y me da un beso en los labios. Nos separamos y ya Martín, no está frente a nosotros, sino que está sentado de espaldas a la salida. Eso hace que Luisa mire en nuestra dirección y sonría al darse cuenta del cabreo de Martín.

— ¡Belén! Por fin llegáis —Gritó Luisa corriendo hasta nosotros.

Miró a Joseph con una sonrisa lasciva y este tragó saliva. Vaya que se han gustado, pensé de pronto. Mi amiga me abrazó y estando así me dijo:

—Qué bueno está y que ojazos.

Menos mal que me lo dijo al oído y Joseph no lo escuchó, porque no quería que se sintiera incomodo por culpa de la calentorra de mi

amiga. Me reí de su comentario y después de darle un beso en la mejilla, me separé de ella y señalé a mi acompañante para presentárselo.

—Joseph, ésta es mi amiga Luisa. Luisa este es mi “*novio*” Joseph —dije haciendo comillas con los dedos. Como Martín no me estaba mirando no se daría cuenta de mi acto.

—Encantado Luisa, tu amiga me habló mucho de ti y veo que no se equivocó.

— ¿En que no se equivocó? —Preguntó Luisa frunciendo el ceño y mirando con una mirada asesina.

—En lo guapa que eres —respondió y vi como Luisa babeaba con solo eso.

Decidí dejarlos solos hablando y yo fui a ayudar a Cristian a colgar los globos de colores. Cuando llegué hasta ellos, Martín, tenía la mirada perdida en un punto fijo, en sus zapatos para ser más exactos y Cristian, estaba inflando globos. Me acerqué a él y después de saludarle, me puse a colgar los globos que ya estaban inflados. En todo momento quise hablar a Martín, pero no me

atrevía ¿Y si no quería hablar conmigo? ¿Y si me rechazaba? Esas preguntas que tenía en mi cabeza y sin una maldita respuesta. Entonces, pensé hacer algo, me acerqué sigilosa y me senté a su lado. Martín, se tensó al sentirme y levantó la mirada, cruzándola conmigo. Nuestros ojos se encontraron y es aquí donde quiero quedarme, donde quiero morir. Rendida en su mirada.



Capítulo 13

—Hola ¿Puedo sentarme a tu lado? —Pregunté y él asintió sin quitar su mirada de la mía.

—Ya estás sentada.

—Claro, que tonta.

Martín, no paraba de mirarme y en un momento me puse bastante nerviosa, era como si el tiempo nos hubiera llevado a cuando nos conocimos. Mi mano fue hasta la suya

inconscientemente y él pegó un repullo. No se esperaba que yo hiciera eso, aunque ni yo misma me lo esperaba, solo quise hacerlo y lo hice, así, sin más. Le di un apretón y él pasó sus dedos por mis nudillos, acariciándolos lentamente.

—Lo siento Martín —me disculpé y él frunció el ceño.

Se levantó y tiró de mí, me llevó hasta el almacén del bar y cerró la puerta con pestillo. Se dio la vuelta y se puso de rodillas ¿Por qué hacía eso? Me arrodillé junto a él y lo abracé. En estos brazos tenía que estar y no debí salir de ellos. Martín me apretó, aferrándome a él y comenzó a llorar desconsolado. Me dolía demasiado verle así e hice que me mirase. Cuando lo hizo, sequé esas tontas lágrimas con mis pulgares y pegué mis labios a los suyos. Nos fundimos en uno solo, porque eso éramos y nada ni nadie conseguiría separarnos de nuevo. Nunca más. Cuando nos apartamos Martín, pegó su frente a la mía.

— ¿Esto significa que me perdonas? —
Preguntó en un hilo de voz. Yo acaricié su mejilla y asentí reprimiendo mis lágrimas.

—Sí, eso significa... Perdóname por hacértelo pasar tan mal.

—No me pidas perdón, me merezco todo eso y más. Eres tú la que tiene que perdonarme a mí, no merezco esto y lo que te hice no tiene perdón, pero es que tampoco... —Le callé con mis labios.

No quería escuchar más, no quería saber nada de lo que pasó aquel día. Ahora solo necesitaba ser feliz con él, con el hombre que amo y amaré el resto de mi vida. Porque sí, lo comprendí, entendía que mi corazón se blindó con tanta fuerza que nadie más que él conseguiría romperlo. Martín cometió el error, un error que escondía algo y que yo estaba dispuesta a descubrir. Únicamente esperaba que, de tanto menear la mierda, no saliera nada más y me arrepintiera de haber dado este paso y perdonarle.

Salimos del almacén y ya habían llegado, Lara y Rubén junto con mi ahijado. Lara me miró a mí y luego a su hermano, para después, mirar nuestras manos entrelazadas. Me sonrió y se acercó a nosotros chillando como una loca. No se podía creer lo que estaba viendo. Nos abrazó y al separarse grita:

— ¡¿Estáis juntos de nuevo?!

— ¡Sí! Estás loca —respondí de la misma manera y los tres comenzamos a reír.

—Me alegro mucho por los dos. Ya se me hacía raro no veros así. Os merecéis ser felices —expresó Lara entre lágrimas.

Martín la abrazó y Rubén llegó hasta nosotros con mí Ángel en sus brazos. Me acerqué a él y después de darle dos besos, lo cogí entre mis brazos y lo achuché dándole muchos besos en sus mofletes. Rubén al ver a Lara llorar, fue hasta ella y la abrazó por la espalda. Yo no escuchaba nada más, estaba completamente cautivada por este bebé precioso, que con solo esos ojitos que tanto me recordaban a Martín,

me miraba tan despierto. De pronto, sentí unas manos en mi cintura y me di la vuelta comprobando quien era el dueño. Martín me sonrió y besó mi cabeza.

—Te quiero —confesó mientras acariciaba la mejilla de su sobrino.

—Yo también te quiero —respondí y se le escapó una lágrima.

Era como si él, pensara que yo no lo quería o simplemente no recordaba lo que era escuchar de mis labios esa simple palabra que para algunos, puede ser una tontería pero para nosotros que lo sentimos, es lo más bonito del mundo. Caminamos hasta donde estaba Luisa hablando con Joseph y aunque Martín iba receloso por el hecho de que Joseph, estaba enamorado de mí, se acercó a él y le extendió su mano derecha a modo de saludo. Le dio las gracias por hacer que yo volviese con él, viendo la alegría en los ojos de Martín y la tristeza en los ojos de Joseph ¿Por qué el amor es así de complicado? Había veces que era mejor no

enamorarse, blindar el corazón para que nadie lo dañara, pero entonces no viviríamos.

— ¿Habéis vuelto? —Preguntó Luisa con una sonrisa marcada en su preciosa cara.

—Sí —respondí y mi amiga me abrazó con cuidado de no aplastar al niño.

Minutos después, Lara me lo arrebató y mi amiga me achuchó como decía que me merecía. Eran tan buenas mis amigas, las adoraba y sé que ellas me adoraban a mí.

Habíamos montando una buena fiesta, de esas que tanto echaba de menos. Lara, la muy loca, se bebió unos cuantos tequilas. Lo achacó a que le encantaban desde el día que se enamoró en aquella discoteca de su policía favorito. Estaba como una cabra y claro eso era lo que Rubén, amaba de ella.

Toda la noche estuve fijándome en Luisa, babeando por mi amigo y no era para menos, Joseph, estaba como un queso, pero ese babeo a

otra persona no le hacía gracia y eso que se mataban vivos. Aun no entendía cómo es que después de ver como se miran, no estén juntos. Cristian estaba hasta las trancas por mí Luisa, pero como ella era cabezona al más no poder, pues no le daba coba. El pobre parecía pasarlo realmente mal.

Me levanté de la silla y fui hasta Lara para hablar con ella, pues es la única que sabe todo lo que pasa por la cabeza de Cristian, ya que se han hecho inseparables, tendrá que saber algo y si no es así, que lo averigüe.

—Hola —saludé a mi amiga. Estaba dándole de comer a su bebé.

Yo no era la madre de la criatura, pero me estaban entrando unas ganas de tener uno. Era un niño precioso, perfecto y cada vez me encandilaba más.

—Deja de mirar al niño así ¿O, es qué me estás mirando la teta? —Soltó de pronto haciendo que me carcajease.

—No digas tonterías, aunque ahora que lo dices

tienes unas tetas enormes. —Seguíamos riendo y Rubén se acercó hasta nosotras.

— ¿Estabais hablando de tetas? —Habló con el seño fruncido—. Si es así, seguro que es sobre las tetas de mi Lara ¿A qué sí?

— ¡Rubén! —Regañó Lara.

— ¿Qué? Es verdad. Las tienes enormes y ya estoy loco por...

—Vale, demasiada información de golpe —me quejé poniendo cara de asco y Lara le dio una colleja a Rubén.

Verla darle la colleja, me hizo cruzar una mirada con Martín, y ambos sonreímos. Siempre que él decía cualquier chorrada o simplemente algo que a mí me molestaba, le pegaba, aunque siempre acabamos riéndonos de eso mismo. Eran buenos tiempos y quería recuperar el que había perdido por culpa de la zorra de Yolanda. Mi expresión cambió al recordarla y me obligué a mí misma a no mirar así a Martín, o la cosa no saldría bien. Tenía que poner de mi parte, teníamos que volver a ser uno, como lo éramos antes.

Después de que Lara regañara a Rubén unas mil veces más, decidió dejarnos solas o su mujer al final le cortarían las pelotas por ser tan bocazas, así que ya estábamos solas para poder maquinar algo. Teníamos que hacer que nuestros amigos se unieran de una vez.

— ¿Qué pasa? —Preguntó Lara haciendo que la mirase. Me había quedado pensando mientras veía a Cristian resoplar—. ¿Por qué miras tanto a Cristian?

—No pienses cosas raras —respondí poniendo las manos en alto a modo de defensa—. ¿No te das cuenta de cómo mira a Luisa? Lo está pasando mal el hombre. Me da hasta pena —expliqué y ella lo miró. Asintió, pues no se había fijado en eso.

—La verdad, ahora que lo dices, es cierto. No deja de mirarla y cada vez su cara se estruja más por el cabreo que intenta esconder. —Alcé las cejas dándome cuenta de que Lara lo conocía bastante bien. No me sorprendí porque ellos, habían pasado, mucho tiempo juntos.

Me quedé callada unos minutos, mientras Lara, seguía observando a Cristian. La miré a ella de nuevo y tenía el ceño fruncido, como si estuviera pensando algo. Lara + ceño fruncido y callada = a cagada monumental o esperemos que sea lo que sea, que estaba pensando, no acabara mal. Le toqué el hombro, haciéndola volver de su trance.

— ¿Qué has pensado?

— ¿Por qué crees que he pensado algo? —Me rebatió.

—Lara, te conozco. Me faltó parirte, así que desembucha.

—A veces, me jode que me conozcas tan bien —dijo fingiendo enfado y claro no le salía y ponía una cara bastante extraña.

—La próxima vez que quieras pensar algo, que no sea en alto. No es que te haya escuchado, pero ¡Dios!, si te has quedado con la boca abierta mientras mirabas a Cristian con la mirada perdida. —Ambas soltamos una carcajada y asintió dándome la razón.

Lara me miró y sonrió asintiendo. Sabía que decía la verdad. Se levantó y cogió mi mano para que la acompañara a saber dónde, porque no me había dicho aún lo que había pensado. Caminamos hasta Cristian, y éste, al vernos, frunció el ceño desconcertado. Ambas nos sentamos en las sillas que había rodeándolo a él. No tenía escapatoria y esta noche, sí o sí, le haríamos ver que tiene que conseguir que Luisa, salga con él. Lo único era que él quisiera, aunque tal y como la miraba, suponíamos que sí.

— ¿Qué queréis? — Preguntó arrugando la frente y sonriendo de lado, enseñando su lado de chico malote o como decía Lara *“el guaperas”* Me reí al recordarlo y los dos me miraron como si me hubiera vuelto loca.

La verdad es que Cristian, era bastante guapo. Rubio, ojos azules, sonrisa de infarto, cuerpo de adonis. Un guaperas en toda regla y no entendía como mi amiga Luisa, podía dejarlo escapar, yo no lo haría.

—Nada ¿Por qué tenemos qué querer algo de ti

“*guaperas*”? —Preguntó Lara reprimiendo una sonrisa.

—Lara. Hace bastante que nos conoces y en este tiempo he aprendido algo de ti —expresó Cristian cruzando sus fuertes brazos en su pecho.

— ¿El qué? —La voz de Lara sonó graciosa y no sabía si era porque Cristian, era más listo de lo que ella pensaba o porque realmente estaba nerviosa.

—Que cuando me dices *guaperas* es porque quieres algo y por lo nerviosa que estás, es algo gordo, así que habla de una vez si no quieres que llame a Rubén y te obligue él —amenazó y mi amiga soltó una carcajada, contagiándome a mí.

Desde luego, no sé si lo que su cabeza ha pensado resultará, pero por lo menos reírnos, nos reiremos un rato, porque cuando a Lara se le ocurren cosas, es una locura. Recordé cuando conocí a Martín y Lara, se metió en la relación porque al principio yo, no le caía bien. Cuando comprobó que yo no era como ella pensaba, nos

reímos bastante al contarme todas las tonterías que había cavilado para jodernos la relación, era toda una locura y sigue siendo una loca.



Capítulo 14

Lara, seguía sin soltar prenda y lo único que hacía era sonreír con cara de poseída, es ahí cuando Cristian y yo, nos miramos con miedo. Lara estaba más loca, que una autentica cabra. Llegó Rubén hasta nosotros y se sentó al lado de su mujer. Cristian, con la llegada de su amigo, vio el cielo abierto.

—Rubén ¿Puedes decirle a tú mujer qué deje de mirarme así? Me pone los pelos de punta —

refirió Cristian moviendo las manos y Rubén se rio al ver a Lara—. Canija, por favor ¿Qué estás pensando? Me da la sensación de que quieres matarme y cortarme en cachitos.

— ¡Cristian! —Regañó Rubén.

— ¿Pero no ves los ojos de loca?

—Serás gallina —se defendió Lara que, por fin habló.

Yo miraba a los tres con la boca desencajada. Desde luego, me había perdido demasiadas cosas estos meses. En ese momento, recordé a mi hermano y que aún no le había llamado desde que llegué, de seguro estaba preocupado o algo peor, cabreado.

Entonces me levanté, mis amigos estaban tan metidos en su conversación que siquiera, se dieron cuenta. Martín, estaba en la barra preparando algo de beber, cruzamos una mirada y me guiñó un ojo haciendo que me derritiera. Le mandé un beso y salí al exterior. Iba a llamar a mi hermano y dentro era imposible con tanto ruido. Cogí el móvil del bolsillo de mi pantalón y

busqué en la agenda el número de mi hermano. Roberto me lo cogió al quinto tono.

— *¿Belén?*

— *Hola hermanito ¿Me echabas de menos?*

— *Hasta que por fin llamas ¿Te pasó algo?*

La voz de mi hermano sonaba más preocupada de lo normal y comencé a asustarme. Pensé que a lo mejor le había vuelto a dar un infarto y entonces mi cuerpo se tensó. Si era eso lo que le había pasado y yo no había estado con él, no me lo perdonaría.

— *Belén ¿Sigues ahí?*

— *Eh, Sí. Lo siento. Te noto preocupado ¿Pasó algo?*

Roberto se quedó callado, yo no podía dejar de pensar en que algo grave había pasado, pero ¿Por qué mi hermano no hablaba? Sentí la necesidad de montarme en el coche y conducir por horas, hasta llegar a Barcelona. Si mi hermano no me decía de una vez que ocurría, lo haría sin miramientos.

—*Papá..., murió, Belén* —declaró mi hermano con la voz entrecortada—. *Fue anoche. Necesitamos que vuelvas... Mamá, te necesita.*

Me quedé bloqueada, no me esperaba esa noticia, no imaginaba que eso pasara algún día. Mi padre había muerto, nos había dejado. Se fue, sin hacer las paces con nosotros. Me puse nerviosa y no le respondí a mi hermano, colgué el teléfono y me quedé con la mirada perdida en el horizonte. No tuve una buena relación con mi padre, jamás, pero tampoco quería que le pasara nada, era mi padre y lo quería. No sabía qué hacer ¿Ir o no? Estaba hecha un lío, era un manojo de nervios. Tenía que decírselo a Martín. Quería que viniera conmigo. No podía viajar así, con estos nervios. No quería ir sola, necesitaba el apoyo y amor de él.

Cuando me disponía a entrar para decirle a Martín lo que había pasado, alguien cogió mi brazo bruscamente para hacerme voltear. Cuando vi la persona que me había agarrado así,

me quedé paralizada. No la esperaba y tampoco la creía capaz de buscarme. Yolanda, me miraba con cara de, “*hija de puta*” y “*ojos de zorra*”. Lo tenía todo y estaba a punto de cogerla de los pelos cuando me di cuenta de su abultada barriga. Estaba embarazada. Inconscientemente mi mano se fue hasta mi boca, tapándola por la sorpresa. No me lo podía creer y ella al darse cuenta, sonrió con cinismo.

— ¡Vaya sorpresa encontrarte aquí, Belén! — Su voz sonaba con burla y si no fuera porque estaba embarazada, ya estaría sin pelos, porque se los habría arrancado.

— ¡Sí, que sorpresa, verte aquí! —respondí con el mismo tono de bruja.

Muestras miradas mataban y si alguien se interponía entre nosotras, acabaría sin vida. La imagen de Yolanda frente a mí, llegaba en el peor momento de mi vida y solo esperaba que no me hiciera tambalear, que no provocara un cambio en mi vida, porque entonces no sabría qué hacer.

— ¿Volviste con Martín? —Preguntó poniendo los brazos en jarras.

— ¡Eso, a ti no te importa! —respondí y ella sonrió acercándose a mí con chulería.

Yolanda se tocaba la barriga y alzaba las cejas de forma despectiva, como si con ello, quisiera decirme algo. Entonces me di cuenta y abrí los ojos tanto, que se me saldrían en cualquier momento. Ella, al cerciorarse de que había entendido sus señales, asintió con una sonrisa ladeada. Se sentía superior a mí y mi corazón no podía soportar nada más. Yo no soportaba más y esto era lo último que me podía pasar.

— ¿Es de él? —Pregunté en un susurro casi audible.

— ¿Tú qué crees?

— ¡Eso es mentira! ¡Martín, me lo habría dicho!

— ¿Crees qué eres importante para él? Si así fuera, no te habría ocultado esto... No eres nadie, no te quiere. Solo piensa una cosa. Si tanto te quiere como seguro te ha dicho ¿Por

qué no te lo dijo?

Me estaba matando y no podía escucharla más. Desesperada me acerqué a ella y le pegué un guantazo, doblando su cara por la fuerza que había empleado. Ya no podía soportarla y solo esperaba que alguien saliera del bar y viniera a separarme de ella, porque de no ser así, me iba a importar muy poco que estuviera embarazada.

— ¡Cállate! ¡No tienes ni puta idea de lo que él siente...!

—La verdad duele y esto que ves, es lo que te separará de él. Recuerda que ya lo has perdido.

— ¡Eres una maldita zorra! —Grité echa una furia, mientras alguien, me agarraba de los brazos para prohibir que me abalanzara sobre ella— ¡Suéltame!

—No, hasta que no te calmes. —Escuché su voz. Era Martín el que me tenía agarrada.

Me solté como pude y me di la vuelta para gritarle lo que estaba reteniendo en mi pecho. Martín me miraba con miedo, con el mismo

miedo con que lo miraba yo. Ese que nos hacía darnos cuenta, que todo iba a acabar en cualquier momento. Éste, sí era el fin de Martín y yo. Intentó acercarse a mí, pero me alejé negando. Las lágrimas estaban a punto de salir, me estaba obligando a mí misma, a no derramarlas ante estas dos personas que habían jugado con mis sentimientos, sacando mi corazón de cuajo y tirándolo a la basura.

—Por favor, Belén. No te alejes de mí de nuevo. Te necesito y te quiero —sollozó Martín, pero yo no podía volver a mirarlo a la cara y no pensar en su mentira—. Ella no significa nada para mí... Es verdad que está embarazada, pero yo no sé si realmente es mío. Yo no me acuerdo de nada, Belén.

No quería escucharle, no quería saber nada más sobre esa noche, la noche que acabó con mi vida. Me di la vuelta para mirar a Yolanda y ésta, fingía dolor. La muy... no sabía que calificativo ponerle ya. Agaché la cabeza y no pude retenerlas más. Mis lágrimas salieron

inundando mi alma.

—No puedo más —susurré dolida.

En ese momento, salió del bar Lara que, al vernos corrió hasta mí y miró mal a Yolanda, aunque pronto su vista fue hasta su hermano. Se acercó a él y le pegó una bofetada. Nunca me imaginé que Lara le pegara a su hermano, nunca pensé que todo esto me iba a pasar a mí. Necesitaba salir de aquí, largarme y no volver jamás. Me iría de nuevo, volvería a Barcelona y esta vez, para siempre. Caminé despacio hasta Martín, y me paré justo delante de él, dejando escasos milímetros entre nosotros. Necesitaba decirle todo lo que mi corazón se negaba a decir. Necesitaba decirle todo lo que mi mente, se negaba a olvidar.

—Yo... te amo y siempre te voy amar, pero esto no puedo dejarlo pasar. —Suspiré y acaricié su mejilla—. No sé si será tuyo o no, pero no puedo estar contigo y olvidar esto. No puedo mirarte a la cara, sin dejar de ver la mentira.

—Belén, por favor. Te lo ruego, no te vayas otra

vez, no me dejes otra vez —suplicó.

—Lo siento, pero esta vez no te voy a escuchar.

—Belén —susurró Lara angustiada.

La miré y me abracé a ella. Lara, siempre había sido mi apoyo, siempre fue junto con Luisa, la hermana que nunca tuve. Tener que irme así, no me gustaba, menos dejar de verlas a ellas de nuevo, pero las cosas nunca salen como uno quiere y esta vez, no podía echar la mirada atrás. Tenía que irme, tenía que volver.

Había pensado ir a Barcelona con Martín, pero me iré sola y no sé si algún día volveré. Lo único que en este momento tenía claro, era que no iba a seguir con él. Solo hacía horas de nuestra reconciliación y me entero de todo esto. El embarazo de Yolanda, no es algo que se pueda ignorar y si Martín es el padre, no seré yo la que no dejé que haga su papel. Ese bebé necesita un padre y él, tiene que estar ahí. No iba a permitir que naciera y creciera sin esa importante figura. Yo lo sufrí y sé el dolor que se siente, el no tener el amor de tu padre.

—Habr  algo que pueda hacer, por favor —
volvió a decir.

—Sí, solo una cosa quiero que hagas por mí —
frunció el ceño—. Quiero que cuides a ese
bebé, que estás ahí... No olvides que un padre
es importante y t , tú eres el suyo —expres 
señalando la barriga.

—No es mío, estoy seguro y lo voy a probar —
respondió Martín cabreado.

Joseph y Luisa salieron en nuestra busca y este
al verme llorar, vino hasta mí y se puso delante
de Martín. Yo le cogí del brazo, no quería que se
enfrentara a él y menos que se formara una
pelea por culpa de Yolanda que, estaba
disfrutando con todo lo que estaba pasando.
Lara se acercó a ella y la cogió del pelo. Fui
hasta ella y la obligué a soltarla. Los gritos de
Yolanda, alertaron a Rubén y Cristian, ya
estábamos todos fuera. Era una locura como
todo se había salido de control.

Yo estaba en medio mirando a Martín y Joseph,
que se mataban con la mirada. Lara queriendo

coger a Yolanda. Rubén intentando tranquilizarla. Luisa, fue la única que vino hasta mí y me sacó, dejándolos a todos allí tirados. Me llevó hasta su coche y nos metimos en él.

—Vamos a casa. Te das una ducha y verás que todo se verá con más claridad —propuso Luisa, pero yo no estaba tan segura de ello.

—No creo que una ducha arregle el problema. He perdido a Martín y esta vez, para siempre.

—No digas eso —respondió mientras arrancaba—. Sé que Martín metió la pata, Belén, pero yo no creo que ese bebé sea suyo. Además, sabes que Martín cuando bebe, no es persona y cae rendido en la cama con la borrachera.

Lo que decía Luisa, era verdad, pero eso no quitaba que ese bebé pudiera ser suyo y solo con eso, hacía que yo me fuera. No iba a quedarme para ser infeliz, porque sabía que me pasaría.

En todo el trayecto hasta al apartamento que compartía con Luisa, mi móvil no había parado de sonar. Lo miré y tenía llamadas de Martín,

Joseph e incluso de mi hermano. Al ver la llamada de Roberto, recordé que le había colgado sin decirle nada, pero tampoco estaba en este momento para hablar con nadie. Únicamente necesitaba dormir horas y al despertarme, darme cuenta de que todo fue un sueño.



Capítulo 15

Habían pasado horas desde que Luisa me había sacado del bar y aún mi teléfono seguía sonando ¿Acaso, no se daban cuenta de qué no quería hablar con nadie? ¿Acaso necesitaban señales de humo para enterarse de una maldita vez? Estuve a punto de tirar el móvil contra la pared para hacerlo añicos, pero no lo hice.

Estaba acostada en mi cama, mirando el techo de la habitación, pensando en todo lo que en tan

poco tiempo había pasado, recordando aquel día, recordando las fotos.

¿Y si Martín decía la verdad? No sabía si correr el riesgo. Volver con él, puede que fuese un error, pero estaba hecha un lío y no sabía que pensar.

Luisa me había dejado sola, volvió al bar pues nos habíamos ido sin decir nada y seguro que Lara estaría preocupada. En el tiempo que me quedé sola, mi mente comenzó a darle vueltas a todo y Joseph, también entró. Recordé que él, había venido por mí, que me amaba, que estaba haciéndole daño y no se lo merecía. Porque él, era un hombre de verdad, solo esperaba que alguna mujer, lo hiciera feliz como se merecía.

Me levanté y fui hasta la cocina para prepararme un café, la cafeína en este momento, era lo mejor para mí. Puse la cafetera en el mismo instante en el que la puerta comenzó a sonar. Resoplé exasperada, solo rezaba para que no fuera Martín, y mucho menos, Joseph. No estaba preparada para

hablar con ninguno de los dos. Caminé hasta la puerta y la abrí, llevándome una mala sorpresa. Silvia estaba frente a mí y ella nunca traía nada bueno. Éramos amigas, sí, pero después de lo que le hizo a Lara, nuestra amistad se quedó en segundo plano.

—Hola Belén ¿Puedo pasar?

Me quedé mirándola, sopesando si dejarla pasar o no, pues ella no era la mejor compañía y seguro venía a hablarme de Yolanda. Al final, la dejé pasar y se sentó en el sofá.

— ¿Qué quieres Silvia? —Pregunté rápidamente. Lo que sea que viniese a decir, que fuese rápido. No tenía ganas de estar con ella en un mismo lugar y mucho menos a solas.

— ¡Vaya!, directa al grano —respondió y asentí—. Solo venía para ver si estabas bien.

Al decirme eso, me sorprendí y me senté a su lado. La relación que Silvia y yo teníamos, siempre fue buena y si no es por lo que pasó con Álvaro, aún seguiríamos siendo amigas. Pero yo no podía perdonarle lo que le hizo a Lara, ella es

muy importante para mí y no me gustó verla sufrir durante meses. Silvia me miraba expectante como si esperara que le dijera algo, en realidad era ella la que tenía que hablar, pues había venido para algo ¿no?

—Siento venir así, sin avisar y más, después de lo que ha pasado en el bar —refirió y apiñé la boca cabreándome.

— ¿Cómo sabes lo qué ha pasado en el bar? Bueno, no me lo digas... Yolanda te lo contó ¿Verdad? —Pregunté con sarcasmo.

Ella asintió fingiendo pena, pero yo sabía que por dentro estaba disfrutando. No entendía que hacía aquí ¿Para qué vino? Se supone que ella y yo, no tenemos nada que ver ¿Qué pretendía? Tenía que averiguarlo y sobre todo, no dejarme influenciar por ella.

—Belén, perdona por venir, en serio, te juro que solo vine para saber cómo estabas, pero ya veo que estás mal —afirmó—. Sabes que puedes contar conmigo, no como tus amigas... Lo siento no quise decir eso.

— ¿Y qué has querido decir Silvia? Porque no me creo que solo hayas venido para saber cómo estoy. Ya, nos conocemos... —Se levantó ofendida y me miró.

—Estás ciega Belén, porque tus “*amigas*” esas por las que tú has perdido tantas cosas ¿Dónde están? —Preguntó y yo no sabía que responder a esa pregunta— ¿Ves? No están aquí, tú estás sola... Mira Belén, te juro que no vine con malas intenciones pero la primera que debería estar aquí, es Lara.

— ¡Cállate ya Silvia! —dije levantándome del sofá. Estaba harta de escucharla—. En serio, vete. No quiero escuchar más.

Ya sabía a qué estaba jugando y no quería que me llenara la cabeza de tonterías y mucho menos que me pusiera en contra de mis amigas, de Lara. No se lo iba a permitir, aunque tuviera razón en lo que decía. Me dolía todo lo que estaba pasando y sí, estaba sola, pero porque yo así lo pedí.

—Está bien, me iré, pero antes te haré una

pregunta —suspiré cabreada— ¿De qué parte crees que se pondrá Lara? Tuya no, porque Martín, es su hermano y tú, su amiga ¿Crees que estará de tu lado? ¡No seas tonta Belén y abre los ojos de una vez!

Aunque me jodiera, tenía razón en todo lo que decía. Martín al fin y al cabo era su hermano y en este caso, soy yo la que sobro en sus vidas, así que lo mejor es que me vaya, total, ya pensaba irme. Asentí mirando a Silvia y sonrió complacida. Ya, había conseguido lo que quería y ahora sí, se largaría de mi apartamento, bueno, del apartamento de Luisa, porque ni aquí soy bien recibida ya. La acompañé a la puerta y cuando abrí, Lara estaba a punto de tocar el timbre. Al ver a Silvia, frunció el ceño y su expresión cambió a enfurecida, no la soportaba, no se soportaban ambas.

— ¿Qué coño haces aquí? —Preguntó Lara en tono despectivo.

—Vine a abrirle los ojos a Belén y parece que lo conseguí ¿Verdad? —Mal metió Silvia.

— ¿De qué está hablando esta estúpida, Belén?

—La voz de Lara cada vez se cargaba más de odio y no quería tener que decirle lo que Silvia me hizo pensar y darme cuenta de las cosas.

Lara, entró en la casa. Silvia no se fue, seguiría envenenándome hasta el final y no quería que eso pasara. Me puse en medio de las dos, pues se miraban como fieras y conociendo a Lara como lo hacía, la creía capaz de abalanzarse sobre ella. La odiaba demasiado para perder la oportunidad.

Silvia, se acercó a mí y se puso a mi lado cogiendo mi brazo y haciendo que Lara se cabrease más. Me solté de su agarre y me senté en el sofá. Estaba muy cansada, lo que más quería, era irme a Barcelona de una vez por todas y no volver jamás.

— ¿A qué estás jugando Silvia? ¿Qué vienes ahora, como amiga del alma? —Escupió Lara.

—Vengo como amiga, solo. No como tú —respondió y ya me temí lo peor.

—Perdona ¿Qué has dicho? Yo siempre seré su

amiga, más que tú ¿Por qué no te largas con Yolanda?

Seguían peleándose entre ellas y me puse las manos en los oídos para no escuchar más. Me tenían cansada y no se callaban. Me levanté, me situé en medio de las dos para callarlas de una santa vez.

— ¡Callaros ya! Me tenéis cansada —exclamé alzando la voz.

—No puede venir aquí y decirme que yo no soy tu amiga ¿De qué va? —Claudicó Lara.

—No es eso, Lara. Ella lo único que me dijo, es que Martín es tu hermano y yo, al fin al cabo, soy solo tu amiga. Siempre te pondrás de su parte —expliqué y Lara me miró sorprendida mientras negaba—. No creas que me molesta que eso pase, lo entiendo, pero no deja de dolerme, Lara.

—Belén, no me creo que pienses eso. Ya sabes que eres muy importante para mí y que sí, Martín es mi hermano, pero él fue quién la cagó, no tú. Sería muy “*hija de puta*” si te diera de

lado. Jamás haría eso y lo sabes...

—Bueno..., eso está por verse —susurró Silvia cortando a Lara.

Mi amiga se acercó a ella y sin que me diera tiempo a agarrarla, le dio una bofetada que le dobló la cabeza. Cogí a Lara del brazo y la atraje hasta mí para impedir que la golpeará de nuevo. No quería que se pelearan y aunque sabía que Silvia, se merecía ese odio y mucho más, no me gustaba que Lara, peleara con nadie. Ella, es una mujer muy tranquila, de hecho, era la más tranquila de las tres, pero se ve que con el engaño de su ex marido, Álvaro, ella cambió y no aguanta una.

—Deja de agarrarme ¡Joder! Se merece que la golpeé por “zorra “—gritó Lara enfurecida—. ¿No tenías bastante con quitarme a Álvaro, qué ahora me quieres quitar a Belén? ¿No tienes bastante? —Preguntaba enfurecida.

—Silvia, será mejor que te vayas, por favor —hablé yo antes de que ella le respondiera a Lara.

—Sí, será mejor que me vaya. Total, no sirvió de

mucho mi visita —expresó caminado hasta la puerta—. Lo último que te voy a decir es que el bebé que espera Yolanda, es de Martín, aunque él, se niegue a reconocerlo. —Y dicho eso, se fue, dejándome a mí ahora cabreada.

Me senté de nuevo en el sofá y mis ojos se llenaron de lágrimas. Lloraba porque me sentía ridícula, estúpida, por confiar de nuevo en Martín y dejar que me engañase de nuevo. Porque me podría haber dicho lo de Yolanda, y a lo mejor las cosas serían de otra manera, pero no, él tenía que escondérmelo, tenía que engañarme de nuevo.

Lara, se sentó a mi lado y cogió mi mano derecha, me dio un apretón y la miré. Ella me secó las lágrimas que derramaba por su hermano y en ese momento, pensé lo que Silvia me había dicho. Es verdad que yo solo soy una amiga y Martín es y siempre será su hermano, sangre de su sangre y quiera o no, siempre tendrá que apoyarlo.

Me solté de su mano y me levanté, caminé hasta

la ventana y ahí me derrumbé del todo, pues tenía que decirle a Lara lo que pensaba, tenía que sincerarme y después despedirme de ella..., despedirme para siempre.

— ¿Sabes una cosa? —Pregunté entre sollozos—. Creo lo que Silvia me dijo. Martín siempre será tu hermano y tú, aunque no quieras, siempre tendrás que estar de su lado, aunque la culpa haya sido suya —expresé secándome las lágrimas.

—No me creo lo que estás diciendo ¿En serio le harás caso? —Preguntó con la voz temblorosa. Sabía que estaba a punto de desmoronarse—. Sé que Martín es mi hermano y sí, le apoyaré en todo lo que pueda, pero no en esto, no en lo que te ha hecho ¿Me crees tan mala? —Negué mientras me secaba mis lágrimas con fuerza—. No te entiendo Belén. Martín, no te dijo lo de Yolanda, es verdad, pero porque él, no cree que ese bebé sea suyo. Además, si le diste la oportunidad ¿Qué más da que esa mujer vaya a tener un hijo? Eso no tiene por qué cambiar lo

que ambos sentís ¿O sí?

—Dices que no te pones de su parte en lo que refiere a Yolanda, pero me preguntas eso. No te entiendo Lara. Sí, cambia todo, porque yo no puedo vivir sabiendo que él, ha dejado a su bebé por mí —dije con la voz rota de dolor.

Me sentía mal, estúpida y no sabía cómo iba a poder llevar esto adelante. Me había vuelto a hacer ilusiones, había vuelto a pensar en casarme con él, ser feliz de una vez, pero no, parece que el destino no quiere que estemos juntos y se lo pasa separándonos.

Me acerqué a mi mejor amiga y sin decirle nada la abracé. Lara me recibió y me apretó fuerte. Yo sabía que ella me quería y que siempre me apoyaría en cualquier decisión, pero yo, jamás podría seguir aquí viéndola sufrir por su hermano, mientras intento rehacer mi vida de nuevo, aunque me cueste mucho conseguirlo.

—Me voy, Lara. Vuelvo a Barcelona y esta vez, no sé cuándo volveré o si volveré. —Sollocé.

—Lo sé... Te echaré de menos —me besó en

la mejilla y se separó de mí para marcharse—. No te olvides nunca de nosotras, por favor. Siempre esperaremos tu llegada, aunque tardes, pero vuelve. —Asentí y se fue.

Me senté en el sofá y subí las piernas al mismo, me agarré de las rodillas, mientras escondía la cara entre mis piernas. En este momento, me siento la peor amiga del mundo, la peor mujer y siento que me merezco todo lo que me está pasando.

Por ejemplo: había muerto mi padre y en vez de salir pitando para Barcelona, me había quedado para esperar si las cosas se arreglaban ¿Qué clase de hija soy? Mi padre y yo, no teníamos la mejor relación, pero seguía siendo mi padre... Me merecía todo lo que me pasaba y no esperaba encontrar la felicidad jamás.



Capítulo 16

Horas más tarde.

Estaba cansada de seguir sentada en el sofá esperando a que el tiempo pasara, pero no, para mí las horas no pasaban. Parecía que se quedó congelado el tiempo en el momento que vi a Yolanda tocando su vientre mientras miraba a Martín. No quería seguir pensando en eso, así que preferí levantarme del sofá y arreglar las maletas para volver. Era lo mejor que podía

hacer, pero había algo en mí que no dejaba que lo hiciera ¿Será que no quiero irme? ¿Será que sigo esperando a que Martín, venga a convencerme para que no me vaya? Eso último ni siquiera debería pensarlo, se supone que yo, soy la que lo deja ir, la que le obliga a seguir con Yolanda. No estaba segura de que ellos estuvieran juntos y, aún así, dejo que esté con ella, aunque él se niegue a hacerlo.

Fui hasta la habitación y saqué de debajo de la cama, las dos maletas que días atrás había traído, para volver a llenarlas con lo mismo, mi ropa y mi humillación. Suspiré evitando las ganas de llorar que volvía a tener. Me iba a quedar seca de tantas lágrimas que había derramado y lo peor, ninguna, era por mi padre. Por él, no derramé ni una mísera lágrima, pero es que no me salían, no las sentía.

—Lo siento, papá —susurré sentándome en la cama cansada—, pero nunca tuve ese amor que yo necesitaba y te pasaste amargándonos la vida, a mi hermano y a mí... De verdad quiero

llorar tu muerte, pero los recuerdos, los malos recuerdos no me dejan hacerlo. —Hablé con él, como si me estuviera escuchando, en realidad puede que sí lo estuviera haciendo.

Abrí la maleta y saqué la ropa de los cajones que había cercanos a la cama. Paré unos segundos y me quedé contemplando la habitación, esta que tantos recuerdos guarda. Pensar en la primera noche que pasamos juntos Martín y yo, la primera vez que hicimos el amor, fue aquí y no podría olvidarlo aunque quisiera, pero en realidad no quiero. No quiero olvidar nada de lo que he vivido junto a él, no quiero tener que enterrar el amor que sigo sintiendo por él, porque sería como borrar mi vida, porque Martín, me dio los mejores años de la misma.

Mientras guardaba la ropa, el timbre de la puerta sonó. Bufé un poco cabreada. No tenía ganas de recibir más visitas y más, sabiendo que en cualquier momento Martín, estará frente a mí. Caminé hasta la entrada y abrí la puerta después de contar hasta cincuenta. Al abrirla, un Joseph

muy cabreado entró sin permiso y a saber, lo que estaba soltando por la boca, porque lo decía tan bajito que no le oía. Me acerqué a él, y cogí su brazo para que se diera la vuelta.

— ¿Se puede saber qué te pasa? —Pregunté y me arrepentí al ver su cara enfurecida.

— ¿En serio me estás preguntando eso? O sea, que yo voy al bar para estar contigo o ayudarte con tu relación que, por otro lado, parece joderse por momentos y me preguntas que me pasa ¿Es en serio, Belén? —No sabía que responder ¿Y, si era una pregunta trampa? —. Déjalo, ni siquiera sabes que me vas a decir.

— ¡Joder! Perdona, Joseph. No sabía que pasaría todo eso y de verdad no quise dejarte allí, pero necesitaba estar sola —sollocé y eso le ablandó un poco.

Nos sentamos en el sofá, él cogió mis manos, las acarició como siempre hacía para calmarme. Sinceramente, no sabía si él, tenía poderes o simplemente hace unos masajes de miedo, pero conseguía relajarme.

—Belén, se supone que somos amigos y que estoy para los momentos malos también. Sabía que querías estar sola, pero sola, no arreglas nada —expresó agachando la mirada—. Ya hablé con tu hermano y me dijo lo de tu padre. Lo siento mucho y si quieres volver a Barcelona, sabes que yo, me voy contigo. Además, tengo que volver ya, tu hermano sin mí, se agobia en el trabajo. —Sonreí y acaricié su mejilla.

—Me sería tan fácil enamorarme de ti, pero no puedo y me jode ¡Me jode no poder darte el amor que te mereces! —Grité levantándome.

Estaba harta, cansada de estar así, cabreada conmigo misma por no ser como mi padre siempre quiso que fuera. Por no poder corresponder a la adoración de un hombre que sí, se merecía mi amor, por no poder olvidar al hombre que amo con toda mi alma y que me engaña de nuevo. Soy una estúpida y no merezco el cariño de nadie. Joseph, se levantó y me abrazó por la espalda, poniendo su barbilla en mi hombro.

—No te preocupes, Belén. Yo sé que no puedes hacerlo, aunque no pierdo la esperanza de oír de tus labios, algún día, un “*te quiero*”. Con eso, me conformo —susurró en mi oído.

Me di la vuelta y clavé mis ojos en los suyos, me acerqué y besé sus labios con dulzura. Necesitaba de su amor, de ese que me daba para poder olvidar. Al separarnos, me sentí mal por utilizarlo de esta manera.

—Yo te quiero Joseph —declaré y él sonrió complacido.

—Lo sé.

Llegó el momento, me voy al fin, regreso a casa. Eso diría, si fuese feliz con mi partida. Pero no lo soy y menos, tener que despedirme de todos. En este momento, estoy en la calle metiendo las maletas en el coche de Joseph, y siento que me voy de nuevo dejando mi corazón aquí ¿Será que algún día Martín me lo devolverá? Ya se lo pedí una vez, le dije que me devolviera mis besos y con ello mi vida entera, pero se negó,

alegando que yo lo tenía todo, incluido los suyos, pero no, yo no tenía nada.

— ¿Estás preparada? —Preguntó Joseph y negué.

Aún no estaba preparada para dejarlos a todos aquí, no estaba preparada para subirme a ese coche y volver a irme sin echar la vista atrás, dándome cuenta que en realidad no quería irme, pero que necesitaba hacerlo. Era todo muy contradictorio y sentía que me volvería loca en cualquier momento.

Me quedé un momento mirando a la nada, esperando que pasara algo o que viniera alguien, pero no, no pasó nada, así que, con el corazón encogido, abrí la puerta del coche y me senté. Joseph, me miró esperando a que yo le dijera que arrancara. Asentí mientras una lágrima rodaba por mi mejilla y con ella, todas las que quisieron salir llenado mi corazón de dolor, aún, más dolor del que ya sentía. Joseph arrancó y antes de siquiera cruzar la línea, escuché:

— ¡Belén, no te vayas! —Miré a esa persona

que me había gritado y mi corazón comenzó a latir desbocado.

Todos estaban ahí mirándome y cuando digo todos, es porque estaban: Lara, Rubén, Luisa, Cristian y detrás de todos ellos, Martín.

— ¡Para el coche, por favor! —supliqué y Joseph, me hizo caso.

Me bajé del coche y corrí hasta mis amigas, esas que yo sabía que no dejarían que me fuera sin vernos por última vez, esas que estoy segura vinieron a intentar convencerme para que no me marchara, esas a las que echaré de menos.

—No te vayas, Belén. Necesito que confíes en mí —expresó Lara y frunció el ceño.

¿A qué se refería con que confiara en ella?
¿Qué quería decir con eso?

La miré y negué, sintiendo mucho todo, pero tenía que irme, tenía que salir de este lugar que tantos recuerdos tenía.

—No puedo, Lara. Tengo que irme, porque si no lo hago, sufriré demasiado y no puedo más —

respondí reprimiendo las ganas locas de volver a llorar.

Mientras que Luisa y Lara, me abrazaban, mi mirada solo iba hasta una persona en concreto, porque estaba escondido, entre Rubén y Cristian, después de todo, no lo entendía. Entonces ¿Para qué vino? Estoy cansada de querer que Martín, luche por mí y ver que no lo hace, cansada de querer que todo esto solo sea una pesadilla y sigo levantándome por las mañanas sabiendo que es real.

Me separé de mis amigas, caminé hasta los chicos y los aparté de mi camino, teniendo como único objetivo llegar hasta Martín y despedirme de él, aunque pareciera una persona egoísta, porque esto nos hacía daño, tanto daño que... No sabía que más hacer. Lo amaba y eso era lo único que mi mente y mi corazón me decían en este momento. Quería besar sus labios por última vez, quería probar lo amargo del engaño, lo doloroso de la despedida. Llegué hasta él, y sin darle tiempo a responder, hice lo que dictaba

mi corazón, le besé.

Justo en ese momento... En ese efímero momento, sentía que todo podía salir bien. Que podía quedarme, luchar por lo nuestro y ganar esa guerra que tan injustamente nos habían declarado. Al separarnos, Martín tenía sus ojos anegados en lágrimas al igual que yo. Levanté mis manos y me encargué de quedarme con ellas, secando sus mejillas.

—Te amo y siempre te amaré. Eso no lo olvides jamás —declaré rompiendo mi corazón en pedazos.

Me abrazó, se aferró a mi cuerpo y era la primera vez en mucho tiempo, que me quemaba estar así con él, era la primera vez que necesitaba separarlo de mí o me quedaría.

Hice que se volviera a mirarme, para ver sus ojos por última vez, sí, me iba. Me marcharía y esta vez, si era para siempre. Martín, dándose cuenta de mi decisión, pegó de nuevo nuestros labios y minutos después, se separó de mí y me dejó marchar, cosa que sabía que Lara, le

recriminará cuando me fuese.

Las chicas no podían creer nada de lo que habían visto y yo, tampoco, pero así eran las cosas, así hemos decidido que pasaran.

—Lo siento. Siento haber venido e irme de nuevo. Siento todo lo que ha pasado, no me odiéis por no volver más —referí secando mis mejillas.

Estaba siendo la despedida más dolorosa de mi vida. Nunca me gustaron y realmente jamás sentí lo que hoy, con mi partida. Pero si no lo pasaba ahora, sería mañana o pasado, y al final, ocurriría sin más. Lara negaba mientras se sorbía la nariz. Les estaba haciendo demasiado daño, ahora que más felices deberían estar con la llegada de su hijo.

— ¡No puedes decirnos eso, Belén! —exclamó Luisa.

— ¡Eso! ¿Cómo pretendes que vivamos ahora sin ti? —Preguntó Lara.

—Tenéis que dejarla ir... Ella lo necesita —

habló Martín antes de que yo respondiera.

Suspiré y Lara le echó una mirada asesina. Esto se pondría feo en cualquier momento y prefería no estar delante.

—Claro, para ti es fácil ¿No? Lo jodes todo. Ella, volvió para quedarse, pero tú y tus movidas la echaron de nuevo —escupió Lara—. ¿Es qué no te duele qué se vaya? ¿Es qué no vas a luchar por ella? Se merece tu lucha, se merece tus lágrimas. Desde luego, Martín, eres un... ¡Gilipollas! y me has decepcionado. —Jamás escuché a Lara hablarle así a su hermano y aunque se mereciera todas y cada una de sus palabras, me dolía ver su cara al oír todo lo que su hermana le había soltado en menos de dos segundos.

—Yo, yo. Lo siento —respondió y se fue.

— ¡Eso, huye como haces siempre! —Gritó enfurecida—. Pero, ¿qué coño le pasa por la cabeza a este niño? —Seguía Lara.

—Lara, mi vida. Déjalo estar ya ¿Sí? —sugirió Rubén.

—Es que no puedo ¡Joder! Ellos se quieren y que, por culpa de una “*hija de puta*”, sus vidas se separen, no lo veo justo. —Lara se acercó a mí, me abrazó y me dijo al oído: “*Lo siento,*” y después se marchó tras su hermano.

Luisa, me miró y secó sus lágrimas, aunque yo sabía que ella sí me apoyaba en mi decisión de marcharme para siempre, doliéndole como le dolía. Me abrazó por última vez y después de despedirme de Cristian, y decirle que cuidase a mi amiga, me volví a subir en el coche para irme de una vez.

Ahora sí, había llegado el momento de irme ¿El momento que esperaba o que necesitaba?



Capítulo 17

Martín.

Corrí como si me estuvieran persiguiendo, corrí, para perder la imagen que ella me estaba dando. Mi hermana tenía razón en todo, no me merecía a esa mujer que me amaba después de todo lo que le hice ¿Por qué seguía amándome? No lo entendía, mucho menos quería que lo hiciera, porque sería egoísta si dejara que me amara.

Cuando vi que estaba lo suficientemente lejos de todos, reparé que había llegado a un bar que hacía tiempo que no pisaba, concretamente desde que Luisa, comenzó en el bar de su padre. Años sin pisarlo y justamente donde conocí a Belén.

— ¿Acaso era una puta señal? —Me pregunté al tiempo que mis pies se movían al interior del mismo.

Al entrar, me quedé impresionado. Lo habían remodelado y parecía otro, aunque por fuera tuviera la misma fachada, por dentro era moderno. Le habían quitado la esencia que el bar tenía años atrás. Caminé hasta la barra y me senté en un taburete, miré hacia mi derecha y mis recuerdos de aquel día, me dieron de lleno.

Flash Back

Estaba cabreado, porque llegaba el examen de policía y no estaba preparado, pero es que mis compañeros solo pensaban en fiestas y yo, yo estaba tan agobiado que necesitaba despejarme un rato, claro que después,

tendría que encerrarme en mi habitación por horas, hasta que todo entrara en mi cabeza y si no, mi hermanita, me lo metería a porrazos. Esa fue su amenaza y la creía capaz de eso y más.

Entré en el bar de López, el padre de mi compañero Oscar, y me dirijo a la barra decidido, necesitado de una cerveza. Saludo al padre de mi amigo y este me pregunta por su hijo, cosa que no sé qué responder, ya que desde la mañana le perdí la pista y no volví a verlo. Le dije lo que sabía y le pedí la cerveza que, menos mal no tardó en llegar. Justamente en el momento que me doy la vuelta y bebo un sorbo del botellín, entró en el bar una morena de oscuros ojos que me repasó de arriba abajo, aunque con cara de asco. Nunca me habían mirado así y la verdad no entendía por qué fue.

Pasé parte de la noche mirándola embobado, pensando la manera de acercarme a ella y presentarme, pero tenía miedo de hacerlo,

pues me miraba cual asesina en serie y yo, estudiante de policía y que no debería tener miedo, lo tenía.

Entonces, en el momento en el que me iba a cercar a ella, mi hermana Lara entró en el bar y se acercó a ella, le dio un abrazo y un beso y me quedé perplejo ¿Desde cuándo mi hermana la conocía? Y lo peor ¿Por qué yo no?

Ahora sí que me podía acercar, con la excusa de saludar al bicho de mi hermana pequeña. Caminé decidido hasta ella y toqué su hombro. Mi hermana se dio la vuelta y al verme, me miró y sonrió maliciosamente.

— ¿Qué haces aquí hermanito? —Preguntó con una sonrisa socarrona.

—Eso mismo podría preguntarte yo a ti, pequeña —referí con una sonrisa y la desconocida, me miraba embobada. Ahora sí había llamado su atención—. ¿No nos presentas?

—Claro. Ella es Belén, la prima de Álvaro. Él

es mi hermano. —Me acerqué a ella y besé su mejilla.

En ese momento, sentí que ella sería la mujer de mi vida y que no iba a dejar que nada ni nadie me la arrebatara.

Flash Back

Pensar en ella, en ese momento en el que mi vida había cambiado tanto, hacía que me odiara por no haber cumplido la promesa que me hice aquel día. Se suponía que no iba a dejar que nada ni nadie me la quitaran, que no iba a dejar que me dejara y aquí estoy, a punto de emborracharme por haber hecho todo lo contrario.

—Soy un maldito gilipollas —susurré mientras esperaba al camarero.

—Desde luego que sí, hermanito, eso mismo eres. —Escuché decir a mi hermana en mi espalda.

Me di la vuelta y ahí estaba, con cara de perro apaleado, a punto de pegarme la hostia de mi

vida ¿Y por qué no salí corriendo? Pues porque me la merecía. Era tan bajita y poca cosa, pero tan fuerte y temperamental que a veces daba miedo. Podía pasar de ser un angelito caído del cielo, a ser un demonio en una milésima de segundo. Se acercó a mí y cuando pensé que su mano chocaría con mi cara, me abraza ¿Estaba loca? No, lo siguiente.

—Siento mucho hablarte como lo hice, Martín. Sé por lo que estás pasando, pero también sé que todo es tu culpa y que solo tú, puedes conseguir que todo se arregle —expresó entre sollozos.

Tenía razón, pero ¿Cómo lo hago? Belén se merece un hombre que sepa responderle. Se supone que la engañé, pero no me acuerdo de nada y de ese engaño Yolanda, quedó embarazada ¿Qué hago? Solo quería que naciera ese bebé, para así poder hacerle la prueba de paternidad, porque estoy seguro que no es mío.

Mi hermana se separó de mí y ambos nos

sentamos en una de las mesas que había cerca de la ventana. Tocaba conversación familiar, por no decirle charla que suena más feo. Mi hermana me dirá lo que piensa e incluso puede que me diga lo que tengo que hacer ahora y yo le diré lo que no haré. Así eran nuestras charlas, menos mal que siempre estábamos de acuerdo en todo. Pedimos dos cervezas y cuando el camarero nos la trajo y estuvimos a sola, mi hermana me miró con su particular gesto de “*voy a matarte*” y me dice:

— ¿Qué harás para que vuelva? Porque supongo que tienes un plan ¿No?

—No sé, Lara. Es cierto lo que dije. Quiero que la dejéis ir... ella necesita pasar página de una vez. —Suspiré y bebí un sorbo de mi cerveza.

—Pues déjame decirte que...

—Sí, que soy gilipollas. No hace falta que me lo recuerdes cada cinco minutos —respondí sin dejarla terminar.

—No es eso, Martín. Es que me jode que no hagas nada por conseguir su perdón. Es como si

no te importase lo más mínimo. —Las palabras de mi hermana sonaron entrecortadas y me di cuenta que estaba sufriendo mucho, pero es que no sabía qué hacer.

El tema de Yolanda, me tenía demasiado mal y no contenta con joderme la boda y hacer que Belén me dejara, va y le dice lo del embarazo.

No sabía cuántas cervezas llevábamos, ni cuánto tiempo. Pero mi hermana ya estaba un poco achispada, por no decir que estaba borracha como una cuba y tuve que llamar a Rubén para que viniera a buscarla, claro que ella se negó y se excusó diciendo que necesitaba pasar tiempo conmigo y beberse hasta el agua de los floreros, ya que el embarazo no la dejó hacer gran cosa. Me reí al escucharla hablar así y cuando vino mi cuñado a recogerla y la vio, me echo una mirada de *“te mataré en cuanto te coja”* que, como no, me lo pasé por el forro de los *“cojones”*.

— ¿Cómo se te ocurre dejarla beber así? — Preguntó Rubén al coger a Lara.

No podía ni mantenerse en pie. Me levanté para ayudarlo y justo en ese momento, escuché la voz de Yolanda, hablando con alguien. La busqué con la mirada y al otro lado de la barra, estaba con Silvia. Me pareció raro verla en este bar con la *zorra* de Silvia. Quería acercarme y poner la oreja para escuchar de qué hablaban. Entonces mi cuñado tocó mi hombro y lo miré.

—Están hablando de ti —dijo—. Tengo un oído muy fino. —Sonreí y me fui acercando despacio.

Me puse cerca, pero no demasiado. No podía dejar que me vieran. Cogí el móvil y busqué la grabadora en las aplicaciones. Sería mi prueba de lo que sea que estuvieran hablando ese par de brujas.

Había una mesa apartada, pero no mucho. Solo lo suficiente para no ser visto, pero poder oír. Me senté dándole la espalda y encendí la grabadora. Miré a Rubén y este tenía los ojos abiertos, tanto que podía verle a lo lejos el color de sus pupilas.

— ¿Qué haré ahora? Martín no quiere saber nada de mí y como se entere de que el bebé no es suyo, menos —habló entre sollozos Yolanda y Martín la maldijo por embustera.

—Será “*hija de puta*” —susurró cabreado.

—No te preocupes que eso no pasará. Además, Belén ya se fue, así que tienes el camino libre para conquistarle —sugirió Silvia.

—Pero ¿Y si se entera de todo? ¿Qué pasará cuando sepa que aquella noche no pasó nada entre nosotros?

Martín no pudo más, se levantó hecho una furia y fue hasta ellas, como alma que lleva al diablo. No podía creer que le hicieran creer eso y mucho menos que hubiese pasado los peores meses de toda su vida, por culpa de esas dos “*cabronas*” que, lo único que hacen es joderle la vida a la gente que la rodea.

— ¡Yo te diré lo que pasará, Yolanda! —Grité fuera de mí. Se dieron la vuelta y Yolanda entró en pánico.

Me importó una mierda que le diera un ataque de ansiedad y me importó una mierda que Silvia, me mirase con cara de demonio. Di gracias a Dios porque mi hermana estuviera borracha, porque pobre de ellas de ser, al contrario. Las dos me miraban, pero ninguna decía nada. Yolanda, se sentó en una silla y pidió al camarero un vaso de agua. Supuestamente se puso mal, pero yo ya no la creía.

— ¿Por qué? — Pregunté incrédulo.

De verdad no entendía el afán de dañar mi relación con la única mujer que he amado en mi vida y no entendía cómo es que después de haber conseguido separarme de ella, siguieran insistiendo ¿Acaso creían que yo, iba a estar con Yolanda? ¿En serio? Después de lo que me había hecho no quería ni verla, ni oír su nombre. Yolanda, se levantó e intentó acercarse a mí, me aparté, lógicamente. Miré a mi cuñado y este seguía ahí, esperando a que yo saliera junto con él y mi hermana. Silvia, se dio cuenta de que no estaba solo y miró a Rubén de mala manera.

Esa mujer nos odiaba con toda su alma y sinceramente dejaba mucho que desear, pues ella era uña y carne con mi hermana, pero siempre tuvo celos de ella y quería todo lo que mi hermana tenía y ahora la tomaba conmigo. Se ve que no es feliz con nada de lo que consigue.

—Perdóname Martín, por favor. Yo... yo estoy enamorada de ti, por eso hice todo para que te fijaras en mí, pero no conseguí nada —gimoteó Yolanda.

—Algo sí que conseguiste —referí y ella me miró esperanzada.

— ¿El qué?

—Mi odio. Eso lo tienes completo solo para ti.

Después de eso, salí del bar con Rubén y mi hermana, nos subimos al coche de este. No sabía qué hacer en este momento, ni sabía si sería buena idea ir a buscar a Belén y decirle la verdad. En realidad, creo que lo mejor para ella en este momento, es que la deje marchar y que haga su vida. Si ella es feliz, yo soy feliz. Es lo

único que necesito, su felicidad.



Capítulo 18

Belén.

El camino a Barcelona, fue pesado, demasiado y todo porque no podía dejar de pensar en él. La imagen de Martín, pidiéndome con la mirada que no me fuera y diciendo lo contrario, no se borraba de mi mente, pero ¿Qué podía hacer si yo misma le había dicho que me iría? No podía reclamarle nada, no podía siquiera echarle la culpa de nada.

Me siento mal, muy mal. Me siento cabreada conmigo misma por haber sido tan tonta y haber dejado que Yolanda, consiguiera su objetivo, separarnos. Pero es que no podía estar con Martín y pensar “*tiene un hijo con otra*” mientras está conmigo. Yo no era mala persona y no sería capaz de separar a un padre de su hijo, eso jamás.

Ya casi estábamos llegando a Barcelona y en todo el camino Joseph no dijo ni media palabra. Suponía que seguía cabreado y aunque era extraño tanto silencio, tampoco podía pedirle más de lo que hacía por mí y sé que seguirá haciendo. De verdad, me encantaría pedirle a mi corazón que lo amara como se merece, tal vez si pusiera de mi parte, lo conseguiría ¿A quién quiero engañar? Jamás podría amarle como amo a Martín, ni aún intentándolo. Lo único que podría sentir por él, es un gran cariño de amigo.

—Estás muy callado ¿Te ocurre algo? —
Pregunté tocando su mano, intentando llamar su atención.

Joseph me miró, se encogió de hombros y volvió la vista a la carretera. No me respondió, no hizo nada y no le culpaba. Ser mi amigo tenía que ser un suplicio. Soy la persona más complicada de este mundo.

No le dije nada más y perdí la mirada en la carretera. Estábamos a punto de llegar y a cada kilómetro que pasábamos, mi corazón latía más deprisa. Me ponía nerviosa, el hecho de volver y encontrarme con mi familia destrozada y estaba segura que mi hermano estaba sufriendo por la muerte de mi padre, pues él, siempre tuvo buena relación, hasta que yo decidí irme de casa y vivir mi vida. Y con mi madre, eso era otra cosa. Sabía que ella sería la que más estaba sufriendo, como también sabía que querría de mí, algo que yo, no estaba dispuesta a darle.

Minutos después ya estábamos entrando en Barcelona. Solo faltaba unos diez minutos para llegar al apartamento de mi hermano y menos mal que no dejé la llave para poder entrar, ya que él no iba a estar en casa.

Cuando llegamos, Joseph aparcó y me bajé sin esperar siquiera a que él me dijera algo. No lo había hecho en todo el camino, no iba a esperar que ahora le escuchara. Rodeé el coche y saqué del maletero mis maletas. Joseph quiso ayudarme, pero le eché una mala mirada. No quería que ahora se acercase como si nada.

—No hace falta que me ayudes. Yo puedo sola —exclamé cabreada.

—Belén ¿Qué te pasa? Si es porque en todo el camino no he hablado contigo, te pido perdón. Sinceramente no sabía que decirte. Estaba algo bloqueado —explicó y asentí encogiéndome de hombros. Tal y como él me había respondido una hora atrás.

Caminé cogiendo las maletas con todas mis fuerzas y me costó llegar a la puerta del edificio, de lo que pesaban. Parecía que traía de vuelta más de lo que me llevé. Joseph, soltó una carcajada y me di la vuelta para pegarle un guantazo. No soportaba que se rieran de mí. Pero antes de siquiera conseguir levantar la

mano, me agarró de la cintura y pegó sus labios a los míos. En ese momento sentí como mis piernas flaqueaban, no podía negar que sus besos me gustaban. Y también provocaban que mis recuerdos, esos en los que aparece Martín, salieran a flote. Así que me separé y le di el guantazo que tantas ganas tenía de darle, por simple desahogo.

— ¡Vaya! La Belén gruñona ha vuelto. — Escuché la voz de mi hermano detrás de mí.

Me viré y al verle, corrí hasta él y lo abracé. No sabía las ganas que tenía de verlo, hasta que me sentí entre sus brazos. No sabía lo que le había echado de menos, hasta ese momento. Mi hermano besó mi frente y se separó para mirarme de arriba abajo, mirando que estuviera completa.

— ¿Pretendes provocar qué te pegue a ti también? — Pregunté alzando una ceja intimidatoria.

— ¡Dios me libre de hacer eso! Te he echado de menos —susurró acercándose a mí de

nuevo.

Nos reímos como unos niños pequeños y así, pude ver que mi llegada le iba a servir a mi hermano. Yo había sido la única persona que había conseguido hacerle reír de nuevo, después de la muerte de su mujer y mi sobrina. Cada vez que pienso en ello, se me eriza la piel al completo.

Joseph se acercó a Roberto y lo saludó con un efusivo abrazo. Al separarse, mi hermano sonrió, después de mirarnos a Joseph y a mí de hito en hito. Me estaba poniendo nerviosa y se iba a llevar otro guantazo por tonto.

— ¿Qué coño miras? —Pregunté—. ¿Acaso no has visto el guantazo que le di? ¿Quieres que te dé a ti otro?

—Has venido muy agresiva, hermanita ¿Qué te pasó?

—Es una larga historia. —Pasé por su lado, cogí una maleta y sin despedirme de Joseph, entré en el edificio.

No quería hablar de ese tema que, tanto daño me hace. Únicamente lo que quería, era olvidar, conseguirlo de una vez por todas. Martín tenía que salir de mi mente y de mi corazón. Subí en el ascensor hasta el piso de mi hermano y al llegar, caminé hasta la puerta, metí la llave y entré. Todo parecía estar en orden, hasta que mis ojos se clavaron en los de ella. Solté mi maleta, más bien la tiré al suelo y se me secó la boca de los nervios que se me metieron de repente en el cuerpo.

Mi cuerpo se encontraba en tensión y mis pies no se movían del suelo. Estaba anclada. Mi hermano llegó y me empujó para que entrase de una vez, pues me había quedado parada en la puerta, obstaculizando en paso.

—Belén —susurró esa mujer.

Mi madre estaba frente a mí, después de tantos años, la tenía enfrente y no sabía que decirle. Quería salir corriendo, esconderme lo más lejos posible de ella, donde jamás me encontraría.

—Hija ¿Cómo estás? —Sonreí con ironía y es

que no podía creer que solo me dijera eso.

— ¿Eso es lo primero que vas a decirme? No me lo puedo creer —escupí—. Años sin verme y tu primera pregunta es, ¿como estoy...? En serio, no lo aguanto. —Caminé ignorándola y me metí en mi habitación, cerrando de un portazo.

— ¡Belén! —Escuché los gritos de mi hermano, acercándose a mi puerta.

Me levanté corriendo y cerré el pestillo antes que le diera tiempo a entrar. Mi hermano, intentó entrar y al no lograrlo, aporreó la puerta de mala manera. Jamás lo había visto tan cabreado ¿Tan ciego estaba? ¿No se daba cuenta de la falsedad de nuestra madre?

— ¡Abre de una maldita vez! —Gritó de nuevo.

— ¡Ni lo sueñes! ¡No al menos que ella se vaya de aquí! ¡No quiero verla! —Mis gritos resonaban en toda la estancia y lo hice así para que ella lo escuchara.

Me daba igual que sufriera, así como a ella le dio igual mi sufrimiento cuando me fui. Me

obligaron a irme, así lo decidieron. Querían joderme la vida y yo los frené con mi huida. Jamás les iba a perdonar que me trataran como un pedazo de carne, porque eso fue lo que hicieron. Los negocios para mi padre eran más importantes que su propia familia y acordó con su socio, mi boda con el hijo de este y todo sin consultarme a mí antes. Cuando yo me enteré, los odié con toda mi alma y por eso, no logro llorar la muerte de mi padre, mi corazón no me lo permite.

—Por favor. Necesito hablar contigo. Abre —
suplicó más calmado.

—Si me prometes que no harás nada para que se acerque a mí.

—Está bien. Te lo prometo.

Me acerqué a la puerta y la abrí. Mi hermano entró y volvió a cerrarla con pestillo. Eso hizo que confiara más en él. Nos sentamos en mi cama y él me miraba ceñudo, esperando una explicación a mi comportamiento, yo lo único que sentía, era no haberlo hecho antes.

—Ni lo pienses —exclamé—. No pienso hablar con ella, ni quiero que se acerque a mí y mientras ella esté aquí, yo no lo estaré. Me iré, Roberto —referí secando mis lágrimas.

Estaba llorando y no me había dado cuenta. La presión de todos estos días, estaba haciendo mella en mí y mis ojos se llenaron de lágrimas en el momento que le grité a mi madre. Aunque no lloraba por ella, ni por mi padre, si no por mí, porque lo necesitaba. Todos estos días, habían sido un caos emocional y ahora volvía y me encontraba con mi pasado de lleno ¿Qué más me podría pasar?

—No puedo echarla, Belén —habló mi hermano sacándome de mi trance—. Lo perdió todo. Al morir papá, se quedó sin nada. Está en la calle.

— ¿Quieres saber lo que pienso de eso? —Mi hermano negó, pues ya lo sabía—. Aún así, te lo diré —sentencié—. Pienso que se lo merece. Merece todo lo malo que la vida tenga que darle, por todo lo malo que hizo ella antes. Lo siento, pero es lo que pienso y siento.

—Nunca la perdonarás, ¿verdad?

—Nunca. Así que, si ella va seguir aquí, yo me iré —afirmé y él asintió comprendiéndome.

Mi hermano se levantó, me dio un abrazo y salió de mi habitación. Cuando me quedé sola, caí al suelo, encogí mis piernas y las rodeé con mis brazos, abrazándome a ellas, escondiendo mi cara en ellas, perdiéndome en las lágrimas que proclamaban su sitio en ese momento. Creía, que podría ser fuerte después de dejar a Martín, que podría con todo lo que siento, que podría con los recuerdos y dejar de pensar en ello cuando yo quisiera, pero no, no lograba hacerlo y en este momento que más le necesito, no le tengo y no creo que lo tenga nunca más.



Capítulo 19

Martín.

Me quedé a dormir en casa de mi hermana. Ni siquiera quería estar en la mía, no quería estar solo y romperme la cabeza pensando en lo que debo o no hacer y sé que en el momento en el que mi hermana se entere, me matará y obligará a buscar a Belén, pero no puedo joderle la vida más.

Mi hermana tenía razón. Lo jodo todo y lo único que consigo con eso, es hacer sufrir a la mujer de mi vida. Por eso no quiero buscarla. Prefiero verla feliz, aunque sea en brazos de otro a tenerla conmigo desdichada. Sí, así de gilipollas soy.

Estaba en el sofá recostado. Cuando llegamos anoche, Rubén me dijo que me fuera a la habitación de invitados, pero no quise y me quedé en el salón pensando. No dormí apenas nada y todo por culpa de una víbora a la que odio con todas mis fuerzas ¿Enamorada de mí? Es el colmo.

Decidí levantarme y tomarme un café bien cargado. Así puede que piense mejor, porque estaba hecho un puto lío. Caminé hasta la cocina y preparé la cafetera. Mi hermana no tardaría mucho en llegar, huele el café desde kilómetros y lo va necesitar, ya que anoche se tomó el bar completo ella sola. Aunque no la culpo. Últimamente nuestras vidas se han visto metidas en varios líos y si no fuera porque conoció a

Rubén, no sé qué habría sido de ella.

Minutos después tomándome mi café, una resacosa Lara, entró en la cocina directa a su cafeína rutinaria. Sonreí al verla así: ojos pegados por el maquillaje, pelo desaliñado. Vamos, toda una belleza...

— ¿A qué viene esa risita de tonto? —Preguntó sin apenas mirarme.

—Veo que te has levantado de buen humor hoy —respondí reprimiendo una carcajada, que no tardó en llegar.

Lara, me miró con cara de fiera y si no fuera porque mi cuñado vino a mi rescate, ahora estaría muerto y enterrado.

—Déjalo, vida. Con lo de anoche creo que tiene bastante —refirió Rubén y puse mis manos en mi cara.

¡Joder! No quería que mi hermana se enterara lo que pasó con Yolanda, pero mi cuñado era toda una “*maruja*” y no se podía mantener callado. Le pegué un puñetazo en el hombro

cabreado y mi hermana me miró mal de nuevo.

— ¿Qué pasó anoche? —Los dos nos quedamos callados—. Rubén, cielo. —Mi hermana se fue acercando a su marido y este tragó saliva— ¿Verdad que me lo vas a contar? —Asintió.

— ¡Calzonazos! —susurré.

—Deja que me lo diga él ¿O prefieres hacerlo tú? —Negué ofuscado.

Me quedé pensando si decirle o no. De igual manera mi cuñado se lo iba a decir, así que, prefería decírselo yo mismo y “*que sea lo que Dios quiera*” Mi hermana podría llegar a ser muy persuasiva o más bien cansina. Me acerqué a ella y la llevé hasta el salón para sentarnos. No debía marearla tanto, porque tampoco era algo que fuera de vida o muerte, por lo menos para mí no. Pero ella, seguro me dirá lo que cree, que debo hacer.

—Martín. No seas misterioso y dime de una vez que pasó anoche... ¡Ay Dios, no me digas que anoche la lie en el bar con la borrachera! —Su

voz sonó angustiada y me hizo reír la manera de expresarse. Desde luego que mi hermana estaba más loca que una cabra.

—No, no es eso —respondí.

—La hubieras dejado creer eso, así dejará de beber de esa manera —sugirió Rubén sonriendo.

—Rubén, cariño mío. Déjale hablar ¿Sí? —Bufó quitándose el pelo de la cara. Volvió a mirarme expectante.

—Anoche pillé a Yolanda, con Silvia, en el bar —dije suspirando—. Las escuché hablar de mí y, ¿sabes qué? —Mi hermana negó y yo proseguí— Que nunca nos acostamos, que fue una trampa de las dos y como no, que ese bebé no es mío. No sabes el coraje que me entró y las ganas que me dieron de matarla, pero no hice nada. No te preocupes.

Mi hermana se levantó del sofá y comenzó a caminar de un lado al otro, sin mirarnos, sin decir nada. De sus labios solo se escuchaban suspiros y alguna que otra palabra totalmente

ininteligible. Estaba seguro que era algún que otro insulto. Rubén y yo nos miramos y volvimos la vista a ella, pues seguía igual, ya me estaba dando miedo saber que estaría pasando por su cabeza. De pronto, se paró y se puso frente a mí. Su cara cambió a una de cabreo y se notaba que lo estaba y mucho.

— ¿Irás a buscarla? A Belén, digo —Preguntó y yo me encogí de hombros sin saber que responderle.

—No lo sé. —Suspiré exasperado.

— ¿Cómo? ¿Estarás de broma? Tienes que decirle que todo fue una mentira. Tienes que recuperarla, Martín. Os merecéis ser felices — expresó reprimiendo las ganas que tenía de llorar.

Sabía que mi hermana adoraba a Belén y también sabía que quería que estuviéramos juntos, pero no podía hacerle de nuevo eso. No quería que Belén volviese y se viera de nuevo metida en cualquier estupidez por mi culpa. No quería que se arrepintiera de volver conmigo,

porque si eso pasaba, no me lo iba a perdonar en la vida.

—Lara... Tú tenías razón en todo lo que me dijiste ayer. Todo lo jodo y en este momento lo que quiero, es que Belén sea feliz.

—Lo será contigo y perdón por lo que te dije ayer, solo estaba cabreada.

—Yo no estoy tan seguro de ello. Creo que Belén será feliz con Joseph. Él, la quiere y, aunque me duela, es lo mejor para ella. —Me levanté con la intención de irme a mi casa.

No quería discutir con mi hermana y estaba seguro que si me quedaba, acabaríamos a pleno grito, esta es su casa, donde está mi sobrino pequeño y no quería que escuchara gritos a tan temprana edad. Lara, cogió mi brazo e hizo que me volteara a mirarla. Suspiré y agaché la cabeza. Me estaba cabreando, estaba llegando a ese punto en el que, o me iba o terminaríamos mal. Lara me conocía y sabía que no debía agobiarme con el tema. Yo mismo tenía que pensar las cosas, saber si merecía la pena

intentarlo o dejarla marchar para siempre.

—Martín... Hagas lo que hagas, aquí estaré ¿Vale? —exclamó sorprendiéndome—. Yo solo quiero que sea feliz y sé que ella, es tu felicidad, eso, solo tú, tienes que saberlo.

Tenía que irme, salir de allí. Me estaban entrando unas ganas locas de echarme a llorar como un niño perdido y no quería que mi hermana me viera hundido, pues le daría motivos para confesarle a Belén, todo ella misma. Le di un beso en la mejilla y salí de su casa a toda prisa.

Al salir, pude respirar con tranquilidad. Caminé hasta las escaleras y bajé por ellas, así por lo menos estaría solo, ya que nunca te encontrabas a ningún vecino, porque todos iban en el ascensor.

Mientras bajaba, me pude permitir lo que delante de mi hermana no quería hacer, llorar. No era un hombre de lágrima fácil, pero pensar en que podía hacer que la mujer que amo vuelva y no querer hacerlo, me tenía mal ¿Con que cara voy

a buscarla? ¿Y si no se lo cree? Bueno tenía la grabación, pero... no sabía qué hacer.

Cuando llegué abajo, cogí el primer taxi que vi y entré en él. Iría a mi casa y me encerraría allí, hasta que se me olvidara todo, aunque para eso, tuviera que estar encerrado por días o meses.

En mi casa, pude sentir esa soledad que embargaba mi alma desde que ella se fue. Era muy difícil vivir así, era difícil despertar un día y ver que todo acabó. Ahora estaba en mi mano cambiarlo todo, y no me atrevía.

Cogí la botella de whisky que había preparado cuando llegué hacía apenas unos minutos. Lo primero que hice al llegar, fue pensar en olvidar todo con alcohol, aunque después de eso, me sienta aún peor. Ya daba igual todo, ya todo estaba perdido y si beber hasta perder la conciencia me ayudaba, lo haría sin remordimientos. Así que, sin más, cogí la botella y bebí a morro de ella ¿Para qué coger un vaso? Total, me la iba a beber entera.

Llevaba horas bebiendo, ya no sabía ni mi nombre, ¿o sí? No lo sabía. Únicamente tenía en mi mente uno solo, Belén, y estaba a punto de llamarla por teléfono. El alcohol estaba haciendo que cometiera errores que después me perjudicarían, pero qué más da. Mañana no me iba a acordar de nada. Cogí mi móvil y marqué su número con dificultad. Tres timbrazos fueron los que sonaron antes de que la voz de un hombre, se escuchara al otro lado ¿Belén estaba con un hombre tan tarde? Ni siquiera sabía la hora que era, pero todo estaba oscuro, así que supuse que era tarde.

— *¿Belén?*

No quería hablar, pero en ese momento, mi cabeza tenía vida propia y hacía lo que le daba la gana. De estar sobrio, no la habría llamado.

— *¿Quién eres?*

Reconocí la voz y antes de siquiera ponerse ella, colgué. Belén estaba con Joseph, me sentí celoso, como jamás pensé estarlo. Me levanté y tiré la botella con todas mis fuerzas, haciendo

que se rompiera contra la pared. Aún tenía líquido y lo había manchado todo, pero me la sudaba...

— ¡Joder! Está con él, está con él. Ya la perdí para siempre. —Mi voz salió temblorosa y tenía ganas de matar a alguien.

Esto era el fin de un gran amor y solo me quedaba olvidarla. Sabiendo que es feliz, se me hará más fácil o eso creía. Porque, saber que está feliz gracias a otro, me dolía como si me arrancaran el corazón de cuajo y lo quemaran ante mis ojos.

Volví a sentarme en el sillón a oscuras y cogí otra botella para hacer lo mismo, vaciarla. El alcohol, ya ni quemaba mi garganta y aunque sabía que debía parar, pues podría tener un coma etílico, no me sentía con fuerzas para hacerlo. Así me llevé toda la noche, bebiendo hasta el cansancio. Ahogando mis penas, hasta quedarme dormido de mala manera.



Capítulo 20

Belén.

Hablé con mi hermano durante horas y todo hacía que llegase al mismo punto. No quería ver a mi madre nunca más en mi vida, no quería saber nada de ella. Mi hermano no estaba de acuerdo conmigo, pero, aun así, me respetó. Salí de la habitación con la intención de marcharme de esa casa. Al salir, mi madre seguía en el salón, ni siquiera la miré. Ella intentó acercarse,

pero cogí rápidamente las maletas y salí del apartamento, cerrándole la puerta en las narices. Puede que me estuviera pasando, aunque yo no lo sentía así.

Bajé en el ascensor y al llegar a la calle, dejé las maletas en el suelo. No sabía cómo era que las había cogido, si cuando llegué pesaban como un demonio. Supuse que era por toda la rabia acumulada en el cuerpo, la que me hizo tener fuerzas para cogerlas. Me senté en una de ellas a pensar que hacer ahora ¿Dónde ir? No tenía a nadie aquí, bueno a Joseph, pero no quería seguir abusando de su generosidad, no mientras él siguiera sintiendo por mí lo que siente.

¿Qué hacer ahora? Podría irme a un hotel hasta que pueda alquilarme algo por mi cuenta o podría volver a Madrid con el rabo entre las piernas. Por lo menos allí, tenía sitio donde quedarme. Negué desechando la idea de inmediato.

Bufé desesperada y cogí el móvil para llamar a Joseph. Era el único que podía ayudarme y

sobre todo acogerme en su apartamento.

—*Hola Belén ¿Qué pasa?*

Sonaba tranquilo, más de lo que pensaba y eso me iba a ayudar a poder pedirle el favor.

—*Hola Joseph ¿Podría quedarme en tu casa unos días?*

—*Claro, pero ¿Qué pasó?*

Es una larga historia. Te la cuento cuando llegue allí.

—*¿Voy a recogerte?*

Negué rápidamente su propuesta, pues ya era demasiado abusar de él. Era un hombre muy bueno, pero no gilipollas.

—*No, ya paré un taxi. Nos vemos en unos minutos. Gracias.*

Iba en el taxi pensativa, perdiendo la mirada en las calles de Barcelona, aún llenas. Era de noche y el cielo estaba repleto de estrellas. En fin, era una de esas noches, en las que quieres pasarla con la persona que amas y hacer el amor bajo las estrellas, como Martín y yo

hicimos una vez. Recordar ese momento, en el que nos subimos al coche y llevarme al campo, lo más apartado que se podía, poner una manta en el suelo y alumbrarnos de la luz de la luna. Fue la noche más bonita que pasé en toda mi vida y en la que me pidió matrimonio.

Flash Back

Martín me había recogido sobre las nueve de la noche. No sabía dónde me llevaba, pero me daba igual, mientras fuera junto a él. Podría estar llevándome al infierno, y podríamos quemarnos ¿Qué había mejor que morir a su lado? Daba igual donde, solo importaba con quién.

Aún estábamos en el coche y veía el sendero de tierra acercarse ¿Dónde íbamos? No quería preguntarle, para no estropearle la sorpresa. Era nuestro aniversario de novios, estábamos en la etapa de irnos a vivir juntos y suponía que era eso lo que quería pedirme. Deseaba con todas mis fuerzas, despertar cada día a su lado, porque, aunque a veces

me saque de mis casillas y tenga que darle una colleja, era el hombre que yo amaba y amaré por siempre.

—Martín ¿Cuánto falta para llegar?

—Pregunté curiosa.

—Ya falta muy poco. No seas impaciente.

Me callé y en menos de cinco minutos, aparcó el coche cerca de un lago. Salimos del coche y me puse la rebeca. Estábamos en primavera y por la noche refrescaba bastante. Martín fue hasta el maletero y sacó una mochila, se acercó a mí y echó su brazo encima de mis hombros para calentarme. Solo el tenerlo cerca, mi cuerpo ardía y me moría de ganas por sentir sus manos en mi piel. Era adicta a él, a sus besos, a sus caricias, a todo su amor.

—Vamos, cielo —susurró en mi oído poniéndome la piel de gallina.

Caminamos un poco, hasta que llegamos a un sitio más llano. Martín, sacó de la mochila dos mantas. Una la puso en el suelo

y la otra la dejó cerca para taparnos. Sacó un candelabro, lo encendió y nos sentamos. Martín cogió la manta y la puso encima de nuestras piernas. Realmente, en ese momento, no sentía el frío con su cuerpo cerca del mío. Las estrellas brillaban y mis ojos las miraban perplejos. Martín acarició mi mejilla, mis pupilas se cruzaron con las suyas, así, hasta que pegó sus labios a los míos, llenando mi corazón de mucho más amor, del que ya sentía por él.

Martín era único, el hombre más maravilloso que tuve el placer de conocer y le daba gracias a la vida, por ese regalo. Al separarnos, sus ojos tenían un brillo especial y me daba la sensación, de que había algo importante que estaba guardando.

—Belén, te amo mucho, más que hace unos minutos, te traje aquí porque hay algo que quiero decirte. —Se quedó un momento en silencio y se paró para ponerse frente a mí

de rodillas.

No podía creerme que estuviera así, frente a mí. No lograba imaginar que estuviera a punto de pasar lo que siempre soñé. Lo vi tragar saliva, nervioso y cogí sus manos para transmitirle tranquilidad.

*—No sé cómo comenzar a decirte esto
—susurró con la voz temblorosa.*

*—Comienza por el principio, cariño
—propuse y asintió sonriendo.*

Su sonrisa hacía que respirase con dificultad. Su mirada, conseguía que me perdiera en ella, por ese color azul de sus ojos. Era maravilloso y bajo esta luz tenue de la luna, se veía hermoso. Seguía mirándome, esperando que yo le dijera algo o pensando que decirme en realidad.

*—Qué difícil es esto. Estoy nervioso
—afirmó y sonreí—. No espero más. Belén, te traje aquí, aparte de ser nuestro aniversario, por algo importante... Estos años que he pasado junto a ti, son los más felices de mi*

vida y es por eso, que quiero seguir sumando años contigo, pero no como novios, sino, como matrimonio. Quiero pasar el resto de mis días contigo, despertar junto a ti cada mañana y besar tus labios cada noche ¿Quieres casarte conmigo?

Asentí sin pensarlo. Mis ojos se llenaron de lágrimas y me arrodille junto a él, para poder abrazarle, para poder pegar mi cuerpo al suyo. Había sido la declaración más perfecta que había escuchado en toda mi vida. Que esas bonitas palabras fueran para mí, hacía que mi corazón brincara de alegría. Por supuesto que me casaría con él.

Flash Back.

— ¡Señorita, señorita! —Escuché que me llamaba el taxista.

Me había metido tanto en aquel recuerdo, que no me había percatado que ya estábamos frente al edificio de Joseph. Le pagué y me bajé del taxi, cogí las maletas y entré en el edificio.

Sentí como mis mejillas se mojaban. No sabía

que estuviera llorando. Me las sequé antes de llegar a la planta de Joseph. Caminé decidida hasta la puerta de su apartamento y pegué en el timbre. Mi amigo, me abrió casi al mismo tiempo, pensé que probablemente me estuviera esperando cerca de la puerta.

Al verme, arrugó la frente y me abrazó ¿Cómo una persona que me conoce de poco tiempo, puede darse cuenta de cuando estoy mal? Justamente fue eso lo que pasó. Joseph se dio cuenta de mi gesto lleno de dolor. Entonces, entre sus brazos, lloré como necesitaba y no quería.

—Tranquila. Estoy aquí. Estoy contigo, cielo. — Escuchar de sus labios, lo que tanto me decía el amor de mi vida, hizo que lo mirase y me separara de él.

Joseph, no entendía que hizo para que yo me sintiera así. Caminé hasta el sillón y me senté, metiendo la cara entre mis manos. Me sentía tan perdida, que no sabía qué hacer. Quería volver, quería estar con él y me arrepentía de haber

tomado la decisión de dejarle, pero no podía dejar de pensar en ese bebé y nunca, podría dejar de hacerlo. Eso es lo que nos separó y lo que no dejará que nos unamos más.

Joseph, se metió en la cocina y después de unos minutos, volvió con una taza entre sus manos, me la dio y le di un sorbo. Me había preparado una tila.

—Gracias, lo siento mucho. Lamento haberme separado así de ti, pero... es que, me has recordado a él. Siempre me decía cielo y...

—No tienes que darme explicaciones, Belén. Sé por lo que estás pasando —respondió sin dejarme terminar.

—Lo sé, pero no puedo evitarlo. Eres un buen hombre y te mereces todas las explicaciones —exclamé—. Te prometo que solo estaré aquí unos días. Solamente hasta que encuentre un sitio donde quedarme y piense que hacer con mi vida.

Se sentó a mi lado y cogió mis manos. Las besó con delicadeza y me sonrió. Era tan guapo y tan

bueno, que me daba coraje no poder amarle. El corazón elije a quién amar y a quién no, así que no se podía hacer nada. Por más que lo he intentado, no logro sentir más que cariño y agradecimiento.

—No te preocupes. Puedes quedarte el tiempo que quieras. —Suspiró mientras se levantaba—. Si necesitas algo, ducharte o descansar, solo tienes que decírmelo. Puedes dejar tus cosas en la habitación de invitados. —Se dio la vuelta para volver a la cocina y lo paré antes.

—Gracias, Joseph. No sabes lo que te agradezco todo lo que haces por mí, y sí, te tomo la palabra. Necesito una ducha. —Me sonrió y tocó mi barbilla con cariño.

Minutos después, me encontraba en el baño quitándome la ropa para ducharme. Esperaba que la ducha me calmara y me relajara para poder descansar. No quería pasar toda la noche en vela pensando en él, pensando en todo lo que pasó y lo que sigue pasando ¿En qué momento mi vida se fue a la mierda? Esa pregunta me la

había hecho ya, pero en ninguna de las ocasiones, supe que responderme.

Mientras el agua tibia caía por mis hombros, mi mente volvió a ir a esa noche. Era inolvidable, convirtiéndose en la noche más perfecta, no creo que nunca, consiga tener otra noche igual. En ese momento, escuché la voz de Joseph, llamándome.

— ¡Belén! ¡Tu teléfono estás sonando!

— ¡Cógelo a ver quién es!

Ya era tarde para recibir llamadas y me preocupé, así que me enjuagué y salí del baño para saber quién era. Esperaba que no hubiese colgado y poder hablar con quién fuese. Podría ser algo importante. Salí con el albornoz puesto y una toalla rodeando mi pelo. Joseph me vio, y tragó saliva, nervioso. No me había dado cuenta, que tenía el albornoz un poco abierto y se me veían un poco los pechos. Me tapé enseguida y cogí mi móvil, ya silenciado.

— ¿Quién era? — Pregunté nerviosa, pues seguía mirándome perplejo.

—Eh, no sé. Solo dijo tu nombre y colgó al escucharme.

Encendí la pantalla y miré el registro de llamadas. Mi pulso se aceleró al ver el nombre de quién me había llamado. Me sentí fatal porque ahora, podría pensar lo que no era.

—Era Martín...



Capítulo 21

Fui hasta la habitación para vestirme, era bastante raro estar aquí en su casa, después de haberme acostado con él, y encima, casi me ve las tetas. Desde luego que todo me pasa a mí.

Miraba el móvil cada dos por tres, pensando el motivo de esa llamada ¿Para qué? Después de todo, él, fue quién dijo que me dejaran ir, así que no lo entendía del todo.

Joseph, vino hasta mi habitación para decirme que había preparado algo para cenar, pero no tenía apetito. No le importó mucho lo que le dije, porque casi me sacó a rastras para llevarme a la cocina. Tenía que comer, me dijo. Sonreí al ver la mesa preparada, con platos llenos de verduras salteadas. Me senté en la silla y él, se sentó justo a mi lado.

Miraba la comida, jugando con el tenedor y los guisantes, aún no había probado bocado.

— ¿Vas a estar así toda la cena? Te juro que soy capaz de pegar tu bonito culo a la silla, hasta que acabes con todo —expresó con sarcasmo.

—Lo siento, pero es que no tengo apetito.

—Me da igual, al menos, come algo —dijo metiéndose el tenedor en la boca—. ¿Prefieres que te haga el avioncito? Yo estoy dispuesto. —Negué soltando una carcajada que le contagió—. Bueno, es un avance. Por lo menos te hice reír.

—Gracias —dije al tiempo que metía el tenedor en mi boca.

La cena estaba buenísima, al final me lo comí todo. Después de la comida, me sentía muy cansada y quería dormir o por lo menos intentarlo. Quise ayudar a Joseph, a recoger todo, pero no me dejó y me obligó a irme a descansar. Le hice caso y me fui a la habitación que él me había dejado. Al llegar, me quité las zapatillas y me metí bajo la manta.

Había pasado una hora desde que me había acostado y no conseguía dormirme. Solo pensaba en él, solo pensaba en que podía estar con él en este momento, abrazada a su cuerpo como antes, aferrándome. Pero no, eso ya no era posible, ya no se podía y nunca más pasaría.

— ¿Por qué tuviste que joderlo todo? Podríamos ser tan felices ahora —susurré entre sollozos.

Me pasé mucho tiempo dando vueltas, hasta que, cansada de llorar, me quedé dormida ¿Soñaría con él? Posiblemente, pues él, era el dueño de todos mis sueños, aunque también el de mis pesadillas.

A la mañana siguiente.

Me levanté muy temprano, demasiado para mi gusto. Joseph, se fue a trabajar y yo me estaría incorporando dos días después ¿Qué haría mientras? Pues no lo sabía. Ni siquiera tenía cerca a mis chicas para pasar el tiempo con ellas. ¡Cuánto las echaba de menos! Salí de la habitación y fui hasta la cocina para tomarme el café que Joseph, me dejó preparado antes de irse.

Esperaba que no fuera siempre así, porque entonces no sabría qué hacer para agradecerle tanto. Me tomé el café y me comí dos tostadas. Mientras tanto, miraba el móvil esperando alguna llamada de nuevo, pero no llegaba. Me dieron ganas de hablar con Luisa o Lara, pero tampoco me atrevía. Después de todo, fui yo, la que les pedí tiempo.

Cuando terminé de desayunar, salí de la cocina para ir al salón a ver la tele. Estaba muy aburrida y en este momento, en Madrid estaría en el bar o con Luisa, desayunando en cualquier

sitio, mientras esperábamos a Lara. Así todos los días, hasta que llegaba mi turno de trabajo.

Pasaba mucho tiempo con ellas y para mí eran una parte fundamental en mi vida. Sin ellas no sabía vivir. Sin sus risas, sus cotilleos, sus gritos, sus consejos.

— ¡Dios, no puedo vivir así! —Me levanté y fui hasta la habitación para matar el tiempo.

De pronto, sonó el timbre. Salí de la habitación extrañada, pues nadie sabía que yo estaba aquí. Llegué y abrí la puerta. Mis ojos se abrieron incrédulos, no la creí capaz de haberme buscado, después que le pedí que me dejara en paz.

— ¿Qué haces aquí? —Escupí con furia.

Mi madre, estaba frente a mí y no entendía para qué, si ella sabía que yo, no la quería ni ver. Ni siquiera le creí ni una de sus falsas lágrimas ¿Qué quería de mí? Quería entrar al apartamento, pero se lo impedí poniéndome delante de su cuerpo. Me fijé en su gesto, la vi más arrugada, estaba más mayor. Me había

perdido demasiados momentos junto a mi familia, por su maldita culpa y ahora viene ¿A qué? A joderme la vida más, a eso viene.

—Quiero hablar contigo, hija.

—No me llames hija, nunca más. Yo no soy tu hija y no tengo nada que hablar contigo —respondí cabreada.

—Solo quería pedirte perdón —declaró entre sollozos.

— ¿Ahora? Después de tantos años ¿A tenido qué morir mi padre para qué lo hagas? ¡No me hagas reír, madre...!

—No, no. Eso no es así. Siempre quise pedirte perdón, pero no sabía dónde encontrarte, tu hermano jamás me dijo dónde estabas. —Su barbilla temblaba y sus ojos se llenaban de lágrimas.

No quería que me diera pena, no quería sentir nada por ella. Negué y con todo el dolor de mi alma, le cerré la puerta en la cara. Me sentí mal al hacerle eso, porque al fin y al cabo, era mi

madre, pero no podía olvidar lo que me hicieron, no podía perdonarle esa humillación.

El día lo pasé metida en la casa y Joseph, llegó tan tarde que me pilló dormida en el sofá. Me despertó y me obligó a irme a la habitación a dormir. Había sido el peor día de mi vida con diferencia, solo esperaba que fuera el último que pasara así. Quería despertar por la mañana y que todo hubiese sido un mal sueño, aunque no creía que tuviese esa suerte.

Semanas después.

Llevaba casi un mes viviendo en casa de Joseph, y ya tenía que irme. Él, necesitaba su espacio, su casa libre. Si le daba por traer a alguna mujer, no quería estar en medio y que se le fuera a la mierda la cita.

Las semanas pasaron lentas, muy lentas y me vi en la obligación de cambiar de número de teléfono y con ello borrar todos mis contactos. Tuve que hacerlo para no volverme loca, pues me pasaba las horas mirando el teléfono, esperando una llamada o un simple mensaje de

su parte, pero nunca llegó. Ni siquiera le di el número nuevo a Lara, pues ella podría dárselo a Martín. Lo que menos quería, era seguir pensando que me llamara algún día y me dijese que todo acabó y que venía por mí, pero eso, nunca pasará. Lo sé.

Ese día había, quedado con Joseph para comer después del trabajo. Me lo podría haber dicho antes de irse, pero es que se fue incluso antes de abrir un ojo, así me mandó un mensaje para decirme que fuera a la empresa, que desde allí nos iríamos.

No estaba en la empresa, ya que nunca volví a trabajar de secretaria de Joseph. Después de hablar con Elena largo y tendido, llegué a la conclusión que debía comenzar a trabajar de enfermera, pues fue para lo que estudié y quién mejor para ayudarme a optar por ese puesto que, Elena. Me ayudó hablando con recursos humanos, hasta que un día, me llamaron. Llevaba una semana en el hospital. Estaba bastante contenta y deseaba ganar el primer

suelo para poder pagarme un apartamento y dejar en paz a Joseph.

A la hora del almuerzo, terminé de vestirme y salí del apartamento para ir a buscar a mi mejor amigo. Eso era Joseph para mí, un amigo incondicional que siempre está para ti.

Le esperaba en la puerta de la empresa, no esperé ni cinco minutos y ya estaba a mi lado. Me dio un beso en la mejilla y nos fuimos caminando hasta un restaurante cercano. Siempre íbamos allí, cuando trabajaba para él. La comida era exquisita y el trato aún mejor.

Joseph, no paraba de mirarme y sonreírme, me estaba poniendo de los nervios, pues no sabía que le pasaba. Si después de diez minutos sigue así, me veré obligada a patearle el culo.

— ¿Se puede saber qué te pasa? No has dejado de mirarme en todo momento y borra esa sonrisita, que me estás poniendo nerviosa — sugerí provocando una sonora carcajada.

—Estoy así, porque es lo que tú provocas en mí —respondió y me sonrojé avergonzada—. Belén, no te pongas colorada. Ya sabes que lo digo de broma —me tranquilizó, pero no estaba muy segura de ello.

Algo le pasaba o algo quería decirme, pero no se atrevía. Únicamente esperaba que no fuera algo, que nos separe para siempre, porque eso sí que no voy a poder soportarlo.

Mientras comíamos, hablábamos de todo un poco, aunque mayormente del trabajo. Me gustaba hablar con Joseph, porque podía tocar cualquier tema y me hacía sentir bien conmigo misma. Nunca iba a lograr verlo de diferente manera que no fuese como amigo y eso, me daba cierta seguridad a la hora de hablar con él.

—Belén, hay algo que quiero decirte —dijo de pronto.

—Dime ¿Pasó algo?

—No, no. Es por otra cosa —respondió nervioso—. Verás. Hace unas semanas que vives conmigo.

<<Me va echar, me va echar y yo aún, no sé dónde vivir>>, pensaba mientras él hablaba.

Casi no me estaba enterando de lo que decía, hasta que mis oídos escucharon eso que tanto había evitado.

—Quiero que vivas conmigo de forma permanente. Quiero que seas mi novia, Belén — propuso y yo me quedé blanca.

¿Su novia? Después de todo lo que había pasado entre nosotros y sabiendo que jamás me iba a enamorar de él ¿Cómo se le ocurría pedirme qué fuera su novia? Este hombre se había vuelto loco...

Seguía con la mirada perdida, sin responder a su propuesta, pero es que no sabía que responder ¿Cómo le digo qué no sin herir sus sentimientos? ¿Cómo le explico qué no podré sentir nunca nada por él? Joseph, era una parte muy importante en mi vida y no quería perderlo, pero de ahí, a ser su novia y vivir juntos como pareja, era pasarse.

— ¿Qué me dices? Belén, Belén. —Tocó mi

mano para sacarme del trance.

—Eh, yo... Lo siento —Suspiré—. Joseph, eres un hombre increíble y cualquier mujer estaría deseosa de ser tu novia y vivir contigo, pero...

—Tú no sientes nada por mí. Lo sé, lo sé —respondió por mí y asentí— Belén, no se trata de sentir. —Fruncí el ceño sin entenderle—. Yo quiero conquistarte día a día y siendo tu amigo no puedo. Porque me gustaría besarte cada mañana, llevarte de mi mano, pasar todas las horas abrazado a ti y eso, como amigos, no puedo hacerlo. Por ello, Belén, te pido que seas mi novia y me des la oportunidad de conquistarte. Te prometo que no te arrepentirás.

Su propuesta no era mala, pero me costaba pensar que él, llegase a conquistarme, sintiendo todo lo que siento por un solo hombre. Podría correr el riesgo e intentar ser feliz con un hombre al que no amo, pero ¿Y si logro enamorarme de él? Puede que Joseph, sea esa persona que me ayude a olvidar a Martín y con ello, conseguir ser feliz de una vez por todas.

Continuaba mirándome expectante, yo seguía dándole vueltas a la cabeza y todo me llevaba al mismo sitio. No amaba a Joseph, pero sí le tenía un gran cariño ¿Sirve el cariño para comenzar a amar? No lo sabía, pero lo iba a averiguar.

— ¿Te conformas con mi cariño de momento?

—Pregunté reprimiendo una sonrisa.

—Solo si se convierte en amor. —Mis mejillas se tornaron rojas al oírle decir eso y él sonrió complacido.

—Eso tendrás que currártelo tú.

— ¿Eso es un sí? —Preguntó ilusionado.

—Sí, Joseph. Seré tu novia, pero con una condición.

—Lo que tú quieras.

—No me llames cielo.



Capítulo 22

Martín.

Semanas sin saber de ella. La había vuelto a llamar, pero su número no existía y eso me hizo pensar en algo. Belén había cambiado su número para que no la volviese a molestar. No la culpaba, yo mismo la eché de mi lado y ahora, que llevo días sin saber nada de Belén, semanas sin dejar de pensar en ella, me moría por verla. Quería hablarle y explicarle que todo había sido

un error, que no sería padre y que jamás la engañé como nos hicieron creer. Pero hasta para eso, era tarde. Ya la había perdido.

Mi hermana, intentó localizarla para contárselo ella misma, pero tampoco tuvo suerte y no supo dónde estaba. Sabíamos que vivía en Barcelona con su hermano, pero ¿Dónde?

Una vez tuve el número de su hermano, pero al cambiar de móvil se me borraron los contactos y no lo encontré. Busqué en todas las agendas de teléfono de la casa, desesperado, pero nada. Ni un número, ni notas, nada.

Las semanas pasaron demasiado lentas y eso que las horas, las pasaba completamente borracho, intentando no recordarla. Y de nada servía, pues la recordaba aún más, la pensaba en todo momento y me estaba muriendo por dentro, lentamente, sin tenerla entre mis brazos.

Me levanté sobre las dos de la tarde y fue porque algún loco o alguna loca, estaba aporreando mi puerta de tal manera, que la

echaría abajo si no la abría. Me enrollé una toalla alrededor de la cintura, ya que la noche anterior estaba tan borracho, que no me dio tiempo a cambiarme, me quité la ropa como pude y así caí en la cama, desnudo completamente.

— ¡Joder! ¡Ya voy! —Grité tapando mis oídos, pues me dolía la cabeza como si me la estuvieran martilleando.

Caminé arrastrando los pies, sin ganas de nada. En lo único que pensaba, era en quedarme solo y volver a beber hasta perderme en un mundo oscuro, donde ni Belén ni nadie puede entrar a menos que yo la deje. Llegué a la puerta y me estaba cabreando, quién fuera no se enteró de mis gritos. La abrí y mi hermana, entró como un vendaval y cara de psicópata. ¡Dios, a veces no la soportaba!

— ¡¿Qué coño pasa contigo?! —Preguntó a pleno pulmón.

Pasé mi mano por mi cabeza, rascándome la nuca con nerviosismo. No quería discutir con mi

hermana y mucho menos mandarla a la mierda por pesada.

—Deja de gritar, por favor —sollocé.

— ¿Te duele la cabeza? —Preguntó pegándome una colleja en la misma.

— ¡Au, joder! ¿Por qué me pegas? —Me quejé sentándome en el sofá.

Me la quedé mirando, esperando que me dijera a que había venido, aunque me lo podía imaginar. Venía a comerme la cabeza, para que busque a Belén y deje de beber, pero no se daba cuenta, que no haré ni lo uno, ni lo otro ¿Por qué no se enteraba de una vez? Lara se sentó a mi lado y me eché en el respaldo. Me sentía tan cansado de todo, tan agobiado y la presión que tenía en el pecho no se iba por más que lo intentaba.

—Martín ¿Esta es la vida que llevarás a partir de ahora? ¿Crees que ella querría eso? —Preguntó cogiendo mi cara para que la mirase —. Mírame ¡Joder! ¡Te estás comportando como un puto niño! ¿A qué esperas para ir por ella? ¿Quieres perderla?

— ¡Ya la he perdido, así que sí, esta es la vida que llevaré a partir de ahora, y si no te importa, me gustaría que dejaras de meterte en mi vida! —exclamé con enfado. Lara me miró con el ceño fruncido, sabía que estaba muy cabreada, pero más lo estaba yo.

Estaba harto de que me quisiera controlar tanto, como si yo fuera su hijo o algo parecido, no se daba cuenta de que soy mayor que ella y que mi vida, la vivía como me daba la gana, sin tener que darle explicaciones a nadie. Me levanté y ella me siguió con la mirada. Cogí la botella que había dejado a la mitad, anoche y bebí un sorbo. Con eso quería demostrarle que podía hacer lo que yo quisiera, aún sin estar ella de acuerdo.

— ¡Eres un, gilipollas! ¿Y sabes qué? ¡Jode tu vida si quieres! ¡Yo me mantendré alejada, pero después, cuando quieras saber mi opinión o necesites mi ayuda, no vengas, porque no estaré! —Escupió levantándose para irse— Solo vine, porque ya la encontré y tengo su número. No la llamé, porque pensé que tú querías ser el

primero en hacerlo, pero ya veo que te da igual. ¡Sigue con tu vida! —Exclamó con un nudo en la garganta— Aquí te dejo el número apuntado. ¡Adiós!

Se fue, después de decirme todo eso, se fue dejándome aún más destrozado. Me quedé mirando la mesa, donde mi hermana había dejado el papel con el número de Belén, me picaban las manos por cogerlo y llamarla, pero ¿Para qué? ¿Qué le diría?

Bufé exasperado y me levanté del sofá. Tenía que ducharme e ir a trabajar, ya había faltado al trabajo demasiados días y no se iban a creer lo de mi gripe.

Una hora después, estaba en mi coche camino de la comisaria. No quería ir a trabajar, porque allí me iba a encontrar con mi cuñado y Cristian y estarían dándome la tabarra con el tema, Belén.

Me sentía agobiado, todo lo que hacía era para olvidarla, pero me era imposible conseguirlo. ¡Joder!, si por cada vaso de whisky que me

tomara, se fuera un recuerdo, me pasaría, las veinticuatro horas del día bebiendo, pero por ahora, me conformo con estar así las noches. En esos momentos de soledad en los que me voy a la cama, la busco, pero no está, ahí es donde bebo y donde me pierdo por horas.

Tenía que aceptar de una vez que Belén, mi Belén, no estaba conmigo y aunque me duela en el alma, fue lo mejor para ella, dejarme e irse con Joseph. Únicamente esperaba que él, si supiera hacerla feliz como yo, nunca conseguí.

Tres meses después.

Mi hermana llevaba toda la semana dándome la lata con los preparativos del bautizo de mi sobrino y no se daba cuenta, que yo no quería saber nada de eso. Es más, le dije que llamara a nuestra madre un mes antes para prepararlo todo, pero a la “*señora*” no le salió del alma, por no decir otra cosa...

Así que me encontraba en el local que quería alquilar, pues mi cuñado estaba trabajando y no podía venir con ella. Odio tener que estar de

vacaciones, si no lo estuviera, ahora no iría de aquí para allá con esta loca.

Luisa se ofreció a ayudarla y claro, también cooperaba. Cuantas más manos mejor, decía.

—Lara ¿Quieres dejar de ver el mismo mantel?

—Pregunté agarrando su mano.

—Uf, me pones negra, Martín ¿Es que no ves la gravedad del asunto? Le pedí el mantel color malva y este es púrpura ¡Púrpura! —Gritó cabreada y yo no sabía si la habían poseído.

Suspiré y me senté en la única silla que había en todo el local. El dueño, no se había esmerado en tenerlo preparado para una fiesta, y pretendía cobrarle a mi hermana por dos días quinientos euros, una burrada. Pero no, para Lara estaba perfecto, teniendo en cuenta que tenía que dejarlo todo como nuevo. No sabía cómo mi cuñado la aguantaba. Mientras la veía dando vueltas de aquí para allá, entró al local mi salvadora. Luisa venía al rescate, yo por fin, podría ir a tomarme una cerveza.

— ¿Qué pasa Lara? —Preguntó Luisa

mirándome a mí y después a ella. Le hice una señal de “*quiero cortarme las venas*” y sonrió. Mi hermana que, tenía ojos hasta en el culo, me vio y me ganó una colleja— Déjalo, anda... Aquí estoy yo para ayudarte en todo lo que pueda.

—No, en lo que puedas no. En todo, en general ¿Queda claro? —respondió la niña del exorcista. Que sí, que estaba poseída.

—Tranquila Lara ¿Sí? Mañana llega Belén y entre las tres lograremos que esto quede perfecto —declaró Luisa sin esperar a que yo me fuera.

Mi corazón dejó de latir en el mismo instante que Luisa, pronunció su nombre. Me pidió disculpas con la mirada y negué levantándome de la silla para irme. Ahora más que nunca, necesitaba la cerveza.

—Martín, espera —me llamó mi hermana—. ¿Estás bien? —Asentí y salí de allí.

Me metí en mi coche y me fui al primer bar que vi en la carretera. Estábamos en un polígono

industrial, pues los locales más grandes los alquilan ahí. Aparqué el coche y salí de este. El bar, era pequeño, de estos que no entran más que borrachos o tipos que salen de algún que otro club de alterne, pero para una cerveza, estaría bien. Entré y me dirigí directamente a la barra.

—Hola ¿Qué te pongo? —Me preguntó un hombre mayor.

—Una cerveza —respondí sin mirarle.

¿Para qué? De igual manera la cerveza me la iba a poner. No tenía por qué estar mirando a todo el que me habla. Suspiré y el hombre, puso delante de mí, una cerveza helada. La primera vez en toda mi vida que me servían una cerveza bien fría Miré al hombre y este me sonrió complacido.

—Gracias —le dije.

— ¿Ahogando las penas en alcohol? — Preguntó poniéndose frente a mí.

—Más o menos.

Después de eso, se dio la vuelta y se metió por una puerta. Suponía que era la cocina.

Dos horas estuve en el bar, dos horas sin dejar de pensar en ella, en que la vería mañana ¿Cómo iba a reaccionar cuando la tuviera enfrente? Mi cuerpo me hará una mala jugada y querré a cercarme a ella y besarla hasta que nuestros labios se convirtieran en uno solo. Pero ¿A quién quiero engañar? Seguro que viene acompañada de su novio. Sí, Joseph y ella, eran novios. Me enteré por la bocazas de Luisa, que sí, tenía contacto con ella. Parecía irle bien y mientras tanto yo, seguía jodido en mi vida de mierda, llena de soledad y absoluta oscuridad.

Me levanté, después de dejarle pagadas las cervezas y salí del bar. Caminé hasta el coche y recibí un mensaje de mi hermana. Suspiré cabreado ¿Qué querría ahora? Miré el móvil y leí los mensajes

Martín, Luisa y yo, estamos terminando. Ven a recogernos.

Noté a mi hermana muy extraña, pero no le di

importancia, llevaba rara desde hacía ya dos semanas ¿Qué le pasaba? No tenía ni idea y mi cuñado menos. Entré en el coche y arranqué. No estaba tan lejos del local, así que llegué en cinco minutos. Mi hermana y Luisa estaban ya en la puerta esperándome.

—Por fin ¿Dónde estabas? —Habló Lara amable. La miré con el ceño fruncido—. ¿Qué pasa?

—Tú ¿Qué te pasa a ti? ¿Por qué de repente me hablas tan amable? Si hasta hace dos horas me pegaste una colleja y estaba histérica. — Pasó sus manos por la cara y se quedó mirándome por unos segundos. Desde luego que le pasaba algo.

—Nada, nada.

—Lara, díselo —sugirió Luisa.

—Decirme ¿Qué?

—Verás Martín. Es que pasó una cosa, pero tú tranquilo ¿vale? Que seguro que es un malentendido y ella está bien. —Cuando dijo

ella, la primera imagen que pasó por mi mente, fue Belén.

—Habla de una vez —dije apretando el volante. Ya tenía los nudillos blancos de tanta fuerza que estaba empleando.

—Hubo un accidente de autobús, era el que venía de Barcelona para Madrid. No sabíamos que Belén venía hoy, pero nos llamó Roberto para preguntarnos si su hermana había llegado ya.

Me bajé del coche hecho una furia. Mi corazón dejó de latir y me costaba respirar. No podía ser posible que eso estuviera pasando ¿Por qué cojones nos pasaba todo a nosotros? Yo aún la amaba, incluso más que antes y en este momento, me estaba muriendo. Lara se bajó y se acercó a mí. Yo caí de rodillas al asfalto y mi hermana me abrazó por la espalda. Mis ojos comenzaron a llenarse de lágrimas y era la primera vez en meses que lo hacía, aún necesítándolo hacía tiempo, lloraba ahora.

—Tranquilo, Martín. Verás que ella no iba en el

autobús.

— ¡¿Y cómo estás tan segura?! ¡¿Qué hago ahora?! No puedo soportarlo. El hecho de no tenerla conmigo, pero saberla feliz con alguien, es lo que me ha mantenido cuerdo, pero ahora ¿Qué?

Mi hermana negó y se secó sus lágrimas. Estaba siendo muy duro con ella, pues para ella también estaba siendo difícil. Era su amiga, la mejor. No podía con la presión que tenía en el pecho y tenía que saber que estaba bien. Tenía que ir al hospital, donde quiera que esté, iría, pero la vería.



Capítulo 23

Belén.

Habían sido unos meses muy largos y aunque Joseph intentó de todas las maneras posibles, hacer que me enamore de él, no lo estaba consiguiendo y me estaba agobiando el pensar que conmigo nunca sería feliz, que se merecía encontrar a alguien que sí, lo haría. Le dejé, hace unas semanas que ya no vivo con él. Me dolió mucho hacerlo y más después de que sus

intenciones eran casarse conmigo, teniendo incluso el anillo comprado ya, pero yo no podía ¿Cómo amar a alguien si aún no olvidas a tu anterior amor? No pude olvidar a Martín. Cada cosa que veía, me recordaba a él, incluso algunas veces Joseph, me recordaba a él y ahí fue donde decidí tomar la determinación.

Estuve unos días en casa de mi hermano, porque no había alquilado nada y aunque mi madre, seguía viviendo con él, no pude hacer más que tragarla. Estuvimos hablando y parecía que las cosas estaban más calmadas, pero yo seguía sintiendo rencor hacia ella y no creía que, algún día ese rencor se fuera de mí.

Ahora mi hermano, parecía el soltero de oro. Un hombre guapo y con una gran empresa, pero a él, le gustaba alguien y yo sabía quién era. Ahora sí, cualquiera le decía algo sobre el tema.

Bueno, estoy en la estación de autobuses esperando a que salga otro, pues el mío, lo había perdido. Se suponía que volvía mañana a Madrid, ya que solo falta una semana para el

bautizo de mi ahijado y claro, no podía faltar y no lo haría.

Tenía un gran nudo en el estómago. Tener que volver a Madrid de nuevo, sin haber conseguido olvidarle, saber que lo iba a ver sí o sí, me ponía histérica pero ¿Qué iba hacer? No podía esconderme más. Incluso cambié de número para que nadie me llamara, ni me mandara mensajes, pero ni eso sirvió, pues tengo unas amigas que, parecen Sherlock Holmes y me encontraron, incluso mucho antes, de que yo recordase mi número nuevo.

Estaba metida en mis pensamientos, tanto que, si no hubiese sido por un señor que estaba esperando el mismo autobús que yo, y me avisó, lo habría perdido también. Le di las gracias. Metí las maletas en el maletero del autobús y me subí en el mismo. Mis maletas seguían vivas después de tantos viajes. Creo que incluso aguantarían más que yo.

El camino era largo y mi móvil en este momento solo me serviría para una cosa, escuchar

música. Conecté los auriculares y me metí en mi música guardada. Y como no, la primera canción que puse, fue de Laura Pausini. ¡Joder!, parecía masoquista.

En Cambio, No- Laura Pausini.

*Quizás bastaba respirar,
Sólo respirar muy lento
Recuperar cada latido en mí
y no tiene sentido ahora que no estás,
Ahora dónde estás,
Por qué yo no puedo acostumbrarme aún
diciembre ya llegó,
no estás aquí, yo te esperaré hasta el fin,
En cambio, no, hoy no hay tiempo de
explicarte
y preguntar si te amé lo suficiente
yo estoy aquí y quiero hablarte ahora,
ahora.
Porque se rompen en mis dientes,*

*las cosas importantes,
esas palabras que nunca escucharás
y las sumerjo en un lamento
haciéndolas salir son todas para ti,
una por una aquí.*

No me había dado cuenta de que mis mejillas estaban siendo inundadas. Me sequé las lágrimas y esperé a que terminara para quitar la música, porque si no, estaba claro que iba a llegar a Madrid, peor de lo que me fui.

Habían pasado ya cuatro horas y prácticamente estábamos llegando a Madrid. Me estaba quedando dormida, cuando de pronto, el conductor del autobús comienza a frenar. Los pasajeros no sabíamos que había pasado, pero la mayoría entramos en pánico, al ver la gran humareda que se veía al frente.

— ¿Qué habrá pasado? —Me pregunté.

Me levanté de mi asiento y me acerqué al conductor despacio para saber que estaba

pasando. La cosa no pintaba nada bien y menos cuando policías, nos hicieron parar el autobús.

Miré hacia delante y lo que vi, me impactó tanto que tuve que sentarme de nuevo. Un accidente de autobús con varios coches. Caminé hasta mi asiento y comencé a llorar al darme cuenta que ese autobús era el que yo debí haber cogido. Las manos y las piernas me temblaban, cogí el móvil y vi que tenía varias llamadas perdidas de mi hermano, pero en este momento, no podía cogerlo, ni siquiera podría hablar por el ataque de nervios que tenía. De solo pensar que ahora mismo podría estar muerta, se me encoge el corazón.

El conductor del autobús nos dijo, que teníamos que esperar que rescataran a las personas y pudieran despejar la carretera para seguir el camino, pero yo, no podía escuchar, estaba completamente bloqueada, no creía que se me fuese a quitar en mucho tiempo.

Como pude me tranquilicé y eché mi cabeza hacia atrás para descansar, aunque se me hacía

imposible, no cuando afuera, estaban pasando tantas cosas. Yo podría ayudar e incluso me ofrecí, pero no me dejaron. Ya los bomberos y servicios sanitarios estaban haciendo su trabajo.

Ya estábamos llegando a Madrid. Había sido el viaje más largo que había hecho, pues estuvimos parados en la carretera más de una hora. En todo momento, mi móvil no dejó de sonar y, aún así, no contesté, no podía hacerlo. Una de las llamadas fue de Lara y me extrañó, pero no lo cogí.

Cuando llegué, me bajé del autobús y fui a coger las maletas del maletero. Entonces escuché su voz. No me lo podía creer, no era cierto. Me di la vuelta para corroborar que sí, era él, era Martín.

— ¡Belén! —Gritó corriendo hasta mí.

Cuando me alcanzó, no me dio tiempo a nada, me agarró de la cintura y apretándome a su cuerpo, pegó nuestros labios en el mejor beso que jamás me habían dado.

No me lo podía creer. Me sentía en casa, en mi hogar, sus brazos lo eran. Su beso despertó mi corazón herido, sanándolo por completo e incluso haciéndome olvidar todos los sucesos vividos los meses anteriores. Le necesitaba, sí que le necesitaba y ahora que estaba aquí, aferrada a sus brazos, con nuestros labios pegados, era el momento que yo tanto había soñado y no quería despertar.

No sabía cuánto tiempo había pasado, si minutos u horas, pero escuchamos el claxon del autobús que volvía a irse. Nos separamos y sonreímos al conductor que nos hacía señas con la mano para que nos apartáramos de la carretera. Martín, cogió las maletas y cuando llegamos a la acera, volvió a soltarla para abrazarme. Me miró de arriba abajo y vi como sus ojos se llenaban de lágrimas, partiendo mi corazón en dos, teniendo él la mitad de este.

—Estás aquí. Pensé que te había perdido — susurró cogiendo mis mejillas y besando mis labios de nuevo.

—Estoy aquí, Martín ¿Y por qué pensaste que me habías perdido? Oh, el accidente de autobús. Lo siento, no quise haceros sufrir —me disculpé y él negó.

—Eso ya no importa. Estás con nosotros de vuelta. —Cogió mi mano y le dio un dulce beso.

Cada beso de sus labios, pegado a cualquier parte de mi piel, hacía que esa parte se adormeciera por el cosquilleo que sentía. Era increíble la autoridad que él tenía sobre mi cuerpo, reconociendo este al ser amado. Habían pasado muchas cosas, sí, y nos habíamos separado dos veces para que eso no nos afectase. Pero ninguna de las dos nos ayudó, al contrario, nos hizo ver que nos amamos, incluso mucho más que antes y eso, fue lo único que aprendimos con todo esto. Yo ya no tenía fuerzas para irme, o dejarle ir. Yo ya no podía dejar que otra estuviera entre sus brazos. Yo lo amo y en este momento, es en lo único que pienso.

El verle correr hasta mí, con el corazón

encogido y su cara de desesperación y pánico, me hizo ver todo con claridad. Martín, había tenido el mismo miedo que yo, el miedo a no vernos nunca más.

— ¿Cómo están las chicas? —Pregunté con un nudo en la garganta.

Casi no podía hablar por todo lo que había estado reteniendo y Martín, se dio cuenta. Cuando llegamos a su coche y metió las maletas en el maletero, me cogió de la cintura y me miró a los ojos. Al fin, esos ojos que tanto amaba, me miraban como hacía tiempo no lo hacían, como tanto había soñado.

—Te amo Belén, más de lo que puedes imaginar, y hay muchas cosas que tenemos que hablar —habló nervioso y yo puse mis dedos en sus labios para callarlo.

Sí, era verdad que había muchas cosas que teníamos que hablar, pero ya tendríamos tiempo para eso. En este momento, lo único que quiero es ser feliz por unos instantes, aunque después, todo se vuelva ir a la mierda. Por lo menos unas

horas de felicidad. Supongo que nos merecemos estos momentos ¿No?

Besé sus labios y me correspondió al instante. Sus manos acariciaron mi espalda, erizando toda mi piel. Sentir su aliento en mi boca, sentir sus manos en mi cuerpo, me hacía desearlo con locura. Y solo pensaba en el momento de llegar a un lugar en donde estuviéramos solo y me hiciera suya, aunque en realidad, nunca dejé de serlo. No separamos y subimos al coche. Martín, condujo y donde fue a llegar, al bar de mi amiga Luisa. Ambos nos reímos al darnos cuenta, que aquí fue donde todo acabo y donde comienza una nueva vida, de por sí, ya todo daba igual. Nos amábamos y eso, era lo único que nos importaba en este momento.

Nos bajamos y antes de entrar al bar Martín, cogió mis manos y me miró con dulzura. Era tan hermoso y le había echado tanto de menos, que este momento, me parecía un sueño. Después de tanta pesadilla, era bueno despertar convirtiéndose en el mejor sueño de la historia.

—Hace unos meses me dijiste que te devolviera tus besos ¿Sigues queriéndolos? —Preguntó haciéndome reír. Besé sus labios.

—Quiero que me devuelvas los tuyos, esos besos que no me das desde hace tiempo. Esos son los que quiero —declaré al separar nuestros labios—. ¡Devuélveme mis besos! Martín. Los que me pertenecen.

Se carcajeó y besó mis labios, dándome esos besos que llevaban mi nombre, esos que me debía, esos que nadie más recibiría.



Tres días habían pasado desde que llegué a Madrid, tres días llenos de amor, encerrados en la nueva burbuja que Martín y yo, nos habíamos contruidos, ya que la anterior, fue explotada de mala manera.

No habíamos salido de la casa y nos sirvió de mucho, ya que al fin, pudo contarme todo lo que había pasado en realidad. Fuimos manipulados, engañados y dañados por dos malditas víboras,

que lo único que querían era matar el aburrimiento. Yolanda, nunca se acostó con él y como tal, el bebé que ya había nacido, no era de él, pero ella se quiso aprovechar de la situación y no le valió de nada.

La primera noche que pasamos juntos, hicimos el amor, reencontrándonos, uniendo nuestros cuerpos en uno solo, tan pegados que, nada ni nadie, podría volver a separarnos. Después de eso, prometimos olvidar todo, lo pasado, lo vivido meses atrás y las malas noches que ambos pasamos, llegando a una sola cosa, despertar cada mañana juntos, con una sonrisa y un te quiero. Ese fue el trato y los dos lo aceptamos.

En este momento estábamos preparándonos para el bautizo de Ángel. Me hacía mucha ilusión ser su madrina y estaba como loca por verle, pues desde que llegué no había visto a nadie, Martín no me dejó salir de la habitación. Terminé de arreglarme y salí al salón para encontrarme con un guapo Martín, vestido con un traje azul eléctrico que le quedaba como un

guante. Suspiré abanicándome al verle y me sonrió haciendo que mi corazón latiera desbocado.

— ¿Por qué tienes qué estar tan rematadamente bueno? — Pregunté acercándome a él despacio, meneando mis caderas, calentándolo mientras pasaba mi lengua por mis labios. Lo vi tragar saliva y agarró mi cintura pegándome a su cuerpo, haciéndome sentir lo excitado que estaba.

— Y tú ¿Por qué tienes qué ser tan morbosa? Mira como me has puesto con solo verte mojar tus labios — dijo con la voz entrecortada.

— ¿No te gusta que lo haga? — Volví a pasar mi lengua, pero esta vez por los suyos.

— Eres una descarada y me encanta.

Besó mis labios y ya nos estábamos calentando, pero me separé de él lo suficiente para que pudiéramos irnos.

— Deja algo para después, Martín.

— Lo que tú digas, pequeña.

Aparcamos el coche en la iglesia y salí del mismo, mirando al frente, clavando mis ojos, en mis amigas. Ellas me vieron y corrieron en mi dirección, aunque no tuvieron que hacerlo mucho, pues yo corrí hasta ellas y nos fundimos en un fuerte abrazo. Lara comenzó a llorar de nuevo, como cuando hablamos por teléfono, no podía dejar de hacerlo y Luisa y yo estábamos extrañadas de tanto llanto.

—Lara ¿Qué te pasa? ¿Por qué estás tan llorona? —Preguntó Luisa y yo asentí apoyándola.

Lara, se quedó callada y Luisa y yo, nos miramos intentando comprenderla, pero no sabíamos que pensar.

—Estoy embarazada —dijo de pronto y las dos abrimos los ojos sorprendidas—. Por favor, no digáis nada, Rubén aún no sabe nada.

— ¿Y a qué esperabas para decírmelo? — Preguntó Rubén detrás de nosotras.

Lara se dio la vuelta y comenzó a llorar de nuevo. Rubén le abrió los brazos y ella se encerró en su cuerpo. Luisa y yo, ya podíamos estar tranquilas por ella, pues Lara había encontrado su felicidad, esa que tanto se merecía.

—Bueno, Luisa. Ya solo quedas tú para tener novio ¿Qué, hay algo por ahí? —Hablé levantando las cejas sugestivamente.

—No, no hay nada y espero que no me preguntes más. Ya sé por dónde vas tú —respondió nervios mientras cruzaba una mirada con Cristian. Este al sentir su mirada, cruzó sus ojos con los de ella y se quedaron mirando por unos segundos.

— ¡Uy Dios mío! Aquí hay tomate —dije riéndome y Luisa, me dio un golpe en el brazo mientras se reía por mi comentario.

La ceremonia fue muy amena y aunque a veces se hacía pesada, no podíamos quejarnos con el cura que nos había tocado, en algunos momentos, fue gracioso.

Una hora después, estábamos en el local que Luisa y Lara, habían preparado, sin mi ayuda y que quedó precioso. Desde luego que se lo curraron.

Estaba todo decorado con colores pasteles. Lara, había pedido para los manteles el color malva, pero al no encontrarlo, los puso turquesas, así quedó perfecto. Todo estaba lleno de globos y en cada globo había una frase diferente. Me hizo gracia, porque vi dos que ponían: **Besos Bajo La Lluvia** y en otro **¡Devuélveme Mis Besos!** Luego Lara me enseñó otro y en este ponía: **Los Besos Que Quise Darte** y así muchos más. Había sido todo un detalle y me emocioné al verlos. Cada frase contenía recuerdos de nuestras vidas, esas vidas que habían cambiado tanto y en tan corto tiempo.

Me sentía feliz con la vida y la familia que me había tocado y no podía quejarme, pues al fin todo se arregló y volví con el amor de mi vida.

Caminé hasta Martín, que estaba en la barra

bebiendo una cerveza, le abracé por detrás y al sentir mis manos, las cogió con una mano y con la otra, cogió algo del bolsillo derecho y sin que yo me diese cuenta, colocó una sortija en mi dedo. Me tensé y él se dio la vuelta para mirarme. Cuando nuestros ojos se encontraron, vi un brillo especial en ellos, pero también pude ver, algo de miedo en su rostro.

—Sé que no es el momento y que puede que sea algo rápido, pero no puedo dejar pasar la oportunidad de pedírtelo de nuevo —expresó nervioso—. Belén, te quiero y quiero que esto no acabe nunca, por eso... Quiero... ¿Te casas conmigo?

No dije nada, no podía articular palabra. Lo único que pude hacer, fue abrazarle fuerte, apretando nuestros cuerpos y que mi propio corazón le respondiera. Nos miramos y unimos nuestros labios, besándonos con todo el amor que podíamos sentir y el que nos quedaba por crear. Un amor como el nuestro no podía morir, no podíamos dejar de amarnos, ni intentando

odiarnos, lo habíamos conseguido y entonces pienso, que nunca quise que me devolviera mis besos.

—Sí, claro que quiero casarme contigo — respondí al separar nuestros labios y Martín, estaba tan emocionado que me cogió en brazos y me dio vueltas.

—Gracias, gracias por no dejar nunca de amarme. Gracias por no pedirme más que te devolviera tus besos.

Sonreí y así, volvimos a abrazarnos y amarnos como siempre, como nunca y para toda la eternidad.

Fin